

Selecta

*Un
té verde con
jasmín*

UN TÉ CON AMOR 1



MAR P. ZABALA

Un té verde con jazmín

Trilogía Un té con amor 1

Mar P. Zabala

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A Ana Cristina, María Jesús y María Pilar,
esas tres hadas que el destino ha puesto en mi vida.*

1. RISAS.

Sin poder evitarlo salí riendo con mi amiga Fátima de nuestra clase de yoga. Esas dulces ancianitas que durante la relajación roncan como camioneros, sordas como una tapia, pero que se doblan como si fueran de goma mientras que nosotras, a pesar de tener casi la mitad de edad que alguna, no conseguimos estirar nuestras piernas, y más que hacer la pinza, parece que estamos asomadas al balcón viendo pasar la gente, eran nuestra envidia.

—Mañana me van a doler hasta las pestañas —dijo Fátima.

—¡Serás exagerada! —exclamé divertida—. No es para tanto, solo ha sido un poco más dura que lo habitual. Luego lo agradeces cuando estás delante de una porción de tarta.

—Y hablando de tartas, ¿no se suponía que íbamos a probar la de cappuccino que vimos en esa cafetería tan cuqui?

—No sé.

—Venga, Macarena, si lo estás deseando, tenemos tiempo.

—Vale, pero pedimos una porción para las dos.

Riendo nos encaminamos a la cafetería, sabedoras de que terminaríamos pidiendo cada una de nosotras una porción diferente y compartiendo y probando dos nuevas delicatessen. Era uno de esos días de otoño en que la noche llegaba a las seis, y parecía que el día se había terminado. Los gorros y las bufandas habían dejado el armario, y nuevamente el paraguas era el compañero diario. En una ciudad como Salamanca, el tiempo invernal era

largo y tedioso, salvo los dos meses de julio y agosto que según los años podías asarte de calor o podía tocarte cargar con la chaqueta a todas partes. La cafetería, como siempre, estaba llena y esperamos con paciencia a que la atareada camarera nos pudiera atender.

—¿Cómo va la nueva novela? —me preguntó mi amiga mientras el aroma del té verde con jazmín que me había pedido para acompañar la tarta inundaba mi nariz.

—Estoy atascada. No sé qué hacer con mi protagonista. Ya he presentado los personajes, sé lo que quiero que pase, pero no sé cómo desarrollarlo.

—Pídeles ayuda a las musas.

—¿Musas? No te ofendas, pero será a mi muso.

—¿Muso? Eso es nuevo.

—Qué quieres, unas mujeres tocando el arpa y soplándome al oído no me inspiran lo más mínimo.

—¿Y cómo es tu muso?

—Más bien como un espartano de la película 300. Un dios griego hecho hombre en la tierra, con una pequeña faldita que deja poco a la imaginación y unas sandalias romanas.

—¿Espartano, griego, romano?

—Oye, que es mi muso y me lo imagino como quiero. Además, con lo poco inspirador que está últimamente voy a tener que sustituirlo por otro.

—¿Cómo cual?

—No sé. ¿Has visto el último anuncio de colonias? Ese del barco que...

Y así, entre carcajadas y diciendo tonterías que nos hacían reír y olvidar las penas, cuando quisimos darnos cuenta eran las nueve y nos despedimos. Mi amiga debía levantarse a las seis ya que trabajaba en el hospital como celadora y yo debía levantarme también temprano si quería terminar la novela a tiempo, para cumplir el plazo de seis meses que la editorial me había dado y del que solo restaban tres semanas. ¿Escribir una novela en tres semanas? Un amigo escritor afirmaba que para ganar una apuesta escribió una novela en dos

semanas que después se convirtió en un éxito. Yo tenía tres, la mía sería un *best seller*. Había malgastado los primeros meses disfrutando de las alabanzas y las buenas críticas de mi última novela y me había despistado un poco. Vale, algo más que un poco, estaba en un lío, pero si no salía a la calle, no quedaba con nadie, no me distraía viendo la tele o charlando en mi grupo de *Facebook* favorito seguro que lo lograba. Adormilada frente al televisor después de cenar, mientras veía el nuevo capítulo de la serie de intriga escandinava a la que me había enganchado, en la que en un pueblo sepultado por la nieve aparecía el torso de un hombre asesinado no se sabía por quién, mi mente recordaba la conversación con Fátima y evocaba al dios griego que se había convertido en mi muso.

—Anda, pórtate bien e inspírame mañana. Ya puestos, podías venirte a casa unos días, en concreto las tres semanas que faltan para que se acabe mi plazo de entrega. Solo tres semanas para escribir la media novela que me falta. No es mucho pedir.

No pude pensar más, mi muso no había llegado, pero sí Morfeo y me acunaba amoroso en sus brazos. En modo zombi apagué la televisión y me arrastré hasta mi cama. Mañana sería otro día.

2. CUIDADO CON LO QUE DESEAS.

El despertador sonó cruel a las ocho de la mañana. Me hice un ovillo dentro del caparazón de mi confortable y calentito edredón. Solo cinco minutos más, ¿quién lo iba a saber? Estaba deslizándome en el sueño de nuevo cuando un agradable olor a café llegó a mi nariz, acompañado de un olor que no podía ser de otra cosa más que de tortitas. ¡Qué rico! Quién pudiera desayunar algo así. Cuando estaba en casa de mi madre, si me ponía mimosa conseguía que me las hiciera para desayunar. Entonces abrí los ojos de golpe. No estaba en casa de mi madre, sino en la mía. Era de mi cocina de donde provenía el olor y un inequívoco ruido de platos y tazas surgía del mismo origen. ¡Había alguien en mi casa! En concreto, en mi cocina. Me levanté de la cama de un salto y busqué en mi habitación un arma con el que hacer frente a mi atacante. En un rincón estaba la bolsa de yoga que aún no había guardado, no era gran cosa, pero un buen bolsazo en la cabeza seguro que hacía daño; entre la esterilla, la almohada para las cervicales y el cinturón de yoga era un arma en potencia. De puntillas, descalza caminé por el pasillo hacia la cocina.

—¿Quién eres y qué haces en mi casa? —pregunté levantando la bolsa dispuesta a descargarla con fuerza en la cabeza del intruso.

—Buenos días. Baja los brazos, a mí no me vas a hacer daño, pero tú acabarás con dolor de hombros si haces lo que estas pensando.

Con los ojos abiertos como platos y la boca todavía más abierta, me quedé mirando el espécimen masculino de metro noventa que tenía enfrente de mí.

Semidesnudo, cubierto solo por mi delantal rosa de cocina, y con una faldita corta que había entrevisto mientras estaba de espaldas y me aproximaba a él no tan sigilosamente como yo había creído. Una melena castaña ondulada le llegaba hasta los hombros, enmarcando unos rasgos perfectos que me miraban divertidos. Ojos verdes y una barbita en apariencia descuidada. Y músculos, muchos músculos, repartidos en su justa y perfecta proporción en toda su envergadura.

—¿Cómo te gustan las tortitas? ¿Con caramelo? Sí, tienes aspecto de que te gusten con caramelo. Siéntate y te sirvo.

—¿De dónde has salido? ¿Cómo has entrado? ¿Quién eres?

—Muchas preguntas tienes tú. Siéntate y mientras desayunamos intentaré responderte.

Hice lo que me decía porque los brazos ya me dolían por el esfuerzo de mantener la bolsa en alto. Además, desde mi metro sesenta difícilmente alcanzaría a darle en la cabeza salvo que me subiera a una silla. Dejando mi improvisada arma en el suelo, me senté en una silla mientras el atractivo intruso ponía delante de mí un plato con dos tortitas, con un dibujo de una cara sonriente hecho con caramelo encima de ellas. Una taza de café recién hecho las acompañaba.

—Con leche de avena y miel.

—¿Cómo lo sabes?

—Preguntas, preguntas —dijo riendo mostrando una dentadura tan perfecta como todo lo demás de su cuerpo—. Se te va a enfriar y no estará tan rico.

Sin saber qué decir empecé a comer. El adonis que tenía por cocinero hizo lo propio sirviéndose cuatro tortitas de la montaña de las mismas que había puesto en un plato entre los dos.

—Ummmm

—Están buenas ¿verdad?

—Voy a necesitar muchas horas de yoga y de bicicleta para bajarlas después, pero están buenísimas. Incluso mejores que las de mi madre, más esponjosas.

—¿Bajarlas?

—De mis caderas. El azúcar y la grasa siempre acaban en el mismo sitio. Podían repartirse por otra zona, pero no —respondí pensando en que una talla más de sujetador estaría más que bien.

—No necesitas una talla más, y si me permites darte mi opinión tus caderas están perfectas como están.

Me atraganté sin poder remediarlo. Su forma de mirarme y de hablarme hacía que mis rodillas temblaran y cada ápice de cordura de mi cerebro era acallado por otra voz que imploraba que siguiera hablando. Sus palmaditas en la espalda no ayudaban lo más mínimo a calmarme.

—¿Cómo sabes lo que pienso? —pregunté cuando al fin pude hablar.

—Si no lo supiera no podría hacer mi trabajo —respondió como si fuera evidente.

—¿Tu trabajo? Veamos, es obvio que Fátima te ha dado las llaves para que te colaras en mi casa, su sentido del humor a veces es demasiado atrevido. Es una de sus bromas, eres algún amigo suyo y habéis decidido reiros un rato a mi costa.

—No sé quién es Fátima. Estoy aquí porque tú así lo has querido —afirmó sirviéndose otro par de tortitas.

—Vayamos por partes. ¿Y tu ropa? ¿Cómo has abierto la puerta?

—¿Siempre haces tantas preguntas? Está bien, tranquila —continuó diciendo al ver cómo volvía a coger la bolsa de yoga con la mano derecha a la vez que con la izquierda agarraba el cuchillo con el que había estado cortando las tortitas—. No tengo más ropa que la falda y las sandalias porque tú me imaginaste así. No entré por ninguna puerta porque no necesito atravesar puertas. Tu mente me imaginó, y tus sueños y deseos me trajeron hasta ti.

—¡El muso!

—Tendremos que hacer algo con ese nombre.

—¿De dónde vienes?

—Del Olimpo. En realidad, me llamo Lino, soy hijo de Urania y de Apolo.

Soy el creador de la poesía lírica que es una forma poética que expresa tradicionalmente un sentimiento intenso —allí estaba su picara mirada de nuevo— o una profunda reflexión.

—Yo no escribo poesía así que ¿se puede saber qué haces aquí?

—Después de enseñar a Orfeo música pasé a habitar Tebas y fui designado instructor de música de Heracles, le enseñé a tocar la lira. En una ocasión en que le reprendí, perdió los estribos y me golpeó en la cabeza con la lira matándome.

—¿Heracles? ¿Hércules?

—El mismo. Zeus ha decidido darme esta oportunidad. Siente que Heracles me matara, al fin y al cabo, le estaba haciendo un favor personal a su hijo enseñándole música cuando me mató. Me ha mandado a ayudarte, si consigo hacer bien mi trabajo podré volver al Olimpo y continuar enseñando música.

—¡Qué suerte la mía!

—Además, Heracles decidió concederme algunos de los atributos con los que se le conoce.

—¿Que son? —pregunté cada vez más interesada en la historia que mi muso me estaba contando, aunque me negara a reconocerlo.

—Te recuerdo que Hércules era el paradigma de la virilidad, el adalid del orden en el Olimpo, poseía una extraordinaria fuerza, coraje, orgullo, cierto candor y un formidable vigor sexual —hizo una pausa guiñándome un ojo en tanto yo sentía cómo el rubor coloreaba mi rostro—. Y además se le considera el ancestro de los Reyes de Esparta y, si mal no recuerdo, pediste un espartano de la película 300. He de decirte que, si bien es entretenida algún que otro habitante del reino de Hades está enfadado, no se adecúa mucho a lo que realmente ocurrió.

—Muy interesante todo lo que me cuentas, voy a ponerme unas zapatillas y vuelvo.

Estaba convencida de que no me haría daño, pero ya era hora de que la broma terminara y pudiera ponerme a escribir. Así que decidí dejar al muso en

la cocina y llamar a mi amiga. Estaría trabajando, pero yo también debería estar haciéndolo, de modo que sin cortarme la llamé al hospital.

—Macarena, ya sabes que estoy de mañana, luego hablamos.

—De eso nada. En tu rato del café te vienes a la carrera a casa y te llevas a tu amigo.

—¿Mi amigo? No sé de qué me estás hablando.

—Del muso. Del tío al que has dado las llaves para que entre en mi casa y me haga el desayuno. Está cañón, pero llévatelo que tengo que trabajar.

—Macarena —comenzó a decir mi amiga asustada—. No le he dado a nadie a tus llaves.

—Entonces, ¿quién es el tío medio desnudo que tengo en mi cocina?

—Voy a decir que tengo que irme urgentemente a casa. En quince minutos estoy allí. Enciérrate en el baño y llama a la policía.

—¿Fátima?

En la línea solo había silencio, miré la pantalla del móvil y se había apagado. Menudo momento para que la batería hiciera de las suyas. Intenté volver a encenderlo, pero la batería seguía sin funcionar. Unos suaves golpes sonaron en la puerta.

—Macarena —dijo una acariciadora y profunda voz a mi espalda—. No me tengas miedo. Nunca te haría daño. Estoy aquí porque tú lo quisiste así y Zeus me envió. Debo ayudarte con tu novela, inspirarte y facilitarte que puedas escribir. No estoy aquí para lastimarte. Sé que es raro y a tu mente racional le cuesta entenderlo, pero es así.

—Estas cosas no pasan. Los musos no existen.

—En eso te doy la razón. Hay nueve musas, una de ellas es mi madre, pero a Zeus le hizo gracia tu petición y con su extraño sentido del humor me envió aquí contigo. Y si no te importa preferiría que me llamas Lino. Es mi nombre.

—¿Tú has hecho que mi móvil no funcione?

—No puedo permitir que llames a la policía. Si vinieran yo desaparecería

mientras estuvieran aquí y te tomarían por loca. Si te llevan a un hospital, no podrías escribir, no terminarías la novela y ninguno de los obtendríamos lo que queremos.

—Me voy a pellizcar, seguro que estoy dormida.

Mi extraño acompañante se arrodilló junto a mí y cogió mis manos entre las suyas. Me miró a los ojos y su verde mirada se fijó en la mía. Durante unos segundos no habló, mi respiración se fue sosegando, me daba miedo hasta pensar; si aquel muso podía leer mi mente, iban a ser unos días incómodos.

—Semanas. Serán tres semanas. Terminarás la novela y yo volveré mi hogar. Intentaré no leer tu mente salvo para ayudarte con el argumento de la historia que estas escribiendo. Te lo prometo.

—Lino —Mi particular muso sonrió satisfecho al oír su nombre—, Fátima es mi amiga. Si vas a estar...si acepto tu ayuda estas tres semanas, a ella no puedo ocultarle tu existencia. Es mi amiga, mi hermana, mi todo. Tiene que saberlo.

—Por lo que has dicho antes viene de camino.

—Así es. Voy al baño un momento. Junto a la cocina hay un aseo de invitados si necesitas ir tú también.

—Gracias, Macarena, todo saldrá bien.

Mi nombre no sonaba igual en sus labios a como otros hombres lo decían. Era como si paladeara cada silaba, cada letra. ¿Escribir un *best seller* en tres semanas con ese tiarrón por casa? Sí, iba a ser muy fácil, seguro.

3. CAOS

A salvo de verdes miradas, me apoyé en la puerta del baño. Mi razón me decía que aquello no podía estar pasando, pero allí estaba, en mitad de mi cocina: mi muso hecho carne y hueso. Y músculos, me recordó mi siempre vocecita traviesa incordiante. Me dispuse a lavarme a los dientes y mi reflejo en el espejo me causó más impresión que Lino. Pelos de loca, las gafas torcidas, el pijama de Hello Kitty una talla más grande que la mía, pero cómodo y calentito, cual saco encima de mi cuerpo. Con ese aspecto el que debía de haberse asustado era él. Mientras intentaba adecentarme lo más posible oí el timbre de la puerta. Con el agua del grifo no debía de haber escuchado los primeros timbrazos.

—Tranquila, Macarena, ya voy yo —proclamó una masculina voz tras la puerta.

Temiéndome lo peor cerré el grifo, pero cuando quise dejar de pelearme con el pestillo de la puerta y llegar a la entrada, los ciento noventa centímetros de hombretón eran un ovillo inconsciente en el suelo, con una mano en los ojos y otra en la parte baja de su falda.

—Fátima ¿qué le has hecho?

—Ya estoy aquí, amiga, me he encargado del atacante, ahora llamo a la policía.

—¡Nooooo! No hace falta llamar a la policía, ¿qué le has hecho al pobre?

—¡Te he salvado!

—¿Fátima Rodríguez Santos! ¿Qué tienes en la mano? —pregunté a mi amiga mientras intentaba despertar a mi muso—. Lino, despierta, vamos, abre los ojos.

—¿Sabes cómo se llama? Bueno vale, no me mires así. Escuché cómo decía una voz de hombre que venía a abrir la puerta. Y me preparé, en una mano tenía un aerosol de pimienta y en la otra una pistolita láser muy mona que he comprado por internet y tenía sin estrenar. Estaba muy bien de precio...

—¿Le echaste el espray a la vez que le lanzabas una descarga?

—Y tal vez le diera también una patada en sus partes —aclaró Fátima sonriente y satisfecha consigo misma.

—¿Quién te has creído que eres? ¿Lara Croft?

—Ahhhh —gimió una voz desde el suelo.

—No te muevas, voy a por una toalla húmeda para los ojos y una bolsa de hielo para tu cabeza.

—Mejor trae dos, la cabeza no es lo único que me duele.

—Oh, entiendo —afirmé intentando en vano no echarme a reír, me daba pena, pero toda la arrogancia que mostraba momentos antes había desaparecido por completo—. Fátima, ven a la cocina a ayudarme.

—¿Y si intenta algo?

—Dudo que se levante del suelo en un buen rato.

Mi amiga me siguió a la cocina sin quitar un ojo de encima a mi muso. A la vez que rebuscaba en el congelador le explicaba lo que había ocurrido desde que me había despertado. La cara de mi amiga era mitad escepticismo y mitad incredulidad.

—Ahora ya lo sabes todo, ese es el problema que me he encontrado al despertarme.

—¿Y seguro que no hiciste ningún ritual ni ninguna invocación sacada de algún libro o de internet?

—Nada, no hice nada. No parece peligroso y menos en el estado en que le has dejado.

—Pues a mí no me importaría despertarme y tener «un problema» así. ¿Y debajo de la falda qué lleva?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —pregunté enfadada machacando hielo en un paño para llevárselo a mi muso.

—Oye, que tú eres la que se lo ha imaginado. Tú sabrás.

Dejando a mi amiga sola en la cocina me arrodillé junto a Lino, que no había cambiado de postura. Le puse hielo en la cabeza, la toalla en los ojos y, farfullando un gracias, se colocó él mismo el resto del hielo en su falda.

—¿Dónde está esa loca?

—Es mi amiga Fátima. No está tan loca, solo un poco, es que es así, no lo puede evitar. Hizo un curso de autodefensa hace tiempo porque estuvo un tiempo colgada de un policía y con el tío rompió, pero le quedó una vena belicosa en el cuerpo que a veces se apodera de ella.

—Os estoy oyendo. Estoy aquí —dijo Fátima apoyada en la pared.

—Que se mantenga lejos de mí.

—Te hablé de ella, si vas a estar por aquí tres semanas la verás a menudo. Casi todos los días nos vemos un rato. Vive en un portal al lado de este.

—Para poder verla tendré que recuperar la vista primero.

—En unas horas estarás bien. Tengo que volver al hospital, si quieres te dejo el spray por si lo necesitas —afirmó partida de la risa haciendo muecas que mi pobre muso no podía ver.

—No lo voy a necesitar. Ayúdame a echarlo en el sofá. Allí estarás más cómodo.

Lino estaba más recuperado y fue fácil levantarlo y sentarlo. Si no hubiera sido así, ni con una grúa habiéramos podido moverlo. Era una mole XXL que abultaba lo que mi amiga y yo juntas. Su piel era cálida y suave, depilado a la perfección. La tableta de abdominales era ideal para aprender anatomía. Y sus labios... bueno, mejor dejaba de pensar tonterías y me deshacía de mi querida amiga.

Después de asegurarle que estaría bien un par de veces más, acompañé a

Fátima hasta la puerta.

—Si me necesitas me llamas, cuando salga de trabajar me vuelvo a pasar.

—Vale. Aunque has sido demasiado enérgica te agradezco que vinieras tan rápido y tan dispuesta.

—Por cierto, no lleva nada debajo de la faldita —dijo mi amiga guiñándome un ojo y cerrando la puerta.

Desde la puerta podía ver a Lino quejándose y gruñendo. Decidí que era mejor dejarlo solo un rato y fui a ponerme la ropa cómoda con la que solía escribir. Después de hacer mi cama me dirigí a la cocina y me di cuenta de que los cacharros del desayuno ya habían sido recogidos. A lo mejor no estaba mal del todo tener un muso en casa.

—No te acostumbres.

—Me prometiste que no escucharías mis pensamientos.

—No necesito escucharlo, tu sonrisa de satisfacción es suficiente.

—Gracias, habías hecho tú el desayuno, fregar los platos era cosa mía.

—De nada. ¿Vas a escribir?

—Esa es la idea. Tú descansa un poco más.

Cogí mi portátil y una taza de té verde con jazmín y me senté en mi rincón preferido para escribir. Una camilla que había heredado de mi abuela, junto a la ventana. Desde allí podía ver una pequeña plaza donde los niños jugaban, y los ancianos charlaban sentados en un banco al sol. Puse mi lista preferida del programa de música, abrí el archivo de mi novela, y sumergí mi mente en ese estado de aislamiento de lo que me rodeaba, donde las ideas parecían estar esperando para ser atrapadas y los personajes esperaban pacientes a que les escuchara contar su historia. Mis dedos resbalaban por el teclado como prolongaciones de mi mente. Los minutos, las horas pasaron y hubiera llegado la noche si una tentadora voz masculina no me hubiera sacado de mi ensoñación.

—Macarena, debes comer algo y descansar un poco la espalda o te dolerá luego.

—Oh, ¿qué hora es? Tengo hambre, ¿qué huele tan bien?

—Solo es un poco de pasta y pollo que encontré en tu nevera. Deberías llenarla, da pena.

—No tenías que haber cocinado.

—Parecía que estabas inspirada —afirmó Lino sonriendo.

—La verdad que sí, hacía tiempo que no escribía tanto. Ayer mismo le decía a Fátima que estaba atascada y hoy...oh no... ¿es cosa tuya?

—Hago bien mi trabajo —se jactó fanfarrón mi muso.

—¿Pero son mis ideas o las tuyas? —pregunté asustada.

—No, no. Tranquila, es tu novela, tu historia, tus personajes, mi cometido es ayudarte a escribir, no escribir por ti. ¿Qué te parece si después de comer me lees lo que llevas escrito y te doy mi opinión sincera?

—Umm. Podía funcionar, leyendo para otra persona me doy más cuenta de las estructuras que no quedan bien.

—Soy todo oídos.

—Oye, ¿y tú cómo estás? —Me daba vergüenza preguntarle, me sentía responsable de lo que Fátima le había hecho, conociéndola debía de haberme imaginado que se presentaría en mi piso dispuesta a defenderme.

Desde que nos habíamos conocido en el colegio no nos habíamos separado. El primer día de clase las lágrimas me ahogaban, sentía que mi mundo había terminado cuando mi madre me había dejado al cargo de una señorita que parecía muy amable pero no era mi madre. En casa se quedaba mi nuevo hermano jugando con mi mami y a mí me desterraban a aquel oscuro edificio al que mi hermana mayor iba siempre protestando. Fátima, con su chispa y su alegría, se acercó a mí y me dio un caramelo que tenía en el bolsillo. Sin más nos cogimos de la mano y nos sentamos juntas en clase. Así fue durante toda la etapa escolar. Las dos cursamos Ciencias Sociales y después juntas estudiamos Magisterio. Era mi amiga, mi hermana, mi consejera, mi alma gemela. Compartimos confidencias, alegrías y penas. Y si había que sacar las uñas por ayudar a la otra, lo hacíamos sin pensar. Por tanto, Fátima actuó

como hubiera hecho yo en la misma situación, bueno casi igual, en mi caso hubiera llevado un cuchillo o el rodillo de amasar porque no tenía el arsenal defensivo de mi intrépida amiga.

—Estoy bien, mi cuerpo se recupera rápido. Eso sí, a Fátima mejor no hacerla enfadar.

—Ja, ja, mejor no.

—No te hagas de rogar, léeme lo que has escrito.

Empezaba a ver las ventajas de tener un compañero de piso, que no solo cocinaba como los ángeles o los dioses, sino que me servía de fuente de inspiración y como atento oyente para mi novela. Además, era simpático y su compañía era muy agradable. Era un buen cambio, después de tanto tiempo viviendo sola.

«IVAN

Sentada en el sofá, con la bandeja de la cena en mis piernas, miraba la televisión mientras daba ocasionales mordiscos a un bocadillo insustancial de jamón y queso. Julián estudiaba unos planos en su mesa de dibujo y Jorge dormía plácidamente desde hacía un buen rato.

Al principio no le reconocí. Su cara quedaba oculta tras las espaldas de los policías que le custodiaban hasta el juzgado. Un segundo, tan solo un insignificante segundo, en el cual los policías se separaron para pasar en fila por el estrecho pasillo de periodistas y fotógrafos, me bastó.

Sus ojos se clavaron en los míos. Aunque era imposible, parecía que entre la multitud de espectadores que contemplaban las noticias, él me miraba a mí. Cómo no reconocer aquellos ojos que habían morado en mi mente durante los días más intensos de mi vida. Sus ojos de miel que endulzaron mi ser hora tras hora.

El presentador del informativo comenzó a hablar de otra noticia. Quería, necesitaba saber más. Nerviosa dejé el bocadillo y la bandeja en la mesa y con el mando a distancia fui cambiando de canal. Para mi desesperación en

un par de cadenas habían abandonado los temas de interés general y se dedicaban al deporte. Había llegado tarde. Por fin, en un canal de la televisión por cable encontré lo que buscaba. No podía ver su cara, pero podía escuchar al narrador diciendo:

—Iván Sánchez ha sido arrestado, acusado de ser el presunto homicida de Ruiz Gascón, el empresario encontrado muerto la semana pasada en su despacho...

¡Iván, un asesino! Aquel no era el hombre que yo conocí. Iván era un ser cruel, mentiroso y falso, y un sinfín de cosas más, pero no era un asesino. Me levanté del sofá, llevé la bandeja a la cocina y después de serenarme viendo cómo mi pequeño Jorge dormía en su cuna, me fui a mi habitación. En una caja que saqué de un altillo, guardaba fotos y recuerdos de mi llegada a la capital. En una de ellas se veía a una joven sonriente con un par de maletas junto a ella. Me la había hecho mi padre momentos antes de subirme al tren aquella mañana en la que mis padres me fueron a despedir a la estación. Sonreía nerviosa por lo que encontraría en la gran ciudad, demasiado joven, demasiado inocente, demasiado inexperta. No me lo dijeron hasta años después, pero mis hermanos y mi padre habían hecho una porra apostando por cuánto tardaría en regresar a casa. Los tres la perdieron, resistí más de lo que ninguno pensaba, pero ojalá hubiera vuelto, me hubiera ahorrado el dolor y la pena que vinieron después.»

—Esto es lo que tenía escrito hasta ayer.

—Me gusta el comienzo —afirmó Lino acomodándose en la silla, algo que hizo que su faldita empezara a subírsele por el muslo, de modo que aparté la mirada y continúe hablando.

—Ahora te voy a leer lo que he escrito esta mañana, la historia retrocede en el tiempo.

—Adelante.

«ANA

Un suave olor a lavanda llenaba el aire. Aunque estaba rodeada de gente, me sentía sola, con la única compañía de mi presencia. El aroma a lavanda entraba por mi nariz, llegaba a mi cerebro y por último inundaba todo mi ser. Seguramente sería la sutil estela que otro ser había dejado abandonada a su paso.

Como cualquier joven de mi edad, cerca de los treinta y poco a poco lejos de los veinte, había enviado un mar de solicitudes a diversas empresas de la capital, pidiendo un trabajo que en mi pequeña ciudad se me negaba. Cuando creía haber perdido la esperanza, una inmobiliaria en expansión contestó mi súplica. El empleo no era gran cosa, una mezcla de recepcionista y secretaria que igual tenía que ir a por un café que pasar una carta. Eso sí, me prometieron que con el tiempo podría ascender en la empresa. No les creí mucho, pero quería y necesitaba trabajar.

Mis dos hermanos mayores, ambos chicos, habían empezado a trabajar antes de que pasara un año desde que finalizaran sus estudios. Javier, el mayor, era abogado y después de obtener una beca en Bruselas por tres meses, se había quedado allí de forma indefinida, puesto que a la beca le había seguido un trabajo. El mediano, Ignacio, era periodista. Incansable e infatigable no se quedaba en una ciudad demasiado tiempo. En aquellos momentos estaba en Estados Unidos, si bien, al cabo de unos meses podía estar en Polonia o en la India. Yo, era la pequeña. Había obtenido un grado en Economía. Con mi título bajo el brazo había llamado a varias puertas de mi ciudad y ninguna se había abierto. Mis hermanos tan contentos, conmigo al cuidado de nuestros padres, sus conciencias se quedaban tranquilas. La enésima discusión con mi padre por llegar tarde a casa fue el empujón definitivo que necesitaba para cambiar de aires.

Recuerdo el día que llegué. Con los ojos deslumbrados por el flash de la cámara de mi padre, me senté en mi sitio. Las tres horas se hicieron nueve. Llevaba bocadillos, pero las mariposas en mi estómago ocupaban todo el espacio y no dejaban ningún hueco disponible para la comida. Veía mi

imagen reflejada en el cristal de la ventanilla. Una chica morena con ojos marrones, enmarcados en una cara de belleza normal y un cuerpo de estatura media, como tantas otras chicas. Era últimos de febrero y el invierno más crudo parecía que ya nos decía adiós. Los campos de extensiones inabarcables con la mirada derramaban su paleta de verdes y marrones a ambos lados de la vía.

La ciudad, desbordante y exuberante, me devoró con frugalidad nada más llegar. Con moderación me sumergí en ella. Dejé mis maletas en la consigna de la estación y, con un callejero en una mano y un periódico con anuncios por palabras en la otra, me dispuse a encontrar alojamiento. Era el último día del mes y a la mañana siguiente, a primera hora debía incorporarme a mi trabajo. Tenía por delante una larga tarde.

Al principio me armé un lío, estudié el callejero sin entenderlo hasta que al cabo de un rato comprendí que en el plano debía situarme al revés. La derecha era mi izquierda y viceversa. Una vez localizada mi posición y el lugar a donde quería ir, procedí a repetir la ingrata experiencia con el plano del metro. Mi economía era muy reducida y moverme por la ciudad en metro era el mayor lujo que me podía permitir. Sentada en un viejo vagón suspiré aliviada. Por el rabillo del ojo había visto como la gente sonreía divertida ante mi manoteo incesante. Si entonces hubiera sabido que la mayor parte de aquellas personas tampoco era de la capital, y que sin duda había pasado por mi misma situación no hacía mucho tiempo, hubiera sido capaz de mirarles con desafío.

En el vagón había una madre joven con un niño de siete años que jugaba con unos coches de plástico, un ejecutivo con una cartera desgastada de piel marrón que tenía la vista fija en la puerta que comunicaba un vagón con otro, y un estudiante absorbido por un libro de Física Atómica. Ninguno parecía haberse percatado de mi presencia. Lo mismo ocurrió las demás veces que utilicé el metro para visitar un piso.

A última hora de la tarde sentí hambre y entré en una cafetería bulliciosa

para tomar un café con un bollo. Solo me quedaba un viaje en el bonometro que había comprado horas antes. Cerca de allí debía visitar el último piso de mi lista. Si no tenía éxito, no tendría más remedio que recoger mis maletas en la estación y hospedarme en alguna pensión. Descansé un poco y salí a la calle. Los edificios ya no me decían nada. Todos parecían iguales. Altos, de fachadas oscurecidas por los tubos de escape de los coches y sin dejar pasar la luz del sol.

El piso estaba situado en una casa de ocho plantas. Era el 5°C y según el anuncio «estaba en el corazón de la ciudad». La ciudad era grande, pero no tanto como para considerar que una calle a veinte minutos en metro del centro fuera el corazón de la urbe. El piso lo ocupaba una chica llamada Ana (firmante del anuncio,) que a su vez se lo había alquilado a un matrimonio mayor que vivía en una urbanización. El alquiler era algo elevado y por eso Ana había decidido compartir el piso con alguien. Encontré el portal abierto y subí al quinto piso. En cada planta había cuatro puertas, me encaminé hacia la que tenía una C sobre ella. Con timidez llamé al timbre. Unos pasos al otro lado de la puerta me confirmaron que Ana estaba en casa.

—¡Hola! ¿Qué quieres? —me preguntó Ana, una chica con el pelo castaño claro recogido en una alta coleta, de complexión delgada y ojos verdes.

—Venía a ver el piso.

—Debiste llamar. Has podido encontrarte el piso vacío.

—Estaba aquí cerca —a dos paradas de metro, pensé— visitando un estudio y se me ocurrió venir hasta aquí. Si te va mal, puedo volver otro día.

—No, pasa. Ya que has venido, echa un vistazo si quieres.

—¿Cuánto es el alquiler?

Al oír la respuesta de Ana arqueé las cejas, sin embargo, mi sobresalto se calmó al saber que el edificio tenía calefacción y agua caliente. En más de la mitad de los pisos que había visitado, no había ninguna de las dos cosas. La casa debía tener unos veinticinco años. Las habitaciones eran espaciosas y

todas, excepto dos, daban a la calle. Además de una bastante equipada cocina, había tres dormitorios, un cuarto de estar que podía pasar por un mediano salón y un baño. Ana me fue mostrando una a una las habitaciones sin quitar ojo a su reloj de pulsera.

—¿Qué te parece? —me preguntó al terminar el recorrido.

—Me gusta. ¿Podría instalarme hoy mismo?

—¿Hoy? —Esa vez la sorprendida fue Ana.

—Sí. Acabo de llegar y mañana empiezo a trabajar en una inmobiliaria. No tengo tiempo de buscar más y este piso es el mejor de los que he visitado.

—De acuerdo. Te daré una llave a cambio de que tú me des la primera mensualidad más otra de garantía.

—Tendría que bajar a un cajero.

—Enfrente tienes uno. Mientras vas, terminaré de arreglarme. Soy médico residente en El Santa Cecilia y esta semana tengo turno de noche.

En poco más de quince minutos tenía en mi mano un juego de llaves de la puerta del piso y del portal. Esos pequeños trozos de metal significaban mucho para mí. Eran el comienzo de una nueva etapa de mi vida en la cual solo debía responder ante mí y nadie más. Atrás quedaban las diarias discusiones acerca de los horarios, las comidas, la ropa y un sinfín de tonterías similares.

La idea de atravesar la ciudad de nuevo en metro se presentaba ante mi agotado cuerpo como la mayor de las pesadillas. Gustosa acepté el ofrecimiento de Ana de acercarme a la estación, después debía arreglármelas sola. Considerando lo penoso que resultaría viajar en metro y cambiar tres veces de línea cargada de maletas tomé un taxi. El taxista era un hombre mayor, con aspecto resignado y pensativo que no habló en todo el trayecto. Algo que agradecí desde el fondo de mi corazón. Quería silencio y tranquilidad para que mi mente descansara de las emociones vividas durante las últimas horas. Con el alma exhausta coloqué mis cosas en la habitación que me había indicado Ana. Tomé un baño caliente y, sin más, me

tumbé en la cama. En cuanto apoyé la cabeza en la almohada caí en un profundo y reconstituyente sueño.

No sé con exactitud qué fue lo que me despertó, si el estridente pitido del despertador o mi estómago pidiendo comida. Al ponerme de pie noté que mi cuerpo todavía acusaba la intensa jornada vivida el día anterior. Me dirigí al baño y, una vez vestida, entre la cocina. Ana no había regresado. Me había dicho que si quería podía comer algo, puesto que por la tarde cuando regresara de la inmobiliaria iríamos juntas al supermercado y así de paso me enseñaría el barrio en el que ahora vivía. De modo que me preparé una tila y la acompañé con un par de galletas.

En el fondo había sido mejor estar ocupada todo el día anterior, así había evitado pensar en cómo sería mi nuevo trabajo. Salvo alguna que otra clase particular a algún niño de la vecindad, no había tenido un trabajo propiamente dicho en mi vida. Lo único que sabía era que debía ir a una de las sucursales de la cadena inmobiliaria. Estaba situada en una calle cerca de la Plaza Mayor. Para la entrevista había tenido que acudir a la oficina central ubicada en un polígono industrial fuera de la ciudad. Mientras que yo no conocía a ninguna de las personas con las que iba a trabajar, ellas habían tenido tiempo de curiosear en mi currículum, no muy brillante, por cierto.

Me puse un tradicional traje de chaqueta pantalón y en poco más de veinte minutos llegué al centro en metro. Desde la parada a la oficina inmobiliaria no se tardaba más de dos minutos andando. A las nueve en punto llegué a la puerta. Allí aguardaban un hombre y una mujer que resultaron ser dos compañeros de trabajo que se encargaban de la atención al público. Ella era una mujer de unos cuarenta años, teñida de rubio y con un atuendo de licra negra que de seguro se ponía con calzador. Se llamaba Amalia. Él era

Rubén, un argentino cincuentón, casado, con dos niños pequeños de los que guardaba multitud de fotos en la cartera. Tenía los ojos azules, vivarachos, ocultos tras unas gafas de montura de pasta.

—¡Hola! Buenos días. Me llamó Mabel —saludé al llegar.

—Debes de ser la nueva. Yo soy Amalia y él es Rubén.

—¿Qué tal? Bienvenida —me saludó sonriendo.

—¿No podemos entrar? —pregunté.

—Todavía no ha llegado El Jefe. Siempre llega tarde, pero si un día nos retrasamos nosotros, nos la prepara —me explicó Amalia.

—¡Chis! Ahí viene —nos avisó Rubén.

A nuestro grupo se unió «El Jefe», o con mayúsculas, como le llamábamos nosotros. Un hombre gordo y sudoroso con unas gafas pequeñísimas que parecían hundirse en su cara. No era que la montura se apoyara en los pómulos, sino que la carne de la mejilla rebosaba el borde inferior de la gafa, superándola y sujetándola. Antes de entrar en la oficina, hice una inspiración profunda y seguí a mis compañeros.

Mi mesa estaba colocada en frente de la puerta. «Para recibir a los clientes» decía mi jefe, «para recibir el aire frío de la calle» diría yo. Era una especie de ayudante para todo. Si había que ir a por café, a buscar un paquete, o a comprar algo, mi nombre era el primero de la lista. Por el contrario, si había alguna reunión o alguna fiesta de la empresa, a la que debieran acudir representantes de todas las sucursales de la inmobiliaria, no tenía por qué preocuparme, nunca tendría que ir.

Aunque empezábamos a trabajar a las nueve, no abríamos al público hasta las diez. Después teníamos por delante cuatro horas de trabajo con un pequeño descanso para tomar un café (en mi caso para ir a buscarlo para los demás). Yo debía regresar a las tres y media con uno de ellos, se turnaban, y quedarme hasta las cinco. Por la tarde el horario comercial era de cinco a ocho, quedándose solo vendedores. Además, los fines de semana los tenía libres.

Aquel primer día incluso salí un poco antes y no eran las cinco y media cuando llegué a casa. La cabeza me dolía, había estado demasiadas horas en un ambiente cerrado y con luz artificial. Me apetecía pasear y sentir el aire fresco en mi rostro. Ana me aguardaba sentada en la cocina, bebiendo un delicioso chocolate caliente.

—¡Hola! ¿Qué tal tu primer día?

—Creo que bien.

—¿Te gustó el trabajo?

—Es algo aburrido, pero al menos es un empleo.

—Ahora que estas aquí, puedes buscar otro trabajo que te guste más.

Era fácil decirlo, si bien, un breve vistazo a mi cuenta corriente demostraría que aquella no era una buena idea. Mi padre había aceptado ingresar en mi cuenta trescientos euros cada mes durante seis meses, el tiempo que duraba mi contrato. Después me las tendría que arreglar sola. Con su dinero tenía para pagar el piso, la comida y el transporte. Si me era posible no quería gastar mucho de mi sueldo; en caso de que me fuera mal en la inmobiliaria y no me renovaran el contrato, quería estar en disposición de poder quedarme en la capital un tiempo para buscar otro trabajo. ¡Ilusa de mí!

—Por el momento me debo contentar con lo que tengo —contesté—. Voy a tomar algo caliente.

—Toma un café. Después iremos a dar una vuelta y a hacer la compra.

—Así conoceré el barrio.

—No creas que yo salgo mucho. Me paso el día en el hospital. Hoy, por ejemplo, trabajo de noche otra vez, y mañana me toca guardia.

—Pasado tendrás el día libre —repliqué, ilusa de mí.

—No, bonita. Yo estoy empezando. Los fines de semanas y los días libres, para otros.

—Me parece que la que debería buscar otro trabajo eres tú.

Allí estábamos sentadas. Dos mujeres jóvenes, independientes y

emprendedoras. Dos mujeres de hoy en día, fruto de la lucha de la igualdad de nuestras predecesoras. Teníamos la libertad que habíamos soñado, pero ¿a qué precio? Al menos nosotras estábamos solteras, no como muchas otras mujeres que además debían ocuparse de una familia con escasa o ninguna ayuda de su marido.

Con la cabeza despejada por el paracetamol y el café, enfundada en unos vaqueros y una chaqueta vieja, salí con Ana a la calle. Sin duda aquella fue una buena idea. Las caras de las personas que nos cruzábamos en nuestro camino no eran muy diferentes a las que había dejado atrás en mi ciudad. Había elegido bien. La zona era tranquila, se alteraba un poco los fines de semana por un garito que había en una calle cercana a la de nuestro piso. En los últimos tiempos se había puesto de moda y por la noche acudía gente de toda la ciudad. A Ana no le preocupaba en demasía la situación. Al fin y al cabo, era una moda y, como tal, en unos meses pasaría al surgir otro bar en otra zona, al que todos acudirían en masa.

El supermercado al que nos dirigíamos era bastante grande y estaba bien surtido. Acordamos poner un dinero en común para hacer una compra con las cosas básicas de limpieza y alimentación, y después cada una podía comprarse lo que quisiera con su dinero. Una balda de la nevera y un armario de la cocina estaban destinados a mi uso exclusivo. Sin duda aquella salida juntas era una fantástica ocasión para conocer un poco mejor a Ana.

—Tú tampoco eres de aquí. ¿No es cierto?

—Sí —me respondió explicándome que procedía de una pequeña ciudad como la mía.

—¿Conoces a mucha gente?

—En realidad, no. Alguna vez salgo con compañeros del trabajo que igual que yo están en sus primeros años en El Santa Cecilia. He de reconocer que, aunque estudié aquí Medicina, he perdido el contacto con la gente que iba conmigo a la universidad. Unos han vuelto a su ciudad, otros se han ido al

extranjero y la mayoría están tan liados como yo.

—Creo que algunos de mis compañeros de estudios están aquí trabajando. En la universidad no tenía mucho trato con ellos, así que...

—¿Y tus amigos?

—Éramos una gran pandilla, sin embargo, dejamos de salir hace tiempo. Los que estudiaban oposiciones primero estuvieron recluidos y más tarde obtuvieron plaza en otra ciudad. El resto directamente entró en empresas privadas.

—Ya me lo imagino. Durante dos o tres fines de semana regresaron a casa y saliste con ellos, si bien, a medida que se fueron asentando dejaste de verlos.

—Más o menos.

La cajera del supermercado nos miraba con impaciencia mientras metíamos las cosas que habíamos comprado en las bolsas de plástico. Siempre me sorprendía la actitud de las cajeras. No se molestaban en meter las cosas en las bolsas, ese no era su trabajo; pero en cuanto había pasado tu último artículo por la caja y habías pagado, ya no querían verte allí. La cajera nos dedicó una mirada furibunda y empezó a pasar por el detector la compra de la señora que teníamos detrás. Su compra amenazaba con mezclarse con la nuestra, de modo que Ana y yo recogíamos todo y salíamos a la calle.

—¡Qué amable! —exclamé.

—Suelo ponerme en otra cola —explicó Ana—, pero hoy solo estaba ella.

Regresamos dando una vuelta por un parque donde un grupo de revoltosos niños aprovechaban los últimos minutos de la tarde. Al volver a casa guardamos la compra y nos preparamos unos bocadillos que Ana tuvo que engullir puesto que llegaba tarde a trabajar.

Aquella noche, como muchas que vendrían después, la pasé sola frente al televisor, cambiando de canal hasta que el monótono parloteo de los integrantes de algún coloquio me adormeció lo suficiente como para irme a

la cama. De esa forma, vertiginosamente y sin pensar, cuando quise darme cuenta habían pasado dos semanas.»

—Y eso es lo que tengo escrito. ¿Qué te parece?

—Mabel eres tú —afirmó Lino.

—En cierta forma sí, mi primer trabajo fue en una inmobiliaria como ella, y también me vine a la capital en busca de trabajo y un futuro. En realidad, vinimos las dos, Fátima se vino conmigo. Cuando mi contrato en la inmobiliaria se terminó me quedé en paro y comencé a escribir. Con mucho esfuerzo logré publicar una novela que tuvo cierto éxito.

—Más bien mucho.

—Bueno, sí la verdad —dije orgullosa—. Ana era mi compañera de piso, era doctora como ella. Fátima había conocido a un chico y se había ido a vivir con él, así que decidí compartir piso para compartir gastos.

—¿Ya no sois amigas?

—No, ya no. La vida te lleva por otros caminos y pierdes gente por el camino.

—Entonces sabes qué hacer —me miró con la misma indulgencia que un padre miraría a un hijo—. La novela es parte de tu vida, tú misma eres tu inspiración, busca en tu interior.

—Ja, ja, ja pareces Yoda.

—¿Quién es Yoda? —preguntó suspicaz.

—No puedes volver al Olimpo sin ver la saga completa de la Guerra de las Galaxias. ¿Y supongo que tampoco sabrás qué es The Walking Dead? ¿O Lost?

—¿Perdido? No estoy perdido.

Y los dos rompimos a reír. Estaba decidido: mientras no fuera necesario que me inspirara por la noche le iba a hacer ver todas las series y todas las películas que más me gustaban. Y ya puestos, leer algunos libros modernos, conocía los clásicos y se veía que había hecho los deberes leyendo mis novelas, pero le faltaba mucho por descubrir. El timbre del portal interrumpió nuestras risas.

—Debe de ser Fátima.

—Voy al baño.

Mi pobre muso tardaría en recuperarse de la impresión que le había causado Fátima. Seguía teniendo los ojos como dos tomates y por cómo cojeaba ligeramente al caminar estaba segura de que no era lo único que todavía tenía dolorido.

—¿Dónde está? —me preguntó mi amiga dándome un par de besos.

—Escondido en el baño. Creo que te tiene miedo.

—¿Todo bien?

—Más que bien, he escrito como hacía tiempo que no lo hacía. Si Lino no me avisa de que era la hora de comer, seguiría tecleando.

—¿También cocina? ¿Bien?

—Para cocinar mejor yo no hace falta mucho, así que sí, cocina bien.

—¿Y cómo puedes concentrarte con semejantes vistas? —preguntó en un susurro mientras Lino entraba en la habitación.

—A veces cuesta —respondí divertida.

—Supongo que habrá que hacer algo —afirmó Fátima volviéndose hacia mi muso—. No puede estar todo el día con una faldita.

A mí no me parecía mal, no me molestaría ni lo más mínimo tenerle así por casa las tres semanas que aseguraba que iba a estar en mi vida, algo que no pensaba confesar en voz alta.

—Tienes razón, estamos en invierno y si salimos se va a congelar.

—Te recuerdo que fuiste tú quien me imagino así —replicó Lino estirándose y marcando más sus músculos si era posible.

—Fátima, tu novio trabajaba en la sección de caballero de los almacenes de la calle Fé. ¿Verdad?

—Sí, ¿qué tallas usas?

—No lo sé. En el mundo de donde vengo la existencia no es material, es más espiritual, conceptos como la ropa y el calzado no son necesarios.

—Menuda ayuda —dije lamentándome—. Tendremos que tomarle alguna

medida y, si no acertamos con la talla, que nos lo cambien.

—Tú sigue escribiendo que yo le mido —se ofreció Fátima con picardía.

—Ni te acerques —siseó Lino.

—Lo haré yo. Ha quedado comida, tendrás hambre, le mido y vamos a comprarle algo.

—No vas a llegar, te va a hacer falta una escalera.

La fulminé con la mirada y me dispuse a buscar el metro y, muy a mi pesar, a sacar el taburete plegable que solía utilizar para alcanzar los estantes altos de la cocina a los que no llegaba.

—No me des las gracias —susurró Fátima cuando pasé a su lado.

—¿Por qué dices eso?

—Por el trabajo duro que vas a realizar, medir tanto musculo va a ser muy pesado.

—Come y calla.

—Está bueno —dijo en voz alta mi amiga captando la atención de Lino—. El pollo digo, muy rico.

Con la cara cada vez más roja, fui midiendo los brazos, el contorno y la cintura de Lino que, divertido por la situación, sonreía sin parar. Llegó el momento de medirle las piernas, se me ocurrió la feliz idea de echar un fugaz vistazo a su rostro y vi como levantaba una ceja como queriendo decir: ¡Ahí te quería yo ver! Desde luego la idea de la faldita sonaba genial en mi cabeza y hasta ese instante no le había visto ningún defecto. Decidí que si le media la parte exterior de la pierna, sería suficiente; el tiro... bueno, el tiro mejor lo dejaba y cruzaría los dedos para que la ropa que le comprara le valiera.

—Ya está.

—¿Seguro? —preguntó mi amiga siempre tan oportuna.

—Tienes razón, me falta algo. Ahora vengo.

Y cogiendo un papel de la impresora y un lápiz dibuje la silueta de los pies de Lino que no podía contener la risa y estalló en una sonora carcajada.

—En tu mente no eres tan tímida —dijo cuando paró de reírse acompañado

por mi querida amiga.

—En mi mente tú eras fantasía, no hablabas y solo estabas de adorno — repliqué enfadada encerrándome en mi cuarto para cambiarme y salir a la calle.

Necesitaba alejarme un rato de mi muso, cuya presencia cada vez inquietaba más mi mente.

4. EXTRAÑOS COMPAÑEROS DE PISO.

Decidí dejar a Lino viendo la televisión, en concreto pensé que lo mejor era empezar con *Lost*. Eran seis temporadas y así estaría entretenido unas cuantas horas. No pude evitar sentirme mal al dejarle solo; con cara de pena se quedó sentado en el sofá.

—Cuando tengas ropa adecuada saldremos a dar una vuelta. Además, con los ojos que te dejó Fátima y su espray asustarías a la gente.

—Ya le he pedido perdón. Lo siento. Me deje llevar.

—Claro —replicó Lino todavía molesto con mi amiga.

Cogida del brazo de Fátima nos encaminamos a los almacenes. Su chico, Carlos, trabajaba aquella tarde, así que nos podría ayudar con «el problema». Decidimos que lo mejor sería decir que la ropa era para un indigente que había ingresado en urgencias ese día, Fátima había sentido lastima por él y había decidido comprarle algo de ropa para cuando le dieran el alta. En realidad, no sería la primera vez que hacíamos algo parecido, pero solía ser para niños o ancianos, no para adonis de ojos verdes.

—¿Y cómo te va a pagar la ropa y la comida? ¿En especies?

—No seas mala, por lo menos tres semanas comeré bien. Tenemos que bajar al supermercado y hacer un pedido. Al parecer mi nevera da pena.

—La paella preparada y las cajas de congelados no son comida, te lo he dicho varias veces.

Si el novio de mi amiga dudó de nuestra de historia, no lo aparentó. Le

pareció extraño que no hubiéramos podido deducir su talla y su número de pie por la ropa vieja, pero pensando en la comisión que se llevaría, sabiamente decidió callarse. Compré dos vaqueros, un par de camisas, un jersey, un abrigo, ropa interior y unos zapatos. Desde luego más valía que la inspiración fuera buena o mi cuenta corriente no se recuperaría nunca. Después de hacer el pedido me despedí de Fátima y regresé a casa. Hacía tres años que había roto mi relación con un abogado que conocí una noche y con el que había estado casi dos años. No iba a negar que era agradable saber que alguien me esperaba en casa.

—Hola —me saludó apoyado en el marco de la puerta de mi piso.

—¿Cómo sabías que subía?

—He sentido tu mente. No me mires así. He prometido que solo la leería para ayudarte a escribir, pero eso no significa que no la sienta cuando estás cerca. Ahora mismo, aunque lo niegues, estás contenta.

—Traigo ropa para ti, pruébatela —anuncié sin querer responder a su comentario para no alimentar más su vanidad.

Desde luego la timidez no formaba parte de la personalidad de Lino, sin titubear se desprendió de la faldita y las sandalias. Intente aparentar indiferencia mientras le iba pasando las prendas, pero era difícil. Debajo de la falda, Lino era tan magnífico como por encima de ella. Antes de que el rubor y la vergüenza me impidieran hablar, me volví y empecé a quitarle etiquetas al resto de las prendas y se las fui pasando sin atreverme a mirarle a los ojos. No sabía cómo habría sido en su vida anterior, pero en esta era un sueño de hombre hecho realidad.

—¿Qué tal estoy?

—Bien, hemos acertado con la talla.

—¿Solo bien? —preguntó Lino picarón.

El timbre del portal me salvó. La compra había llegado y con ella pude obtener unos minutos de sosiego que mi mente necesitaba para olvidar lo requetebién que estaba mi muso. Lino me ayudó a colocar la compra

satisfecho, «comida de verdad» decía contemplando las verduras y la carne con adoración.

—¿Y en el reino de Hades que comíais?

—En esa existencia no es necesario alimentarse, es mi cuerpo terrenal el que lo necesita y disfruto con ello. Este plano físico es tan diferente al mío que todas aquellas experiencias comunes para ti son algo así como una aventura y un descubrimiento para mí.

—Pues esta escritora se va a hacer una taza de té verde con jazmín y se va a sentar a escribir un ratito hasta la cena. Si tu «cuerpo físico» te lo permite agradecería que me hicieras llegar la inspiración.

—Así lo haré mientras sigo viendo esa serie, puedo hacer dos cosas a la vez —afirmó divertido—. ¿Tú la has visto? Esa isla es muy rara.

—¡Ja, ja, ja! Como la inspiración que me otorgues venga de esa isla mi novela acabará siendo surrealista.

Durante dos horas me sumergí en la historia de Mabel. Había llegado la hora de que hablara con su antigua amiga, pero tenía que ser cauta y no despertar sospechas en su marido, Julián. Una vez más, mi mente desconectó de lo que le rodeaba y se sumergió en la historia que poco a poco tomaba forma en la pantalla que tenía ante mis ojos. No sería hasta que Lino colocó delante de mí un plato con un sándwich de tres pisos que no volví a conectar con mi entorno.

—Oh, gracias. Tiene buena pinta.

—¿Puedo leer lo que has escrito mientras cenas?

—Creí que podías leer mi mente.

—Puedo ayudarte a que las ideas surjan en ella, pero la forma la das tú. Me gustaría ver cómo va.

—Adelante —afirmé girando el portátil hacia Lino.

«El llanto de Jorge me sacó de mis recuerdos. Dejé la caja donde la había encontrado y respondí a su angustiada llamada. Desde que le habían empezado a salir los dientes, no conseguía dormir más de dos horas seguidas. Después de tranquilizarlo y lograr que volviera a dormirse,

intenté calmarme yo también viendo una película con Julián. No podía, mi mente regresaba a las noticias que había visto un par de horas antes.

—Voy a hacer una llamada —dije al fin.

—¡A estas horas! Pasan de las once. ¿A quién vas a llamar?

—A Ana. Mi antigua compañera de piso.

—¿Cuándo tiempo hace no la ves? ¿Tres o cuatro meses? Y justo ahora tienes que hablar con ella.

—Me he acordado de ella —balbuceé buscando una excusa que sonara coherente—, y ya sabes cómo soy. Si se me mete algo en la cabeza, no paro hasta que acabo con ello.

Julián movió la cabeza sin decir nada, en un gesto de impotencia. No se equivocaba. No había hablado con Ana desde que la llamé para felicitarla por su nombramiento. Ahora ella era la máxima responsable de El Santa Cecilia. Había dejado el piso y se había comprado una casa con jardín y piscina en una urbanización en la mejor zona de la capital. La conocía bien y sabía que a esa hora acabaría de llegar a su solitaria casa y se estaría preparando un bocadillo en la cocina.

—¿Quién? —respondió Ana con su característico timbre de voz.

—Hola, Ana, soy Mabel.

—Sabía que me ibas a llamar.

—Lo he visto en las noticias de la noche.

—En El Santa Cecilia no se habla de otra cosa. Ruiz Gascón era el presidente de la Fundación Gascón cuyos fondos sostenían el área de geriatría del hospital.

—¿Crees que lo hizo él?

—¿Tú qué piensas?

—No. Él no es capaz de algo así.

—Mabel, hace cuatro o cinco años de los vuestro. Puede haber cambiado.

—Cinco. Hace cinco años. Pero es imposible.

—Él no es ningún alma cándida. No puedes haber olvidado lo que te hizo.

—*¡Eso es diferente!*

—*Cálmate. No soy yo quien le acusa. No harás nada de lo que puedas lamentarte después, ¿verdad?*

—*Me gustaría hablar con él.*

—*¿Y Julián?*

—*No sabe nada.*

—*Creo que primero deberías contarle toda la historia.*

—*Tal vez no sea necesario.*

—*Eso solo lo sabes tú. Por propia experiencia conoces el dolor que causa una mentira.*

—*Tienes razón.*

—*¿Por qué no comemos juntas mañana? Tengo ganas de verte.*

—*Bueno. Pasaré por El Santa Cecilia al mediodía.*

—*Entonces, hasta mañana.*

—*Adiós.*

Cuando regresé junto a Julián, se había quedado dormido tumbado en el sofá. Me senté en un sillón cerca de él y cerré los ojos. El rostro de Iván inundó mi cabeza.»

—*Julián es un santo, al final sabes que tendrá que contárselo todo.*

—*Sí, lo sé. Pero todavía no es el momento. Sigue leyendo, ahora va a conocer a Iván.*

—*Ummm se pone interesante.*

«El primer fin de semana lo había dedicado a visitar museos y a terminar de colocar mis cosas en el piso. Llegado el segundo viernes de mi estancia en la capital, no sabía si regresar a mi ciudad un par de días o quedarme en la que ya sentía mi casa. Había hablado con mis padres por teléfono. No parecían echarme mucho de menos, de igual manera que tampoco habían añorado la presencia de mis hermanos. La habitación de Javier se había convertido en un cuarto de estar, puesto que, según mi madre, al ser menos, el salón nos venía grande. Por otra parte, mi padre se había apropiado del

dormitorio de Ignacio. Allí había instalado una cadena musical y se pasaba los días oyendo la radio, leyendo y contemplando su colección de monedas. Me preguntaba en qué convertirían la mía.

Esa mañana cuando llegué a la inmobiliaria me sorprendió no encontrar a Rubén. Con su dulce acento argentino era capaz de vender cualquier casa sin que los inocentes compradores osaran regatear. Les asediaba con suaves palabras que les hacían caer en la red. Su recibimiento era una agradable forma de comenzar la jornada.

—Buenos días —saludé al entrar—. ¿Y Rubén?

—Buenos días, cariño —contestó Amalia—. Anoche se puso enfermo uno de sus hijos. Creo que ha sido una apendicitis y ahora le deben de estar operando.

—¡Caray!

—El Jefe está que trina. Esta tarde y mañana hay una reunión de la cadena inmobiliaria. Van a presentar un nuevo programa informático que visualiza con mayor detalle los pisos por dentro. Iba a ir Rubén. Él —continuó Amalia haciendo un gesto con la cabeza hacia El Jefe—, tiene planeada una escapada con una de sus «sobrinas».

—Tendrás que ir tú.

—Imposible. Tengo que hacerme cargo de las citas que Rubén tenía para hoy y terminaré tarde. Me temo que incluso tendré que trabajar el fin de semana.

—Mabel. Ya era hora de que llegaras. Pasa a mi despacho —nos interrumpió El Jefe.

No sé qué me gustó menos, si que me reprendiera por llegar un minuto tarde o lo que me había dicho Amalia. A mí no me podían hacer ir a la reunión. ¡Solo era una secretaria! Qué sabía yo de vender pisos. ¿Programa informático? Más allá del tratamiento de textos y la contabilidad me perdía. Algo me decía que ya no tendría que preocuparme por el fin de semana.

—Pasa, siéntate —me dijo El Jefe señalándome una silla al otro lado de su

escritorio—. Como sabrás, Rubén no ha podido venir a trabajar.

—Sí, lo sé. Uno de sus hijos está en el hospital —afirmé expectante.

—Amalia debe hacerse cargo de las citas de Rubén y yo..., bueno, yo — balbuceó tragando saliva—, tengo una importante reunión en otra ciudad.

Intenté no sonreír y mantener una expresión de seriedad en mi rostro. Me encantaría saber qué opinaba su mujer de sus reuniones. En las dos semanas que llevaba trabajando en la empresa, ya había oído hablar de al menos tres sobrinas. La actual y otras dos que ahora disfrutaban de un pequeño apartamento cada una. No lo entendía. Dos grandes gotas de sudar resbalaban por ambos lados de su cara y sus ojos me contemplaban tras unas gafas de las que no podía distinguir la montura, oculta tras la carne que cubría los pómulos. Era repulsivo, pero los ceros de su cuenta corriente debían de ser capaces por sí solos de hacer olvidar el aspecto de su dueño.

—Hoy y mañana se celebra un seminario de informática sobre un nuevo programa. Alguien de esta oficina debe acudir y ese alguien vas a ser tú.

—No sé nada de pisos.

—Así aprenderás.

—Es mi descanso.

—Piensa que el tiempo que dure el curso se considerarán horas extra y como tales te serán incluidas en tu nómina. Además —continuó con el típico tono autoritario de «no puedes negarte»— estás empezando y esto será tenido en cuenta en futuros contratos.

Ya estaba decidido. No había nada que pudiera hacer o decir más que aceptar del modo más sumiso. Como colofón, en lugar de irnos a comer, Amalia y yo tuvimos que quedarnos en la oficina para que esta pudiera explicarme una serie de conceptos básicos que necesitaría en el seminario. Nunca me había sabido peor un bocadillo de tortilla. Por supuesto, El Jefe no se quedó. Él se fue a comer a su casa para buscar la maleta, que encima le había hecho su inocente mujer, y despedirse de su familia hasta el domingo por la noche. El curso comenzaba a las seis y era en un parque

ferial situado en las afueras de la ciudad. No tenía tiempo ni de ir casa a cambiarme. Sin duda, aquellos iban a ser los dos peores días de mi vida.

Sudorosa y con una acreditación hecha en el último momento por mi Jefe, que se limitó a pegar una fotocopia de una foto mía encima de la foto de Rubén, ocupé un asiento en el auditorio. No conocía a nadie, por el contrario, las personas que me rodeaban sí parecían conocerse entre sí. Seguramente coincidían con periodicidad en similares seminarios. En la empresa inmobiliaria en que trabajaba era un reto y un firme propósito la formación continúa de sus empleados.

Al fondo de la sala había una tarima enmoquetada con la misma tela verde que las paredes y los asientos, sobre la que descansaba una gran mesa de madera con un único ocupante y un ordenador. En un principio no me fijé mucho en él, era joven, unos treinta años y, por el tono monocorde de su voz, parecía tan aburrido como yo. Detrás de él, en una pantalla de cine blanca, se veían reflejados los movimientos y los gráficos que él hacía en el ordenador. Desde mi posición, podía comprobar cómo algunos de los participantes al seminario tenían sus propios ordenadores portátiles con el programa ya cargado. Estos trataban de seguir las explicaciones del orador, pero se equivocaban pulsando la tecla que no debían y acababan en otra opción. Los que no teníamos ordenador, me imaginaba que todos los que nos habíamos incorporado hacía poco tiempo a la empresa, nos limitamos a observar la gran pantalla blanca.

Cuando quise darme cuenta eran las nueve. Aunque las tres horas habían pasado con rapidez, no se debía a la amenidad del seminario, sino al libro del bolsillo que había encontrado en el fondo de mi bolso. Al cabo de media hora había comprendido que sin tener un ordenador delante, y sin conocimientos suficientes de informática y venta de pisos, no iba a entender nada. No había más remedio que estar allí, puesto que al entrar y al salir un hombre apuntaba los nombres en una lista, de manera que decidí pasar el rato de la mejor forma posible.

A las nueve y siete minutos el orador dijo:

—Esta noche estudien lo que les he explicado. Mañana continuaremos y por la tarde la última hora la dedicaremos a resolver sus posibles dudas. Por tanto, hasta mañana.

El lunes a primera hora El Jefe me pediría que bajara el programa desde la red informática de la empresa y que les explicara su funcionamiento. Si no quería terminar de patitas en la calle, no podía permitirme el lujo de continuar de brazos cruzados un día más. Resolví acercarme al orador y explicarle mi problema. Si él pudiera facilitarme algunas notas sería mi salvación. Recogí mis cosas y descendí por la escalera de las gradas hasta la tarima. El lugar era un hervidero de gente que pedía detalles e información acerca de lo que habíamos oído aquella tarde. ¡Qué suerte! Ojalá hubiera sido ese mi caso. Yo no tenía una pregunta concreta, mi problema era general.

El orador estaba sentado, a su alrededor se agrupaban algunas personas, solo podía ver su nuca y oír como repetía una y otra vez: «Mañana. Repasen sus notas esta noche y oigan las explicaciones de mañana. De ese modo se aclararán muchas de sus dudas». Su pelo era oscuro, más que castaño era casi negro. Nervioso, jugaba con un bolígrafo que sostenía con la mano derecha. Con el pulgar y el índice quitaba y ponía el capuchón sin darse cuenta de lo que hacía. Era algo mecánico, como una especie de tic nervioso. Di la vuelta y me coloqué detrás de dos hombres trajeados que trataban de hacerse entender. El orador, impaciente, se puso de pie y entonces nuestros ojos se cruzaron.

No creo que fuera un flechazo ni amor a primera vista, más bien fue algo así como una oleada de simpatía mutua. Suena un poco rebuscado, pero ahora en la distancia sé que no fue amor. Las piernas comenzaron a temblarme y mis pulmones se paralizaron negándose a respirar. No oía las voces que nos rodeaban, mi vista y mi atención estaban fijas en él. Una taquicardia se había apoderado de mi corazón, estaba segura de que el

hombre que tenía a mi lado podía oír mis latidos. El orador era alto, con los ojos color miel y me sonreía. ¡Dios, cómo me sonreía! Por una sonrisa como aquella merecía la pena haber ido a aquel seminario.

—¡Hola! —dijo al fin.

—Hola —respondí excitada—. Me llamo Mabel. Soy nueva en la empresa y estoy algo perdida.

—Siento oír eso. ¿Puedo ayudarte? —me preguntó con amabilidad y el mayor de los encantos.

—Yo no vendo pisos. En realidad, soy una secretaria. Nadie de mi oficina podía venir y me han mandado a mí. Sé poco de informática y mucho menos de venta de pisos —continué haciéndome un lío, incapaz de ir al grano—. Me resulta difícil seguir tus explicaciones...

—Oiga, no se meta en medio —me interrumpió el energúmeno que tenía al lado—. Pregúntele mañana, ahora está hablando conmigo.

—Ya le he dicho varias veces que no voy a responder a sus preguntas hoy —afirmó el orador de mis sueños—. No sea grosero y déjeme hablar con la señorita.

Me cogió del brazo y me llevó hasta un rincón apartado de la sala. Tenía el ceño fruncido, sin duda aquellos hombres le habían sacado de sus casillas. Sin embargo, una vez que nos habíamos alejado del tumulto, se volvió hacia mí y su cara recuperó una dulce expresión de tranquilidad.

—Bien, Mabel, veo que necesita ayuda.

—¡Oh sí!... —Quise decir su nombre, pero no lo conocía. Al notar mi incertidumbre volvió a hablar.

—Me llamo Iván Sánchez. Trabajo como informático para la empresa. He sido el creador del programa que estoy explicando en el seminario. No obstante, me parece que no lo hago muy bien.

—No, no. La gente que estaba a mí alrededor parecía entenderlo todo. Soy yo la que no sabe dónde está —respondí sintiéndome una inútil y sin dejar de temblar en mi interior.

—Esta noche tengo una cena con los jefazos y no puedo ayudarte.

—No importa —dije en voz alta lamentando mi suerte.

—Tranquila. Mañana te traeré uno de mis ordenadores personales con el programa ya cargado. De ese modo te será más fácil seguir las explicaciones. Después del seminario, por la tarde, podemos ir a tomar algo y trataré de resolver tus dudas. ¿Qué te parece?

—Fantástico. Es justo lo que necesito —Y no sabía de qué forma

—Vaya, nunca había visto a nadie tan interesado en vender pisos.

Rompimos a reír, algo que agradecí porque era una manera sencilla de eliminar mi tensión y no tener que hablar, cosa que a mi arrebatado cerebro le costaba. Aunque no era el hombre más guapo del mundo, sí era el más atractivo que había visto en mucho tiempo. Nerviosa, con una mano trataba de sujetar el bolso y la carpeta y con la otra luchaba con un mechón rebelde de mi pelo. Me hubiera gustado que aquel momento durara siempre, pero unos hombres se acercaron a nosotros y nos interrumpieron. Después supe que eran los grandes jefes, los dueños y directores de la inmobiliaria.

—Iván, ¿nos vamos? —preguntó uno de ellos.

—Sí, claro. Mañana nos veremos Mabel. Adiós.

—Hasta mañana —respondí llena de satisfacción.

En la sala solo quedaba algún que otro grupo de gente que hablaban y reían entre sí. Si quería coger el autobús de las diez, debía darme prisa. Durante el trayecto de regreso a casa en mi mente había una única imagen: el rostro de Iván y su sonrisa. Mis labios esbozaron una tímida sonrisa como respuesta a la suya. En mi confusión, ni siquiera me pareció extraño que Iván se hubiera ofrecido tan rápido a ayudarme.

El piso estaba en silencio. Ana se había ido a Santa Cecilia y me había dejado una nota en la mesa de la cocina:

«¿Empiezan las horas extra?

Tienes tortilla de patata en la nevera.

Nos vemos el lunes.

Ana»

Mi compañera de piso se iba de fin de semana a su ciudad para celebrar el cumpleaños de su madre. Era una nueva experiencia para mí. Estaría sola en la ciudad sin nadie a quien dar cuenta de mis actos. Hasta entonces Ana había sido una especie de reflejo materno, ella sabía siempre dónde estaba. Por su parte era igual. Supongo que ambas sentíamos algo de indefensión en la gran ciudad. El saber que otra persona conocía tus actos y en cierta forma, aunque en pequeña medida, se preocupaba por ti, nos daba seguridad. He de reconocer que aquella era una prueba para mí. Necesitaba alguien con quien hablar y volcar mis emociones. No podía llamar a Ana al trabajo. Mis amigas de la ciudad estarían cenando fuera. No quedaba más opción que mi madre. Por supuesto, no le iba a hablar de Iván, pero le hablaría del seminario y de la imposibilidad de ir a verles ese fin de semana.

Cené un poco de la tortilla de Ana y un vaso de leche con galletas, y acurrucada en el sillón cogí el teléfono. Como única repuesta obtuve mi voz al otro lado del hilo telefónico. ¡No se habían molestado en cambiar el mensaje del contestador! Mis padres debían de haber salido. Dejé un breve mensaje explicando el motivo de mi llamada y me dispuse a ver una película ya empezada en la televisión. El sueño me encontró allí mismo, tapada con una pequeña manta de viaje.

El frío de la mañana me despertó. Mi cuello se resentía de la forzada postura nocturna. Una breve ducha seguida de un frugal desayuno, y otra vez al autobús. En mi ciudad nunca había necesitado utilizar transporte alguno para mis desplazamientos. Por el contrario, en la capital, pasaba gran parte de mi tiempo subida en el autobús o surcando las entrañas de la

tierra en el metro. El aire viciado y el moho hacían que mi nariz se arrugara cada vez que descendía a los subterráneos.

Fui una de las primeras en llegar. Quería estar segura de que Iván me encontraba al entrar en el salón. En esta segunda sesión busqué un lugar entre las primeras filas, no estaba dispuesta a perderme ningún detalle ni de las explicaciones ni del orador. A los pocos minutos apareció Iván en la sala, traía consigo un complicado equipo informático que debía instalar antes de empezar. Ocupado con el lío de cables, tardó en percatarse de mi presencia. Aproveché la ocasión para fijarme en él. Vestía un pantalón de sport con un amplio jersey y sobre el respaldo de la silla descansaba un abrigo verde. El pelo todavía estaba húmedo después de una ducha matutina. Una pequeña tirita ocultaba un corte en su barbilla. Aún no había podido ver sus ojos, siempre bajos y atentos a su equipo. Alguien detrás de mí tiró una carpeta e Iván levantó al cabeza atraído por el ruido. Entonces me vio. Me sonrió y se dirigió a mí diciendo:

—¿Qué tal Mabel? He traído un ordenador para ti. Sube.

Mientras ascendía los peldaños que llevaban a la tarima, podía sentir las miradas de envidia en mi nuca. Sabía lo que pensaban: «¿Qué hace la nueva hablando con el informático?» Ellos no habían mostrado el más mínimo interés por mí hasta aquel momento, así que un poco de venganza me resultaba agradable.

—Buenos días, Iván. Espero que no te haya causado molestias traerme el ordenador. ¡Con todo este armatoste! —le dije acercándome al lugar donde él estaba.

—Tranquila, el tuyo es más pequeño. Te lo dejaré conectado y cargado, después solo tendrás que seguir las explicaciones. ¿Podrás?

—Creo que sí.

Podía estar seguro de que nunca tendría una alumna más aplicada que yo. No quería perderme ni una sola de sus palabras. Su voz era música celestial en mis oídos.

—De todas formas, esta tarde sigue en pie mi oferta de ir a tomar algo y solucionar tus dudas. Si tú quieres.

—Sí, por supuesto. Muchas gracias —respondí agradeciendo que no hubiera nadie subido al escenario con nosotros. Cualquiera otra persona me hubiera hecho perder seguridad. Con los nervios a flor de piel, no quería distracciones.

—Entonces nos veremos más tarde.

El resto de los asistentes al seminario habían ido llegando y no era posible seguir conversando. De modo que regresé a mi sitio con el ordenador bajo el brazo y a punto de estallar de emoción. Las horas pasaron en un suspiro. Después de todo, con el programa delante y siguiendo las explicaciones, era sencillo. El único problema era que si me dedicaba a anotar lo que Iván iba diciendo, no había forma de seguirle con el ordenador. Llegué a la conclusión de que era mejor no preocuparme. Aquella sería una buena disculpa para hablar con Iván. Cuando quise darme cuenta eran casi las dos del mediodía. Sin embargo, él seguía tan fresco, sin que el largo parlamento hubiera afectado a su voz. Un hombre surgió detrás de una cortina en el lado derecho del escenario y con una inclinación de su cabeza hacia su reloj de pulsera, le indicó a Iván que era hora de terminar.

—Quedan un par de cosas por rematar. Ahora haremos un descanso para comer y a las cuatro reanudaremos el seminario. Creo que a eso de las cinco podremos empezar con las preguntas —finalizó Iván con el sonido de fondo de las alarmas de los relojes señalando la hora.

En un edificio próximo al lugar del seminario, los directivos de la empresa habían dispuesto unas largas mesas para una comida con sus empleados. A mí aquellas reunioncitas me sacaban de quicio. No entendía cómo Rubén y Amalia se peleaban por acudir a ellas. ¡Si por lo menos me hubiera podido sentar en la misma mesa que Iván! Pero no. Él ocupaba la mesa principal con los jefazos y yo estaba en el otro extremo del comedor, en una mesa con

otras nueve personas. Seis de ellas parecían conocerse entre sí. Los cuatro nos mirábamos de reojo, colocando las servilletas en nuestras piernas, buscando un tema insustancial del que hablar. Al cabo de unos minutos de silencio embarazoso, un hombre sentado a mi lado me preguntó:

— ¿Llevas mucho tiempo trabajando en la empresa?

—No. Solo dos semanas —respondí sin poder evitar dirigir una rápida mirada a su brillante calva, en la cual se reflejaba la luz que entraba por las claraboyas del techo—. ¿Y tú?

—Un mes más o menos.

Los cuatro éramos algunos de los últimos trabajadores que habían sido contratados en la inmobiliaria. Nos presentamos e iniciamos una conversación distendida ajenos a la presencia de los otros seis. Estos nos miraban con superioridad y pasaban de nosotros, no éramos merecedores de su atención. Descubrí que no todos los asistentes al seminario trabajaban en la capital, en realidad la mitad de ellos procedían de otras provincias. De los cuatro, yo era la única que trabaja en la ciudad. Algo más relajada, conseguí comer un poco. La comida resultó bastante ínfima. A las bandejas de fritos y fiambres, les siguieron una sopa caliente y filetes de carne fría. Un poco de tarta y una taza de café pusieron el punto final al ágape.

A las cuatro estábamos otra vez sentados en el auditorio. La gente se agitaba en sus asientos mirando el reloj, deseando que el seminario acabara cuanto antes. Como era de esperar, llegado el turno de preguntas solo se izaron dos o tres manos. Paradójicamente, las personas que habían venido de otra ciudad deseaban salir y divertirse en la capital; por el contrario, los que vivían en la capital soñaban con irse al campo en un coche repleto de niños, maleta, la suegra y el perro.

—Bueno —dijo Iván al fin—, con esto podemos dar por acabado el seminario. Espero que muy pronto tengamos ocasión de reunirnos otra vez.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó una mujer a mi espalda ahogando su voz entre el ruido de papeles.

En seguida se formaron sendas acumulaciones de personas en las dos puertas que daban acceso al auditorio. Por mi parte, me quedé rezagada recogiendo mis cosas tan despacio como era capaz. En el escenario Iván conversaba con el subdirector de la inmobiliaria. Los jefazos después de comer se habían marchado del lugar, dejando al segundón de turno al cargo del seminario. Desde mi posición podía ver como Iván me observaba por encima del hombro de su interlocutor, y en un descuido de ese último, me guiñó un ojo. Enrojecí hasta las orejas. Me puse el abrigo y me aproximé a una de las salidas que ya estaba libre de gente. El móvil del subdirector sonó, retumbando su timbre en el enorme salón. Iván no dejó pasar la oportunidad y despidiéndose con presteza se acercó hasta donde yo estaba.

—Vamos. Rápido. Antes de que se me acerque otra vez.

Como dos colegiales corrimos por los pasillos vacíos del edificio, esquivando los carritos de los limpiadores y bajo la adusta mirada de un guardia de seguridad. En el aparcamiento nada más quedaban los coches de los empleados del parque ferial y un todoterreno que pertenecía a Iván.

—¿Tienes hambre? —me preguntó una vez que habíamos salido del auditorio.

—¿Bromeas? Apenas probé nada de la comida. ¿De dónde la han sacado?

—Supongo que han querido ahorrar gastos.

—Hubiera sido mejor un vulgar bocadillo y un refresco.

—Conozco un lugar donde hacen las mejores tartas de toda la ciudad. ¿Quieres que vayamos? —me preguntó abriéndome la puerta del vehículo.

—Por qué no —respondí sentándome.

—No pude hablar contigo durante el descanso. ¿Has entendido mejor las explicaciones hoy?

—Sí. Con el ordenador ha sido fácil seguirte, pero temo no ser capaz de hacerlo funcionar. El lunes mi jefe me va a acribillar a preguntas.

—He traído unas notas muy esquemáticas que pueden serte de gran ayuda. Las repasaremos comiendo tarta.

Ni que decir tiene que en la cafetería hablamos de todo menos del programa en cuestión. De allí nos fuimos a un local de copas donde seguimos conversando. Así supe que Iván era de una ciudad no muy alejada de la mía, pero que llevaba viviendo en la ciudad unos diez años. Había cursado sus estudios de informática en una de las múltiples universidades que poblaban el lugar, y después se había marchado a Estados Unidos a perfeccionar su inglés e introducirse en el manejo de los nuevos programas que empezaban a crearse. Al regresar tuvo ante él numerosas propuestas de trabajo entre las que elegir, pero las rechazó y decidió crear su propia empresa.

—¡Qué suerte! —exclamé al saber que estaba conversando con alguien que era su propio jefe—. Yo, en cambio, he tenido que enviar cientos de cartas pidiendo un empleo.

—Créeme, no estás en mal sitio. He diseñado programas para varias empresas y la tuya no es de las peores.

—Supongo que no —dije no muy convencida—. Sin embargo, nos han hecho trabajar el fin de semana. Mi jefe, en la oficina en la que estoy, me ordenó más que me pidió que asistiera al seminario.

—Piensa que si no hubieras venido, no nos habiéramos conocido.

No respondí. Aún no lo conocía lo suficiente como para saber si en caso de no haber asistido al seminario, Iván hubiera demostrado sus dotes de buen samaritano con otra incauta como yo. Tampoco sabía qué fin perseguía con sus actos. Cuando nos dimos cuentas eran más de las doce. El local se había ido llenando de gente que bailaba sosteniendo una copa en la mano. Mirando el reloj afirmé:

—Debería irme a casa.

—¡Tan pronto! —exclamó Iván sorprendido.

—Estoy cansada y ya no creo que hablemos mucho de informática. —El cebo estaba lanzado, su respuesta me daría una pista de sus intenciones.

—Es cierto. Nos hemos olvidado del programa. Ya sé lo que haremos.

Mañana podrías venir a las oficinas de mi empresa, allí habrá ordenadores disponibles con los que podremos trabajar.

—No sé... —titubeé imaginando un local escondido en una planta de oficinas, en una casa demasiado vieja como para tener ascensor.

—Tranquila. Desde el edificio de la empresa llevamos el servicio de atención al cliente de varias empresas que utilizan nuestros programas. Entre ellas hay hoteles y hospitales. Si tienen algún problema y necesitan que se les resuelva rápido, acuden a nosotros. Mañana habrá unas cincuenta personas en el edificio.

—En ese caso bueno.

Me dio la dirección y quedamos en que a eso de las once iría a las instalaciones de su empresa. Él pasaba muchos domingos en su oficina en busca de tranquilidad para trabajar. Desde luego, parecía un mirlo blanco. El tiempo se encargaría de poner las cosas en su sitio. Al salir del local de copas, Iván se encontró con unos amigos, de modo que me despedí de él y cogí un taxi que pasaba por allí.

—¿No quieres que te lleve a casa? —me preguntó al ver que detenía el taxi con un gesto de mi brazo.

—No hace falta, gracias. Quédate con tus amigos. Nos veremos mañana —contesté con la mejor de mis sonrisas.

¿Qué había hecho? Huir. Como siempre. Cuando las cosas se ponían difíciles o veía que no las podía controlar, ¿cuál era mi reacción? Salir corriendo, cuanto más rápido mejor. Una parte de mí creía haber hecho lo correcto, haber subido al coche de Iván de nuevo tal vez hubiera sido dar pie a algo más. Otra parte de mí reprendía esos titubeos. Una voz en mi cabeza exclamaba con insistencia: ¡Mojigata! Con reproche me preguntaba qué hubiera pasado. Nada, te habría llevado a tu casa, sin más. Iván me gustaba, eso estaba claro, pero acercarme a él me excitaba y me asustaba a la vez. Aparentaba ser un chico noble y afable. ¿Qué había detrás de esa dulce máscara de inocencia? Con mis dudas y temores llegué a casa y tal

cual, sin cambiarme, me eché en la cama y me dormí al instante. En mi sueño, monedas de plata caían sobre mí, con la faz de Iván en una cara y un interrogante en el reverso.

Las campanas de una iglesia me despertaron. Aún dormida, abrí los ojos y entre legañas miré el reloj de la mesilla. ¡Las nueve! No tenía tiempo de desayunar. Una rápida ducha fría para terminar de espabilarme y a la calle. El metro estaba desierto. Un par de jóvenes que todavía no se habían ido a dormir, un abuelo con su nieto y yo. Cinco personas en una estación que cualquier otro día a esa hora hubiera estado repleta. Conseguí llegar a la empresa de Iván con solo diez minutos de retraso. Él me esperaba en la puerta con los ojos algo enrojecidos.

—¡Buenos días! —le saludé al llegar junto a él.

—Buenos días. ¿Dispuesta a trabajar?

—Claro. Mañana a esta hora tendré que dar una lección magistral de informática a mi jefe.

En contra de lo que me había imaginado, el edificio era moderno. Mezcla de acero y cristal, con aire funcional. Un hombre de seguridad me hizo firmar en el registro de entrada. Después, mientras caminábamos hacia el ascensor, me fui quitando el abrigo. Tenía calor, aunque no creía que se debiera solo a la calefacción. Las paredes estaban enmoquetadas de un azul grisáceo contrastando con el verde de las plantas que decoraban el hall. Al abrirse el ascensor, una suave melodía nos recibió.

El despacho de Iván era grande y espacioso. Sobre su mesa había tres ordenadores y en las estanterías se apilaban monitores y libros de informática. Por el contrario, los teleoperadores ocupaban toda una planta, dividida en pequeños cubículos donde el aire fresco no llegaba. No dije nada, pero no me gustó el contraste.

—Aquí trabajaremos tranquilos —afirmó Iván poniendo una silla junto a

la suya detrás de la mesa—. ¿Empezamos?

—Claro.

He de reconocer que me resultó difícil concentrarme. Tan cerca, olía su colonia y el aroma turbaba mis sentidos. Haciendo acopio de valor, intenté pensar en lo que Iván me explicaba. Lo conseguí a medias.

—¿Hacemos un descanso? —pregunté al cabo de tres horas. Mi cuello y mi espalda estaban agarrotados, creía que nunca volverían a ser flexibles.

—Sí, claro. Lo siento. Cuando hablo de mi trabajo, me emociono y me dejo llevar —dijo azorado.

—Ya veo —respondí riendo.

—Vayamos a la cafetería. Tienes mucho que aprender y debemos continuar.

—Nunca debí acceder a las pretensiones de mi jefe.

—Por eso prefiero ser mi propio jefe. Sin embargo, sin este seminario no nos hubiéramos conocido.

—No sé qué hubiera hecho sin tu ayuda.

—Cuando te vi tan agobiada, me recordaste a mí al llegar a mi primer empleo. También alguien me ayudó. Tú harás lo mismo por otra persona algún día.

El descanso duró un par de horas, al término de las cuales habíamos hecho planes para varios fines de semana. Iván se había ofrecido como guía y a mí me parecía el mejor de los cicerones. Volvimos a su despacho y cuando quisimos terminar ya había anochecido. Aunque Iván me invitó a cenar, rehusé su ofrecimiento.

—Prefiero irme pronto a casa y descansar. ¿Te apetece caminar un poco? Llevamos muchas horas aquí dentro.

—De acuerdo.

La temperatura era agradable. La tibieza de la primavera se empezaba a sentir, y las bufandas y los gorros se podían dejar en casa. Nos cruzamos con otras parejas que habían salido a disfrutar de las últimas horas del

domingo. Llevaba dos semanas en la capital y todavía no me había acostumbrado a que mis ojos se cruzaran cada día con cientos de ojos que miraban sin ver. La ciudad con más habitantes del país era el lugar más solitario en que había estado nunca. Aquellas horas con Iván me habían hecho recordar la alegría de compartir con otra persona su tiempo y sus pensamientos.

—¿En qué piensas? Has estado callada un buen rato.

—En nada especial. Recuerdo mi ciudad.

—La echas de menos.

—Sí y no. Me gusta estar aquí, si bien, creo que allí todo era más fácil.

—Entiendo lo que dices. La seguridad de lo conocido acaba por alienarte.

—¿Y tú? ¿Has dejado algo atrás?

—No —respondió de inmediato—. Nada que valga la pena. Deberíamos regresar —continuó Iván consultado su reloj.

Cuando llegué a casa, Ana estaba en ella. Era agradable tener compañía una noche para variar. Pedimos una pizza y, mientras nos la traían, Ana me siguió por la habitación pidiéndome un relato pormenorizado de mi día con Iván. Aquella noche no me acosté tan pronto como había pensado.»

—Puff. ¿Iván existe? Es alguien de tu pasado.

—Existe —asentí pensativa—. Por desgracia.

—Te hizo daño.

—Mucho. No lo conocí en un congreso, fue peor que eso. Era un compañero de la agencia.

—¿Tu jefe?

—¿No decías que no me leías la mente?

—Y no lo hago, pero es evidente. ¿Qué te parece si mañana por la mañana damos un paseo? Podrías enseñarme la inmobiliaria y dónde vivías. Así estreno mi nuevo abrigo.

—La inmobiliaria no existe ya, pero puedo llevarte a que veas la zona.

—Es un fantasma de tu pasado, la herida que hizo Iván en ti no ha

cicatrizado. Tienes que dejarlo atrás. Crees que lo has hecho, pero diría que no.

No fui capaz de contestar a Lino, el nudo de mi garganta era cada vez más grande y los ojos me picaban. Tenía razón, Iván, o mejor dicho David, había sido mi primer amor, me deslumbró con sus fingidas maneras de galán, su simulada ternura y su falso cariño. No vi que era todo fachada hasta que fue demasiado tarde, mi corazón se rompió y mi relación posterior de tres años no había sido capaz de sanarlo. Mi muso me quitó el plato de las manos y me abrazó en silencio. Sin decir una sola palabra, con mi cabeza apoyada en su pecho. Oyendo el latir de su corazón, las lágrimas brotaron de mis ojos, como el agua subterránea que por fin encuentra una grieta en la superficie por la que salir. Me sentía segura y a salvo en los brazos de aquel gigantón que se había instalado en mi casa y en mi vida. Mi alma por fin hallaba el consuelo que necesitaba.

—¿Estas mejor? —me preguntó suavemente besando mi pelo con cariño.

—Algo, creo que tienes razón, aún me duele. Con la novela intentaré dejar salir de mi interior los restos de tristeza y dolor que tengo todavía por su culpa.

—Es lo mejor. Ana y David han pasado página, debes hacerlo tú también.

—Lo haré —sintiéndome segura de mí misma, con una fortaleza que sin duda debía a Lino.

—Tengo una pregunta —me dijo mi muso titubeando.

—Dime. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué es una tortilla? Me gustaría probar una tortilla de patatas.

—Estás de suerte, es una de las pocas cosas que me salen bien. La hago riquísima, con mucha cebollita. En eso hay división, hay mucha gente que la prefiere sin ella, pero a mí me encanta, le da un sabor que sin ella no tiene. Y, por supuesto, con aceite de oliva.

—¿Me la haces? —preguntó esperanzado.

—Son las doce y media de la noche. Creó que un poco tarde para ponerme a

cocinar. Mañana te prometo que te la hago para comer. Ahora estoy cansada y necesito irme a dormir.

—Está bien —replicó Lino con pesar—. Pero mañana me la haces sin falta.

—¡Serás tragón! Te advierto que el cuerpo humano no es como el espiritual, si sigues comiendo a ese ritmo y no haces ejercicio te vas a poner gordo y cebón y perderás tu atractivo.

—Así que te parezco atractivo —replicó sonriendo.

—Como si no lo supieras.

Sabía que tras ese aparente tonto Lino pretendía hacerme reír y secar mis lágrimas. Dándole un beso en la mejilla y un último abrazo me fui a dormir dejándole parapetado en el sofá con una caja de galletas y el mando a distancia. Enfundada en mi pijama de nubes me metí en la cama y me dormí al instante. Había sido un día de muchas emociones, mi mente y mi cuerpo estaban exhaustos.

5. DE PASEO.

Cuando me desperté eran las diez de la mañana. No recordaba cuándo había sido la última vez que había dormido tantas horas. Decidí darme una ducha y cambiarme antes de ir a la cocina, desde donde ya me llegaba el aroma del café recién hecho. En veinticuatro horas mi vida se había visto sacudida e increíblemente estaba tranquila y serena; yo, que era Doña Rutina y cualquier cambio me alteraba, allí estaba pensando en qué tendría preparado mi particular cocinero para desayunar.

—Buenos días —saludé entrando sonriente en la cocina.

—Buenos días, hoy no tienes tu arma favorita: la bolsa de yoga.

—Muy gracioso —repliqué admirando el torso desnudo de Lino que asomaba por el delantal, ya que él no llevaba nada más que unos vaqueros. ¡Y cómo lo quedaban! Resaltaban su ya admirable trasero haciéndome babear.

—Con todo lo que comes no sé cómo puedes tener ese cuerpazo.

—Tú deberías saberlo porque tú me imaginaste así.

No repliqué, poniendo una medalla ficticia a mi imaginación, no podía haber imaginado un muso más perfecto. Pero debía reconocer que solo había imaginado el exterior, el interior venía de serie y no podía ser mejor. Lino era atento, divertido, cariñoso, cocinaba a las maravillas y se preocupaba por mí como nadie salvo Fátima lo había hecho en mucho tiempo.

—¿Has dormido?

—No lo necesito.

—¿Y qué has estado haciendo?

Una inclinación de su cabeza hacia el televisor, y una mirada entre avergonzada y traviesa me hizo saber el resto. Había convertido a mi muso en un friki de las series como era yo misma. No podía ser más adorable.

—Cuando termines con Lost, te voy a poner las películas de la Guerra de las Galaxias.

—¡Yoda!

—¡Ja, ja, ja! Sí. Y luego otra serie, mi favorita, The Walking Dead.

—¿Muertos?

—Sí. Es alucinante, ya lo verás. Pero ahora ¿qué te parece si vamos a dar un paseo para bajar la torre de tortitas con chocolate que nos hemos zampado, y te enseñe los lugares en donde se gestó mi novela?

Era como caminar con un niño, a Lino todo le sorprendía y le llamaba la atención. A través de sus ojos descubrí otra ciudad. Lo que hasta entonces pasaba desapercibido a mi mirada, ahora era digno de ser contemplado. Las volutas de la barandilla de un balcón, el escudo de algún noble de la ciudad hecho en piedra que adornaba una fachada, la pequeña plaza escondida entre dos calles por la que no había pasado nunca. En una frutería atendida por un hombrecito ya mayor, compramos unas deliciosas manzanas rojas. Después de pasar junto a un puesto de castañas, terminamos con sendos cucuruchos calentando nuestras manos. Entretenidos, llegamos a la calle donde estaba antaño la inmobiliaria.

—Era allí. Donde está ahora esa tienda de móviles. Cuando pasó lo que pasó la quitaron, fue una de las primeras sucursales en desaparecer, ya no queda ninguna.

—¿Qué ocurrió?

—Tendrás que esperar a que vaya escribiendo la novela para saberlo — contesté misteriosa.

Seguimos caminando otra hora y llegamos al portal donde estaba mi primer hogar en la ciudad. Entonces me pareció una maravilla, pero con la distancia

del tiempo lo veía viejo y deteriorado.

—No estaba mucho aquí. Me pasaba el día trabajando, pero el barrio era tranquilo y mi compañera de piso era buena. Estuve bien aquí —comenté nostálgica.

—¿No te apetecería tomar un café con ella?

—¡NO!

—Caray, algo me dice que no fue la falta de contacto lo que os alejó.

—No lo fue. Ya te lo contaré, es hora de dejar salir todo lo que me ha carcomido todos estos años. Creo que mi última relación no funcionó porque no estaba lista, no había dejado mi pasado atrás, y ya es hora de que lo haga.

La sonrisa que Lino me dedicó me hizo sentir orgullosa, estaba en la dirección correcta, mi vida se encauzaba poco a poco. Ojalá mi muso pudiera quedarse conmigo no solo esas tres semanas. Me gustaba, no lo podía negar ni ocultar. Era buen amigo, pero soñaba con que fuera algo más. Tímidamente le cogí del brazo para regresar a casa. Lino respondió apretando mi brazo y, caminando, emprendimos el camino de vuelta.

Decidimos hacer un almuerzo ligero puesto que ya era casi la una y después cada uno retomamos nuestras tareas habituales. Yo continúe escribiendo y Lino con la serie que le tenía enganchado. Hice un descanso cuando Fátima me llamó al salir de trabajar para quedar a última hora de la tarde para tomar un par de tapas. Mi muso, tan detallista como siempre, a las cinco me preparó una deliciosa merienda, una taza de té verde con jazmín con unas galletas.

—No me digas más, quieres leer lo que he escrito. Adelante, es una conversación entre Ana y Mabel. Como no quiere contárselo a Julián tiene que hablar con alguien sobre Iván.

«El Santa Cecilia era un hospital que durante los últimos años había ido creciendo. Ana, mi antigua compañera, había hecho sus prácticas en él para terminar siendo la persona al frente del centro médico. Al entrar en la cafetería recordé las innumerables ocasiones en que había acudido allí en busca de consuelo. Más tarde o más temprano Ana conseguía hacer un

hueco entre paciente y paciente para hablar conmigo. O, mejor dicho, para escucharme y acabar dándome su sensata opinión, la cual en la mayoría de los casos yo ignoraba con consecuencias funestas. Pedí una tila que tranquilizara mis nervios, y me senté a esperar a Ana. No tardó en aparecer.

—¡Hola! ¿Qué tal estás? —me preguntó dándome dos besos.

—Confusa —respondí observando cómo ante mí seguía teniendo a aquella mujer delgada de ojos verdes, con su sempiterna coleta, que me había abierto la puerta hacía cinco años.

—¿Qué estás bebiendo?

—Una tila. No he podido dormir en toda la noche, estoy nerviosa e irritable, a punto de estallar. ¿Qué ha ocurrido? Solo sé que le acusan de asesinato, pero no sé ni de quién, ni el porqué.

—No sé mucho más que tú. Ruiz Gascón tenía varias empresas reconocidas y estaba detrás de varias otras de las que nadie sabía nada. Un buen día llegó al hospital y ofreció el apoyo de su fundación para abrir una completa área de geriatría. Como te puedes imaginar los que dirigían entonces el Santa Cecilia no dijeron que no. Esa área suponía prestigio y reconocimiento mundial.

—¿Tú le conociste?

—Sí, estuve presente en alguna que otra reunión y en cenas de dirección. En esa época yo era una especie de asesora de dirección que se encargaba de todo lo relacionado con los empleados. Ya sabes, demasiados problemas y poco dinero.

—¿Cómo era?

—Era corpulento. De joven había sido un buen deportista y aún conservaba una buena complexión. Era el típico madurito atractivo con dinero. Pelo canoso, ojos negros y piel curtida.

—¿Casado?

—Divorciado dos o tres veces con varios hijos de sus diversos matrimonios.

—¿Qué pasó?

—Hace cosa de medio año un periódico destapó un par de asuntos turbios relacionados con su nombre. En apariencia sus negocios eran legales, exportación e importación de aparatos electrónicos, pero detrás había prostitución, drogas y demás. La junta de accionistas quiso limpiar la imagen del Santa Cecilia. Cortaron sus vínculos con la Fundación Gascón, despidieron a la junta directiva y me pusieron a mí al frente. No tenían otra opción, yo era la única que, teniendo suficientes conocimientos para dirigir el hospital, no había tenido nada que ver con Gascón.

—¿Cómo fue el asesinato?

—Fue hace diez días. El personal encargado de la limpieza de su despacho le encontró muerto a las tres de la madrugada. Le habían apuñalado con su propio abrecartas. El edificio estaba equipado con cámaras de seguridad. Sin embargo, la del despacho había sido inutilizada con un paño negro de modo que los vigilantes no vieron lo que pasaba.

—¿Entonces, Iván?

—Según el registro de entrada él fue el último en ver a Ruiz Gascón. Su imagen aparece grabada en varias cintas.

—¿Por qué iría a verlo?

—No lo sé. Después del escándalo de la Fundación Gascón, en el Santa Cecilia no se hablaba de Ruiz. Hasta su asesinato su nombre no había vuelto a ser mencionado.

—Tal vez Iván había creado algún programa informático para Gascón.

—No te engañes. Iván podía estar relacionado con alguno de los trapicheos de Gascón.

—Tengo que hablar con él.

—No creo que te dejen visitarlo.

—Al menos lo intentaré.

—Solo me quedan un par de minutos libres. No puedo quedarme a comer. Cuéntame cosas de ti. ¿Cómo está mi ahijado? —me preguntó Ana

cambiando de tema.

Durante el tiempo en el que Ana y yo intercambiamos comentarios triviales sobre mi vida, no podía quitarme de la cabeza la imagen de Iván esposado. Era demasiado dolorosa. Creía haberle olvidado y haberle arrinconado en lo más profundo de mi mente. Me hizo tanto daño... Un solo instante, una furtiva mirada, había bastado para destapar mi propia caja de Pandora. Volvía a ser la chiquilla joven e inexperta, recién llegada a la ciudad, con ansias de comerse el mundo. Si me concentraba y cerraba los ojos, era como si mi nariz volviera a respirar el aroma de su colonia. Mis oídos podían incluso oír el crujido de su ropa y la envolvente musicalidad de su voz. Julián y Jorge se desdibujaban en el futuro a medida que yo me sumergía en el pasado.»

—¿Existe ese hospital?

—En realidad es una clínica. La clínica Santa Elena. Está en las afueras, junto a la Plaza de Toros.

—¿Y Julián? ¿Existe?

—En mi imaginación, tiene las cualidades que deseo que tenga el hombre de mi vida, pero no creo que él se aparezca mañana en mi cocina, ¿o sí? — pregunté esperanzada con una sonrisa tonta en los labios

—No le he visto por el Olimpo, no recuerdo —contestó mi muso divertido—. ¿Ahora por dónde vas a continuar?

—Mabel les cuenta a sus compañeros de trabajo cómo funciona el programa y luego serán las primeras citas de los dos. Lo bonito de una relación, el principio.

—Tienes un par de horas, luego hemos quedado con Fátima.

—¿Hemos? —Ahora fue mi turno de reír.

—Por supuesto, quiero saber qué es eso de las tapas.

—Uy, algo que hará que no quieras volver al Olimpo.

Aún riéndome posé mis dedos en el teclado y la conocida sensación de sumergirme en mi mundo de fantasía se repitió una vez. Los personajes se

acercaban a mí dándome la bienvenida, queriendo contarme sus historias. Mi otra yo, aquella que hacía años que había perdido de vista, acercó sus labios a mi oído y empezó a narrarme.

«El lunes llegó, y con él finalizaba el que hasta entonces había sido el mejor fin de semana de mi vida. Entré en la oficina temblando, rogando a Dios que mi jefe hubiera sufrido un contratiempo. No necesitaba que fuera una enfermedad grave, con un pinchazo en una rueda me conformaba. Sin embargo, mis súplicas no fueron escuchadas. Allí estaba. Encerrado en su despacho, lleno de humo hasta lo indecible. Rubén estaba sentado en su mesa, callado. Amalia nos miraba de reojo, pasando su mirada de uno a otro sin decir nada.

—Buenos días. Rubén, ¿cómo está tu hijo?

—Bastante bien. En tres o cuatro días estará en casa.

Me extrañó que Rubén fuera tan escueto. Él, un charlatán nato, no perdía la ocasión de hablar. Sin duda, no iba a ser yo la primera en recibir una reprimenda del jefe aquella mañana.

—Te está esperando —intervino Amalia.

—Está de mal humor, ¿verdad? —pregunté quitándome el abrigo.

—No te lo puedes imaginar. Creo que su «sobrina» le ha dejado.

—¿Por alguien más joven?

—Por alguien con más dinero.

—¡Mabel! —rugió una voz—. Ya era hora de que llegaras. Tienes que mejorar esa puntualidad.

—Por supuesto —respondí mirando el reloj. Faltaban unos minutos para las nueve. Seguramente la ausencia de su «sobrina» le había dado ganas de trabajar. Aquella era la primera vez que El Jefe había llegado antes de las nueve.

—Veamos si tú has aprovechado el fin de semana o la empresa ha malgastado el dinero.

Nerviosa, cogí la carpeta con las notas de Iván. Amalia sonrió intentando

darle ánimos. Imposible. Presentía que las cosas aquella mañana iban a ir de mal en peor. Acercando mi silla al escritorio de Rubén les indique a los demás que me imitaran.

—Voy a cargar el programa en este terminal y después lo haré en los otros. Nadie contestó. Amalia y Rubén, voluntariosos, cogieron papel y boli sentándose a mi lado. El Jefe se situó detrás de mí, podía sentir su aliento en mi cuello. Tal vez fuera mejor no ver su cara. Si veía sus inquisidores ojos sobre mí, no daría pie con bola.

—Empieza. No vamos a perder toda la mañana con esta tontería. ¡Tontería! Haría como si no le hubiera oído. Entrar en la red que unía las sucursales de la empresa inmobiliaria fue fácil. Bajar el programa desde allí me resultó más difícil. El primer intento fue fallido. El segundo, también. Mi corazón se acompasaba con los golpes que El Jefe daba con su pie derecho en el suelo. Amalia y Rubén empezaban a incomodarse. A la tercera fue la vencida. El programa estaba instalado.

—Aquí esta. Ahora, estad atentos que voy a explicar cómo funciona. Durante media hora me sentí como una maestra de escuela dando su primera clase ante un grupo de alumnos que no sabían si decantarse por vacilarla o por hacerle caso. Poco a poco fui serenándome y alcanzado cierta seguridad. El pie del Jefe se había quedado quieto y los resoplidos habían cesado. Solo se oía el sonido de mi voz y los bolígrafos de mis compañeros rasgando el papel. Ni siquiera una inoportuna llamada telefónica me interrumpió. ¡Para eso estaba el contestador!

—Bueno, creo que ya os he explicado todo. ¿Alguna pregunta? —No. Está muy claro —dijo Amalia—. Eres una experta. —De acuerdo. Cargad el programa en los otros ordenadores y continuad trabajando. Mabel, prepara mi terminal mientras voy a ver a un cliente. Cuando vuelva quiero ver que estáis utilizando el nuevo programa.

Ninguno de mis compañeros dijo nada hasta que El Jefe hubo salido. Entonces se levantaron de sus asientos y se acercaron a mi mesa, donde yo

estaba terminando de instalar el programa. Sin presión a mí alrededor, podía hacerlo hasta dormida.

—¡Enhorabuena! —exclamó Rubén—. Me alegro de que fueras tú. Yo no hubiera sido capaz de entenderlo tan rápido.

—El orador era bueno explicando y después del seminario me ayudó con las dudas que tenía— Por el momento prefería no dar demasiados datos sobre Iván.

—Se ha quedado con las ganas de echarle la broca —intervino Amalia hablando sobre El Jefe—, pero no ha podido. Está tan asombrado como nosotros.

—Debe ser que descargó toda su ira sobre mí —dijo Rubén—. Amalia y yo hemos llegado a la vez. Él ya estaba dentro y, sin saludarnos antes, ha empezado a recriminarme mi falta de profesionalidad. No te enfades, pero dijo que no entendía cómo había podido quedarme en el hospital tan tranquilo, dejando la responsabilidad que él había depositado en mí, sobre una «niñata recién llegada».

—¡Niñata! — exclamé ofendida.

—No te preocupes. Acaba de comerse sus palabras —afirmó Amalia—. Además, él era el que debía haber ido al seminario en lugar de irse con su «sobrina».

—Querrás decir, en lugar de ir a una importante reunión en otra ciudad —apuntó Rubén entre risas.

El teléfono comenzó a sonar y los clientes empezaron a llegar. Al cabo de unos minutos la rutina había regresado a la oficina. Entretenida con el trabajo no me di cuenta de que era la hora de marcharme. Ya me disponía a salir cuando Amalia me retuvo, y con una sonrisa pícaro en los labios me dijo:

—Espera, Mabel. Tienes una llamada.

—¿Quién es?

—Un tal Iván.

¡Iván! Había estado tan agobiada que por increíble que pareciera no había pensado en él. Intenté que mi cara y mi voz no delataran lo que sentía. Prefería que no circularan chismes sobre mí por la oficina. Fingiendo tranquilidad, cogí el auricular que Amalia me tendía y respondí.

—¡Hola! Soy Mabel.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Creo que bien.

—¿Cenamos?

—Bueno.

—Pasaré a recogerte a las nueve. ¿Te parece?

—De acuerdo. Hasta luego.

Esperaba que Iván no hubiera pensado que era una tonta, pero con Amalia cerca de mí y Rubén escuchado, no podía hablar a gusto. Menos mal que había llamado cuando ya me iba, después de hablar con él no hubiera sido capaz de trabajar más.

La cena fue fantástica. Y la del día siguiente, y la del otro y la del otro. Aquella semana nos vimos todos los días. Aunque el restaurante iba cambiando, yo no prestaba demasiada atención a lo que comía. Al llegar el fin de semana estaba enamorada de Iván sin remedio, y creía que era correspondida. Su forma de comportarse conmigo, sus titubeos a la hora de besarme y abrazarme me hacían pensar que el sentimiento era recíproco. Era tan feliz y estaba tan ilusionada que mi corazón no albergaba dudas.

Las semanas fueron pasando. En un par de ocasiones salimos con Ana y un amigo de Iván que trabajaba con él en la empresa. He de reconocer que era tal mi dicha que traté de hacer de celestina con Ana, si bien mis intenciones fracasaron. Ella estaba demasiado absorbida por su trabajo como para pensar en otra cosa.

Cuando llegó Semana Santa, en la oficina me dieron el Miércoles Santo libre, tenía cinco días de vacaciones para irme donde quisiera. Iván, en su empresa, consideraba el Sábado Santo festivo de modo que los dos íbamos a tener tiempo libre. Serían nuestras primeras vacaciones juntos.»

Ya estaba escrito. Lo tonta que fui creyéndome todas sus palabras, era tan perfecto, me engañó a mí, a mi familia, a mis amigos, a todo el mundo. Tonta, más que tonta. Me estuvo bien por incauta y confiada. Claro, que viendo al «desconocido» que tenía de okupa en casa, no podía decir que hubiera aprendido la lección. Pero era tan mono que, aunque una parte de mí, la parte realista y racional, seguía sin creerse la historia del muso, la otra parte soñadora la mantenía encerrada en un lugar oscuro sin salir a la primera. Desde mi silla podía ver el perfil de Lino, firme, masculino, decidido y muy, muy atractivo.

—¿Has terminado? —me preguntó el objeto de mis pensamientos.

—De momento. Voy a arreglarme.

Apagué el ordenador y fue a mi habitación. Abrí el armario y no sabía qué ponerme. Era la primera vez que salía con mi muso; la excursión mañanera no contaba. Sabía que, yendo junto a él, las miradas de todas las mujeres y de algunos hombres se centrarían en nosotros y no quería que la gente se preguntara qué hacía conmigo. Vale que medía uno sesenta y mi cuerpo no era el de una modelo, pero era consciente de que arreglada también atraía más de una mirada. Así que me decidí por un vestido azul oscuro con el que Fátima decía que estaba imponente, y yo también lo pensaba aunque no lo decía en voz alta, y unas botas altas. Encima, un abrigo y una bufanda, que con tres grados de temperatura no era cosa de acatarrarme y pasarme las tres semanas de Lino con la nariz goteando.

—Estás preciosa —dijo Lino al verme con su habitual sonrisa picarona y un seductor brillo en sus ojos.

—Gracias, es un vestido corriente, normalito —respondí con inocencia, pensando que ya era hora de que me viera con algo que no fuera el pijama o

ropa de *sport*.

Contoneándome algo más de lo necesario salí del ascensor seguida por Lino; despistada como iba pensando en lo que tenía detrás me choqué con un vecino de un piso superior al mío. Después de unas disculpas y de que la tontería que tenía momentos antes se hubiera quedado al ras del suelo, fuimos hacia el coche.

—¿En coche? ¿Está lejos?

—Un poco y más con tacones.

—¿Y por qué te las pones?

—Me gustan, y con el vestido quedan bien —le expliqué y me callé que según mi opinión me hacían unas piernas tremendas.

Lino no dijo nada pero miró mis pies y, sonriendo, se sentó en el asiento del copiloto. Le ayudé con el cinturón, asegurándome de que le quedara bien puesto, palpándole bien el torso y los brazos alguna vez más de las necesarias, pero eso él no lo sabía, y arranqué. Creía que yo era pálida pero la cara de Lino cuando llegamos al bar era del color de las nubes de verano, blanca, y con un rictus de terror.

—Hola, chicos —nos saludó Fátima—. ¿Ha pasado algo? ¿Por qué tiene Lino esa cara?

—Como nunca ha montado en coche se ha asustado.

—Una cosa es ir en coche y otra cosa es conducir como conduces tú. ¿Sabes que hay normas de tráfico? En los semáforos en rojo hay que pararse. Lo sé hasta yo —afirmó Lino algo enfadado.

—En eso le tengo que dar la razón, Macarena, tú conduces como si las normas no fueran contigo, te transformas, eres algo belicosa al volante.

Lino parecía un muñeco asintiendo enérgicamente a cada una de las palabras de Fátima. Estaban equivocados, no era que yo no supiera conducir, es que los demás no lo sabían hacer bien. Si no, ahí estaban las estadísticas, apenas había tenido algún accidente con el coche, solo cuatro o cinco. Lo normal.

—Vamos a por unas bravas y dejarnos de tonterías.

A las bravas, le siguió una tortilla de patata en María Luisa, como al final no estábamos en casa y no podía hacerla ya era hora de que Lino la probara; viendo cómo ponía los ojos en blanco estaba claro que le gustaba.

—Cuando pruebes la mía, ya verás lo que es bueno —afirmé jactanciosa.

—Eso es cierto —recalcó Fátima—. Maca es un desastre en la cocina, lo quema todo, hasta lo que solo hay que descongelar, pero la tortilla le sale de miedo. Es la mejor que he probado.

—¿De verdad?

—Pelota, el domingo vente a casa y hago una. Podrías traerte una tarta de manzana de esas tan ricas que tú haces.

—No he probado la tarta de manzana, estaré encantado de hacerlo —dijo Lino.

—Tú eses un comilón, con tal de probar toda la comida posible te apuntas a cualquier plan.

—Tendremos que llevarle a probar algo típicamente español —declaró Fátima guiñándome un ojo.

Estaba claro el destino, Lino tenía que catar un poco de jamoncito del bueno en La Cueva. Para finalizar el tapeo, rematamos con un par de *gastrotapas* en El Búho. No teníamos muchas ganas de despedirnos, así que nos fuimos a tomar una copa en La Tractoria. Fátima se encontró con unos compañeros de trabajo y nos unimos a ellos. Algunas parejas bailaban, me quedé mirándolas soñadora. Con David también solía bailar, bailaba muy bien, era algo que echaba de menos.

—¿Bailas? —me preguntó Lino con su aterciopelada voz.

—Sí. ¿Tú sabes bailar?

No me respondió, tomó mi mano y me llevó a la pista. Ni con tacones podía llegar a ser tan alta como él, mi cabeza llegaba a sus hombros, su brazo derecho me acercó hacia él agarrándome por la cintura, el izquierdo tomó mi mano y la apoyó en su pecho. Empezamos a balancearnos mirándonos a los ojos, solo estábamos los dos, el resto del mundo desapareció, Lino suspiró,

besó mi frente y recosté mi cabeza en su pecho. Su olor, un tenue aroma a gel de baño se mezclaba con su olor propio, varonil y masculino, su pecho era mullido y sus brazos fuertes y seguros. A la canción le siguió otras, no sé cuánto permanecimos abrazados, bailando, balanceándonos, no fue hasta que Fátima nos avisó de que iban a cerrar el bar, que nos separamos.

Volvimos a casa dejando primero a Fátima en la suya, al despedirse me dedicó unos gestos que muerta de vergüenza rezaba para que Lino no hubiera visto. Entramos en el salón y nos miramos sin saber qué hacer. En realidad, tenía muy claro lo que me gustaría hacer, pero no sabía si mi muso pensaría lo mismo. Pensé que él estaría igual de indeciso que yo, así que me lancé, pensando aquello de que él que no arriesga no gana. Me acerqué a Lino y, sin más, le eché los brazos al cuello y le besé. Tras un segundo de indecisión me abrazó y me besó. ¡Y qué beso! Hombre o dios, Lino era un maestro besando. Cuando ya empezaba a faltarnos el aire nos separamos.

—Macarena. Sentémonos un momento. —A mí ese «Macarena» me sonó raro, en determinadas circunstancias un hombre no suele utilizar tu nombre de pila y si lo hace, malo, malo.

—¿Ocurre algo?

—Hay algo que debes saber. Me gustas, es evidente, pero hay dos aspectos de nuestra relación que debo aclararte, debí hacerlo antes, fue mi fallo. En primer lugar, recuerda que solo estaré en este mundo durante tres semanas, después se acaba el plazo de entrega de tu novela y el plazo que me dio Zeus.

—Lo sé, pero...

—Déjame terminar, por favor —me interrumpió Lino—. El contrato con Zeus es sencillo. Tres semanas en la tierra para ayudarte e inspirarte con tu novela; si la terminas recupero mi existencia anterior.

—Eso lo sé.

—Hay algo más. No podemos tener sexo, si nuestra relación se hiciera carnal el contrato quedaría roto, debería volver al mundo de Hades para siempre. Y, créeme, ya llevo varios eones, no quiero volver.

Si me hubieran hecho una foto en ese instante mi cara debía de ser un poema. El calentón que tenía hasta ese momento se vino abajo más rápido que con una ducha fría. Ese era mi sino: encuentro a un tío cañón, que se apalanca en mi piso y en mi vida durante tres semanas. Le gusto, LE GUSTO, y no puedo tener sexo con él. Zeus, que sepas que te odio, y mucho.

—Pues si eso es todo lo que tenías que decirme, me voy a dormir.

—Espera, Maca, vamos a hablar tranquilos.

—Estoy muy cansada, los tacones me están matando, mañana hablamos.

Y fingiendo dignidad y entereza me levanté del sofá y me fui a mi dormitorio. Una vez cerrada la puerta, me quité los zapatos y con furia los lancé contra la pared. Me dejé caer en la cama y pataleando como una niña dejé salir mi frustración. Escuché el sonido de un mensaje entrante en el móvil, era Fátima pidiéndome que al día siguiente durante la clase le contara todos los detalles. Apagué el móvil y no lo lancé contra la pared porque sabía que al día siguiente me arrepentiría. Me enrosqué en el edredón y sin ganas de cambiarme y desmaquillarme me dormí rumiando mi mala suerte.

6. TRAICIÓN

U nos golpes en la puerta me despertaron, eran insistentes y para mi cabeza dolorida parecían un martillo golpeando mis sienes.

—Macarena, son las doce. ¿Estás bien? ¿Puedo pasar?

—Uggggggg.

—Me lo tomaré como un sí.

Lino entró en mi dormitorio con una taza de café cargado y una aspirina que dejó en mi mesilla. Arrugó el ceño al ver mi horrible aspecto, vestida, sin desmaquillar y con el pelo revuelto.

—Voy a prepararte la ducha. La necesitas.

El sonido del agua cayendo en la bañera me hizo estremecer. Haciendo un esfuerzo supremo me tomé el café y la aspirina y me levanté, me tambaleaba y Lino me ayudó a llegar al baño. Cuando iba a ayudarme a algo más le detuve.

—Puedo sola, gracias. —Intenté no sonar fría pero sus palabras todavía resonaban en mi mente. Necesitaba que pasara un tiempo para que mis heridas sanaran y seguir adelante.

La ducha, junto con el calmante, hizo que el dolor de cabeza se mitigara lo suficiente como para ponerme a escribir. Con el humor que tenía en ese instante, inspiración o no, el capítulo que me disponía a escribir iba a salir muy negro. Había llegado la hora de que Mabel e Iván se volvieran a encontrar.

«No podía esperar más. Tenía que hablar con Iván. Decidí llamar a su

abogado. Enterarme de su nombre fue sencillo, en las noticias lo repetían una y otra vez. Después, en información me facilitaron el teléfono de su despacho. Lo difícil fue convencerlo de que me dejara ver a Iván. Durante el día estaba en los calabozos de los juzgados y por la noche regresaba a la prisión. Tenía las visitas restringidas y sin la autorización de su abogado no dejaban pasar a nadie.

—Pregunte a Iván Sánchez —rogué desesperada sintiendo que la secretaria del abogado me iba a colgar—. Dígame que Mabel García quiere verle. Ya verá como no se opone.

—Está bien. Déjeme su teléfono y si es posible la llamaré para concertar una entrevista.

—Gracias.

Esa tarde y todo el día siguiente me lo pase pegada al teléfono. Jorge tenía un poco de catarro y, escudándome en él, le dije a Julián que no podía salir. Dos días más tarde Jorge estaba bien y yo debía ir a hacer algunas compras. Había estado siguiendo el juico con las noticias y había comprobado cómo la prensa y la gente de la calle le creían culpable. Todos menos yo. No hasta hablar con él. Iván no podía haber cambiado tanto.

La niñera de Jorge me miraba con desgana mientras le repetía por cuarta vez la misma cantinela.

—Si llama alguien preguntado por mí, dile que he salido y que en cuanto vuelva le llamo. Si te dan algún dato, apúntalo en la libreta que hay junto al teléfono, que después se te olvida.

—No se preocupe. Váyase tranquila.

Estaba llamando al ascensor en la escalera cuando oí el teléfono. Regresé a mi piso y ante el sobresalto de la niñera corrí hacia el teléfono como si me fuera la vida en ello.

—Sí, dígame.

—Quisiera hablar con Mabel García —dijo una voz femenina que sin duda correspondía a la secretaria con la que había hablado días antes.

—Soy yo.

—Buenos días. Llamo del despacho del abogado del Sr. Iván Sánchez. Él desea hablar con usted.

—¿Cuándo?

—Si usted quiere, esta misma mañana podrían verse.

—Sí. Esta mañana me viene bien.

Quedamos en que el abogado me esperaría en el vestíbulo de los juzgados. No podíamos vernos fuera porque la prensa hacia guardia durante la mayor parte del día, en busca de alguna declaración exclusiva. El juzgado era un edificio viejo, lleno de humedad. En el interior el griterío no era mucho menor que en el exterior. A la derecha del hall, surgía un pasillo en el que se agrupaban en fila un grupo de personas en busca de algún tipo de certificado. Junto a ellos, en claro contraste, había dos policías custodiando a un hombre de piel quemada y ojos fieros que, esposado, esperaba a que un juez le tomara declaración.

Un hombre alto, bien trajeado y con generosas entradas a ambos lados de su frente, se acercó hasta donde yo estaba.

—¿Mabel García?

—Sí, soy yo.

—Soy el abogado de Iván Sánchez. Él la ha descrito a la perfección. Sígame.

Tal vez mi cara no hubiera cambiado, pero mi cuerpo había adquirido ciertas redondeces y una pertinaz flacidez que no tenía hacía cinco años. ¿Qué diría Iván al verme? Bajamos por una escalera hacia el sótano donde estaban los calabozos. A medida que descendíamos el aire estaba más cargado de humedad y costaba respirar. Nos paramos junto a una mesa donde un policía me hizo firmar en un registro y me dio una tarjeta con una V de visitante. Reanudamos la marcha y llegamos a una puerta con una ventana enrejada en el centro. A través del cristal distinguí la silueta de Iván, que aguardaba sentado a que yo llegara.

—Pase. Les dejaré solos cinco minutos. El juez no permite que las visitas duren más tiempo —dijo el abogado.

—De acuerdo —respondí asintiendo con la cabeza.

—Además, un policía tendrá que quedarse junto a esta puerta.

Me senté en una silla enfrente de Iván. Durante el camino había imaginado una y otra vez aquel encuentro. Había ensayado diferentes diálogos y le había hecho un montón de preguntas que deseaba que me respondiera desde hacía cinco años. Sin embargo, en aquella sala, teniéndole tan cerca de mí, no podía hablar.

—Me alegro de verte —dijo Iván rompiendo el sepulcral silencio.

—Yo también —contesté sin poder dejar de recorrer con la vista la sala donde nos encontrábamos, contando las innumerables goteras que llenaban las paredes.

—Lamento que nos hayamos encontrado aquí. Pero no me dejan salir —dijo Iván con una amarga sonrisa en los labios.

—No te preocupes por el escenario, lo importante es que volvemos a estar juntos.

—Tenías que ver mi celda. Por la noche puedes oír a las ratas arañando las paredes.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te une a Ruiz Gascón?

—Él era mi jefe.

—¿Tu jefe? Tú siempre decías que lo mejor era ser tu propio jefe, sin depender de nadie.

—Mi empresa atravesó una mala racha. Creamos algunos programas que no tuvieron el éxito que esperábamos. Me vi obligado a vender parte de la empresa a un grupo a cuya cabeza estaba Ruiz Gascón. A medida que iba pasando el tiempo ellos tenían más control y yo dejé de ser necesario.

—¡Es horrible!

—Un día uno de sus abogados vino a verme. Me ofreció una pensión de por vida y una generosa gratificación a cambio de que les entregara el

control total de la empresa. Según ellos, yo solo miraba por el interés de mi empresa en lugar de hacerlo por el del grupo. Aunque me negué, con artimañas fueron logrando su propósito. Aquel día fue a ver a Ruiz Gascón para entregarle mi carta de dimisión.

—¿Discutisteis?

—Sí. No lo puedo negar.

—¿Pero tú no...? —inquirí sin poder terminar la pregunta.

—No, yo no le maté. Cuando me fui de su despacho, él estaba vivo, puedes creerme.

—Alguien tuvo que verte. Tal vez su secretaria.

—Cuando llegué, Gascón les dijo a su secretaria y a su ayudante que se marcharan a casa. No quería que nos oyeran discutir. Le encantaba que la gente creyera que era un gran filántropo y un honrado hombre de negocios. ¿Me crees? —me preguntó después de una pausa.

—Sí. Mi corazón me dice que eres inocente.

—Pues eres la única. Es paradójico, la persona a la que he hecho más daño en toda mi vida es la única que confía en mí.

—No exageres. Tienes a tu abogado.

—Él se limita a defenderme, no necesita creerme.

—¿Y ella?

En ese instante la puerta de la sala se abrió de golpe y el abogado entró con un policía. La serenidad con que le había visto antes había abandonado su rostro. Su ceño estaba fruncido, y la preocupación y la ansiedad estaban patentes en cada uno de sus gestos. Ecos de algún alboroto proveniente del piso de arriba entraron con ellos.

—Tiene que irse de aquí.

—¿Qué ocurre? —pregunté asustada al oír un disparo.

—¡Vamos! —gritó el policía que había llegado con el abogado, agarrándome del brazo y haciéndome levantar de la silla con brusquedad.

No subimos al piso de arriba, por el contrario, bajamos unas escaleras

ocultas tras una puerta a una planta inferior. Llegado aquel momento no estábamos solos. Además del abogado venían con nosotros varias personas entre las que había más policías. Detrás de mí se escuchaban gritos de histeria y voces pidiendo calma. Una mujer junto a mí lloraba en tanto un policía que caminaba a su lado apretaba contra su frente sangrienta un pañuelo que en otro tiempo había sido blanco.

Llegamos a un pasillo estrecho que nos obligaba a caminar de dos en dos. El abogado de Iván encabezaba la marcha con un policía. Acercándome a ellos, pregunté en voz baja:

—¿Qué pasa? ¿Una bomba?

—No —respondió el abogado—. Un preso que esperaba a que le tomaran declaración se ha escapado cogiendo el arma de uno de los policías que custodiaban. Nadie sabe dónde está exactamente. Debe estar escondido en algún despacho.

Tragué saliva y sentí un escalofrío por mi espalda al recordar al hombre de piel quemada y ojos fieros que había visto al llegar al juzgado. Al fondo del pasillo se divisaba un punto luminoso en el techo. Era una falsa alcantarilla por la que se accedía a la superficie. Una vez fuera comprobé que estábamos enfrente de los juzgados. La gente que había huido conmigo por los túneles empezó a correr en todas las direcciones atrayendo la atención de los periodistas. Yo también me disponía a irme cuando el abogado me retuvo.

—Esto no suele pasar.

—Ya me imagino.

—¿Volverá a verle?

—Tal vez.

—Es la única persona que se ha interesado por él. No tiene demasiados amigos, ¿verdad?

—No sé ahora, pero cuando yo le conocí era bastante solitario. El trabajo y su empresa, lo eran todo para él.

—El juicio se celebrará a puerta cerrada para impedir el acceso de la prensa. Sin embargo, si usted desea venir, le puedo dar un pase.

—Le llamaré si decido venir.

Nos despedimos y fui a buscar mi coche al aparcamiento. Algunas emisoras ya se estaban haciendo eco de la fuga del preso. Al parecer estaba acusado de haber apuñalado a un hombre en un ajuste de cuentas con drogas de por medio. Hasta dos horas más tarde no lograron detenerlo de nuevo. En su frustrada huida había herido a tres policías y a dos personas que habían acudido a testificar en el juicio.»

—Voy a preparar algo ligero de comida, tu estomago lo agradecerá —dijo Lino interrumpiendo mi trabajo. Esta vez su voz no había parecido tan seductora; vale sí, un poco pero no lo pensaba reconocer.

—De acuerdo. Gracias.

—No te interrumpo más. —Me había vuelto a sumergir en la historia y ya ni le contesté.

“Jorge llevaba un par de horas durmiendo. Julián y yo habíamos estado viendo un debate en una cadena de televisión e íbamos a ver las noticias antes de que el sueño terminara de apoderarse de nosotros. No estaba preparada para encontrarme con mi cara ocupando la pantalla del televisor mientras el locutor leía los titulares:

—«Un grupo de personas hubieron de ser evacuadas de los juzgados esta tarde ante el riesgo que suponía la fuga...»

—¿Qué hacías en los juzgados? —me preguntó Julián abriendo los ojos de par en par.

—Había ido a ver a alguien.

—¿A quién? Tú no conoces a nadie que trabaje allí.

—No era nadie así —expliqué intentando acompasar mi respiración—. Era un preso.

—Creo que tienes algo que contarme.

No podía retrasar más aquella charla con Julián. Él sabía que yo había

estado saliendo con un hombre durante un tiempo antes de conocerle. No obstante, nunca había querido entrar en detalles. Había llegado el momento de hablar.

Julián escuchó toda la historia sin interrumpirme. Cuando empecé a contarle mi visita a Iván en el juzgado, volvió el cabeza disgustado, pero siguió sin decir nada. Al terminar, me di cuenta de que el telediario había finalizado y su lugar lo ocupaba la Teletienda. Julián apagó el televisor con el mando a distancia y, con la vista fija en la negra pantalla, se quedó callado unos minutos.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—Pensé que Iván había quedado atrás —respondí aliviada de que el tenso silencio se hubiera roto.

—Si no te hubiera visto en las noticias, ¿qué habrías hecho? ¿Seguir callada?

—No lo sé. Supongo que habría terminado por contártelo, una vez que el juicio hubiera empezado.

—¿Le sigues queriendo? —preguntó Julián mirándome con el ceño fruncido.

—No, claro que no. Le tengo cariño. Aunque me hizo daño, fue muy importante para mí en una determinada época de mi vida. Sin embargo, ahora Jorge y tú sois mi presente. No tienes de qué preocuparte.

Julián me abrazó y apoyó la cabeza en mi pecho. En apariencia estaba tranquilo, pero le conocía y sabía que aquella no iba a ser la última vez que íbamos a hablar de Iván. Nos fuimos a la cama, si bien, ninguno de los dormimos esa noche. Cada vez que cerraba los ojos podía ver en mi mente el pasillo de los juzgados y la sangre en la frente del policía. Era algo irreal que solo ocurría en las películas. La gente corriente no solía ir a los juzgados para después huir como comadreja asustadas por los subterráneos. Junto a mí, Julián fingía dormir. No necesitaba mirarlo para saber que estaba tan despierto como yo.

Por la mañana, Jorge y la casa ocuparon mi tiempo y mi cabeza. A las dos estaba sentada sola en la cocina, escuchando la suave respiración de Jorge por el comunicador. Aún faltaba un poco para que Julián llegara a comer, cuando el teléfono sonó. Era mi madre, de la cual no había sabido nada durante semanas, justo desde la última vez que la había telefonado.

—Hola, cariño, soy mamá.

—Hola. ¡Qué sorpresa!

—Como tú no me llamas, tengo que ser yo la que llame para saber de mi nietecito. ¿Cómo está? ¿Puedo hablar con él?

—Está dormido —expliqué con paciencia.

—¿Y Julián?

—Llegará de un momento a otro. ¿Vosotros estáis bien?

—Por supuesto. Aunque no gracias a tus cuidados —afirmó con el mayor de los descaros.

Preferí no responder, ya habíamos discutido varias veces por el mismo tema. Llamar cada día a mi madre equivalía a darle entrada en mi vida sin posibilidad de escape. Ya lo había hecho el primer año de casada, y para «librarnos» de su maternal acoso, habíamos tenido que poner tierra de por medio.

—Bueno, mamá, ¿querías algo?

—Sabes que te quiero.

—Sí... —respondí extrañada.

—Eres sangre de mi sangre. Entre nosotras no debe haber secretos.

—No... —Acerté a decir cada vez más alarmada. Si quería asustarme, lo estaba consiguiendo.

—Creo que tienes algo que decirme.

—¿Yo?

—Vamos, hija. No seas tan cruel, Mabelita. Hay cosas de una hija que una

madre no debería descubrir en las noticias.

Por fin lo había dicho. Las noticias. Sin duda en algún telediario o en algún periódico había visto mi foto huyendo de los juzgados y se había imaginado lo peor. Me encantaba la confianza que demostraba tener hacia mí.

—Mabelita. Soy tu madre. Mis oídos pueden oír cualquier cosa y mi corazón puede perdonártelo todo. Cuéntamelo —dijo aparentando magnificencia.

¡Mabelita! Con treinta años ya cumplidos hacía tiempo, casada y con un hijo seguía siendo Mabelita. Desde luego, con mi madre había cosas que nunca cambiarían. Era capaz de llamarme Mabelita y hablarme de amor maternal, y al mismo tiempo creer que era una asesina o una ladrona porque, conociéndola, cuanto mayor hubiera sido mi delito, mejor. Así demostraría mayor compasión.

—¿Recuerdas a Iván?

—¿Ese cretino con el que estuviste saliendo? ¿Qué tiene que ver con esto?

—¿Has oído hablar del asesinato de Ruiz Gascón?

—¡Asesinato! ¡Mabelita! ¿Qué has hecho?

Sin darle tiempo a hacer más elucubraciones, intenté resumir lo que había acontecido en los últimos días. Lo hice rápido y procurando no hacer pausa alguna en la narración, a fin de evitar que mi madre pudiera meter baza.

—Y eso es todo.

—Nunca me gustó ese noviete tuyo —replicó sin, en apariencia, recordar las múltiples ocasiones en que había presumido ante sus amigas de que su hija estaba saliendo con un importante empresario. «Mabelita, a ver qué haces. No vas a tener otra oportunidad igual». Solían ser sus palabras habituales en aquella época.

—Como ves, tu hija no es una asesina.

—Lo que no entiendo es para qué fuiste a visitarlo.

—Él tampoco es un asesino.

—No sé qué decirte. Recuerdo la fiereza de sus ojos.

Tragué saliva y procuré no reírme. Mi madre continuó recriminándome durante un rato e incluso afirmó que lo mejor sería que tanto Jorge como yo fuéramos a pasar unos días con ellos. Además, bajo ningún concepto debía volver a ver a Iván. Si no lo quería hacer por Julián, debía hacerlo por Jorge. No quería ni imaginar lo que había pensado la gente al verme en las noticias. Oportunamente, Jorge se despertó y comenzó a llorar. Me despedí de mi madre, no sin antes prometerle que la llamaría más a menudo.

En cuanto vi la cara de Julián supe que algo había pasado. Tenía el ceño fruncido, más por preocupación que por enfado. Llevaba la corbata desabrochada y la chaqueta quitada. Fingió que no pasaba nada y me saludó con el cariñoso beso de costumbre. Sin embargo, le conocía lo suficiente como para saber que aquel día traía otra cosa del trabajo además de cansancio.

—Tienes mala cara —dijo al verme.

—Ha llamado mi madre. Me vio en las noticias.

—¿Ella también?

—¿También?

—García, el aparejador, pasó por mi despacho para invitarme a un café. Me llevó a una cafetería a la que no suele ir nadie de la oficina, y con tono cómplice me preguntó si te había pasado algo.

—¡Oh no!

—Tuve que explicárselo. A él y a Ramón. A estas horas no debe quedar nadie en el despacho sin saberlo.

—Lo siento —dije abrazándolo.

—No me molesta que crean que estoy casado con una asesina —continuó sonriendo—, eso tiene gracia. Me disgustan los cuchicheos y los codazos a mi espalda.

—Esta tarde iré a buscarte, así no creerán que estoy detenida.

Nos reímos fingiendo normalidad. Calmar la curiosidad de los del

despacho y mis padres fue fácil. Peor fue soportar el aluvión de llamadas y visitas de familiares de los que no habíamos sabido nada en años. Incluso me llamó una antigua compañera del colegio, que no había vuelto a ver desde que me fui de casa de mis padres. Ahora era abogada y me ofrecía sus servicios.

Como tiempo atrás, Iván había desestabilizado mi vida.»

El capítulo estaba terminado, tenía la novela en pleno nudo argumental, ahora tenía que ir tirando poco a poco de los cabos para ir deshaciendo la madeja. Eran casi las dos, y Lino ya hacía rato que había cortado la televisión y trasteaba en la cocina. Mi ánimo estaba más sereno, era el momento de sentarme con él e intentar volver a recuperar la relación de amistad que teníamos hasta la noche anterior.

—Huele bien. ¿Qué tenemos para comer?

—Una sopa y pescado. No creo que tu estomago esté para mucho más.

—No, la verdad. Solo fueron un par de copas, pero la falta de costumbre...

—Más bien cuatro.

—Buenooo, quien dice dos dice cuatro.

—Te ha cundido —afirmó orgulloso Lino.

—Sí, tu inspiración se deja sentir. Después de comer me voy a echar un par de horas, tengo sueño todavía. Luego me iré a yoga con Fátima.

—¡Yoga! Eso no es un deporte. Tanto «ohm» no es hacer ejercicio.

—Pues que sepas que lo que tú estás pensando es más bien meditación. En el yoga trabajamos el cuerpo y la mente. Hacemos estiramientos, abdominales, torsiones... Es muy completo. A los hombres les resulta difícil, más de uno abandona al poco de empezar porque no lo resiste.

—Tendrás que enseñarme.

—No es mala idea, mañana por la mañana podemos hacer un rato y luego me dices.

La comida siguió relajada y distendida, la relación era cordial. Procuraba no fijarme, al menos no demasiado, en los encantos evidentes de Lino. Era como

tener delante un delicioso pastel, pero sabiendo que no era para ti y nunca lo sería. Mi muso no era consciente, o pretendía no serlo, de la atracción que ejercía en mí. Puesto que podía leer mi mente, no estaba muy segura de que cumpliera su promesa de no hacerlo para nada más allá de la novela, intenté concentrarme en la comida y no en él. Fregamos los platos juntos y me recosté en el sofá un rato.

Poco después de las cinco, Fátima vino a recogerme para ir juntas a nuestra clase de yoga. El friki de Lino se quedó terminando de ver *Lost*. Mi cuenta para ver series bajo demanda nunca había sido más usada. Esa tarde me costó dejar la mente en blanco, con las preocupaciones lejos y centrada en los asanas que nuestra monitora nos indicaba. La relajación fue ya imposible. Confiaba que la conversación que tendría con mi amiga al salir de clase fuera más efectiva.

—Entonces, ¿nada de nada?

—Nada —le contesté dando un sorbo a mi té verde.

—Pues parecía muy «motivado» anoche. Un punto sobón también.

—Ya, eso sí, pero al parecer hay una cláusula en el contrato que impide que Lino y yo nos acostemos.

—¿Y no será gay? O a lo mejor tiene problemas para...

—Que no Fátima, soy yo. Un tío bueno paseándose semidesnudo en casa y solo lo puedo contemplar.

—¡Qué faena!

Para hacer mi aportación a la alimentación y no tener que cocinar, compré una empanada en una confitería según iba a casa. Al menos a la empanada de dátiles sí podría hincarle el diente.

—¿Estaban todos muertos? —fue lo primero que me dijo Lino a modo de saludo nada más entrar en casa.

—¿Ya la terminaste? Sí, eso parece. —Me daba pena la cara de desilusión de Lino, era la imagen de la desolación. La misma que debí de tener yo hacía unos años cuando vi el último episodio de *Lost*.

—No me gusta el final.

—Ni a ti, ni a mí, ni a los millones de fans que veían la serie. Venga, que te voy a poner otra, *The Walking Dead*, estos sí están muertos. Fijo.

Guardé la empanada en la nevera, me di una ducha y me puse a escribir. En mi novela Mabel iba a descubrir que Iván no era tan perfecto. Y, por supuesto, mi desencuentro con Lino no tenía nada que ver. Bueno, quizás un poco sí.

«Eran mis primeras vacaciones desde que había empezado a trabajar en la inmobiliaria. Durante el tiempo transcurrido desde que finalicé mis estudios y encontré mi empleo, los fines de semana y las festividades me habían resultado aburridas y monótonas. ¡Infeliz de mí! Por las noches, al llegar a casa agotada después de la dura jornada, contaba y recontaba las horas que faltaban para que llegara el sábado.»

Esa noche íbamos a cenar a un restaurante turco que había abierto recientemente cerca de la oficina de Iván. Era Martes Santo y solo nos quedaban unas horas antes de marcharnos. Íbamos a ir a la costa, al norte, para disfrutar de la playa y a la vez tener la posibilidad de hacer pequeñas excursiones. Teníamos pensado alojarnos en algún hotel no muy caro que Iván había prometido buscar. Nerviosa y expectante, paseaba por el piso esperándolo. Ana volvía a tener turno de noche y además tendría que trabajar en vacaciones. Me costaba disimular mi ilusión y mi alegría delante de ella, pesarosa por perderse el viaje a Italia que durante semanas había proyectado con dos compañeras del Santa Cecilia.

—Siempre es lo mismo —se lamentaba al contármelo—, en cuanto hay un puente o llega Semana Santa, todo el mundo tiene que asistir a importantes congresos en lugares increíbles.

—¿Y tu jefe? El doctor...

—El doctor Salgado. Ha decidido que su espalda necesitaba un descanso. Como ya no puede tomarse más vacaciones, puesto que ha agotado sus días de asuntos propios y no quiere quedarse sin veraneo, ha pedido una baja.

—¡Ja!

—Lo mejor es que se la ha firmado ese traumatólogo amigo suyo y él a su vez le ha firmado una baja por otra historia similar.

—¿Nadie dice nada?

—¿Quién lo va a hacer? En esta época abundan las chapucerías y las disculpas.

Con un poco de suerte el miércoles por la tarde la vería antes de marcharme con Iván. Mis padres se quedaron más confundidos con la idea de que estuviera saliendo con alguien que con que no fuera a verlos durante la Semana Santa.

—De modo que tienes novio —dijo mi madre asombrada.

—En realidad solo somos amigos. Estamos empezando a conocernos.

—En mis tiempos eso era tener novio.

—Las cosas han cambiado, mamá.

—¿Y te vas de viaje con él?

—Sí. A la playa.

—¡En habitaciones separadas!

—Claro —afirmé pensando que era mejor no echar más leña al fuego.

—No sé qué dirá tu padre —replicó mi madre en un alarde de fanatismo familiar, algo divertido dado que la opinión de mi padre nunca le había preocupado mucho.

—Tú sabrás explicárselo —contesté sabedora de que alababa su ego—. Y vosotros, ¿qué vais a hacer? —pregunté cambiando de tema.

—Creo que iremos a visitar a tu hermano Javier, a Bruselas. Ya sabes que siempre insiste en que vayamos. Y a tu padre le hace ilusión.

De manera que, si al final decidía regresar a casa, iba a estar sola. No era que me importara, no sería la primera vez que mis padres se iban de viaje y me dejaban en casa. Pero lo que entonces parecía fabuloso, ahora no lo resultaba tano. Antes, dos días sola en casa, sin tener que preocuparme por lo que comía, lo que estudiaba o la hora en que regresaba, eran lo más maravilloso del mundo. El tiempo había pasado y todo aquello lo disfrutaba

a diario. Si deseaba volver a mi ciudad, era por ver a mi familia y los amigos que pudiera tener allí. Sin embargo, daba la impresión de que mis padres habían permanecido al acecho, esperando la más leve ocasión para separarme de sus vidas. ¡Qué se le iba a hacer! Así era mi madre, o control total, hasta la anulación de la voluntad, o «arréglatelas como puedas, puesto que tú te has ido.»

El timbre del portal sonó estridente en el silencio del piso, sobresaltándome e interrumpiendo el curso de mis pensamientos. Al principio la velada fue tranquila. Conversación intrascendente acerca del tiempo y de nuestros respectivos trabajos mientras íbamos en el coche y esperábamos a que nos sirvieran. Después, todo cambio.

—¿Has encontrado hotel? —le pregunté ansiosa.

—Sí, pero hay un problema —contestó él bajando los ojos hacia su plato.

—¿Es demasiado caro? Podemos buscar un hostel o una pensión.

—No, no es eso. No vamos a poder ir. Bueno, en realidad, soy yo el que tiene el problema. Tú, si quieres, puedes ir a la playa a descansar.

—Si tienes trabajo, podemos quedarnos aquí —afirmé sintiendo que la poca comida que había ingerido rebotaba contra las paredes de mi estómago.

—No voy a estar aquí. Unos nuevos clientes, en una ciudad del sur, desean que vaya a verlos y les explique al detalle en qué consiste el paquete de programas que han comprado.

—Puedo ir contigo. Seguro que encontramos algún rato para estar juntos.

—No lo creo. Ya sabes cómo son estas cosas. Trabajar sin reloj, comiendo cualquier cosa en el despacho y durmiendo poco. Con suerte, el domingo podré regresar.

—Ya veo.

—Lo siento mucho. Ya encontraremos otro fin de semana para ir juntos. Si tú quieres, puedes...

—No, no. Prefiero esperar a que tú estés libre. Iré a ver a mis padres —

mentí fingiendo tranquilidad—, siempre me dicen que vaya y nunca tengo tiempo.

—Si al final va a ser mejor. De vez en cuando hay que estar con la familia —aseguró Iván aliviado.

De modo que me quedé en la ciudad. La mayor parte del tiempo la pasé dormitando. El primer día no me atreví a salir de casa pensando en que Iván me llamaría en cualquier momento. No lo hizo. Ni el primero, ni el segundo, ni ninguno de los días. Cuando le dije a Ana que no me iba de vacaciones no hizo ningún comentario. Intentando darme ánimos me aseguró que el poco tiempo que tuviera libre lo pasaríamos juntas.

El Jueves y Viernes Santo, fui al cine sola, paseé sola, vi la tele sola y comí sola. SOLA, qué terrible palabra. Me gustaba tener mis momentos de soledad para leer, descansar y alejarme del bullicio exterior. Sin embargo, la soledad impuesta me asustaba y me hacía sentir pequeña e indefensa. Algo así como una gota de agua en un inmenso océano. No podía dejar de preguntarme si mi futuro sería igual. Si acabaría siendo una vieja solitaria abocada a pasar el resto de su vida en silencio y sin compañía.

Inesperadamente el sábado por la tarde Ana vino a casa pronto. Yo estaba leyendo un libro junto a la ventana, cuando oí el ruido de las llaves en la cerradura.

—¡Hola! —me saludó al entrar.

—¡Qué sorpresa! Creía que no salías hasta la noche.

—El administrador ha venido de improviso al Santa Cecilia y ha dicho que allí sobraba gente. Quieren reducir gastos y no se pueden permitir pagar turno extra si no son necesarios. A otro médico y a dos enfermeras nos han dado libre hasta mañana.

—¿Y de verdad sobrabis?

—Claro que no. Él ha llegado en un momento de calma. Anoche hubo gente que tuvo que esperar hasta tres horas en urgencias para ser atendido. Ni siquiera ha querido que nos lleváramos los buscas. No me gustaría ser uno

de los médicos que se han quedado en el hospital. Les espera una buena.

—Entonces, podríamos salir a dar una vuelta.

—De acuerdo. Me doy una ducha y me cambio de ropa. Piensa qué te apetece que hagamos.

Fue una tarde fantástica. Hicimos algunas compras, paseamos, cenamos en un bonito restaurante italiano y conversamos. Alguna que otra vez me dejé llevar e imaginé cómo hubiera sido ir a la playa con Iván. Cuando eso ocurría, procuraba pensar en otra cosa y no permitía que la añoranza me pudiera. Sin duda aquel viaje frustrado me había hecho darme cuenta de cuánto le quería.

Finalmente llegó el domingo. Aunque me había acostado pronto, antes de las doce, no estaba dormida cuando sonó el teléfono. Era Iván, acababa de llegar y quería hablar conmigo y saber qué tal había ido todo en casa de mis padres.

—Bien. Me recibieron con los brazos abiertos —mentí sin saber por qué.

—Te he echado de menos. No podía estar más tiempo sin oír tu voz.

—Me podías haber llamado —repliqué algo dolida.

—El móvil se quedó sin batería y cuando volvía al hotel ya era demasiado tarde.

—Sí, claro —afirmé no muy convencida

—Dentro de tres semanas hay otro puente. Te prometo que entonces podremos irnos juntos de viaje sin ningún impedimento.

Así era Iván, en unos minutos había deshecho cualquier resto de enfado y me había llenado de ilusión. Quedamos en vernos al día siguiente. La rutina de encuentros diarios se reanuda, como si nunca se hubiera detenido.»

Listo. Un nuevo capítulo terminado, estaba cansada, por ese día ya estaba bien de escritura. Cené con Lino y conversamos un rato amigablemente, después nos acomodamos un rato para ver una tertulia de esas en las que todos los participantes dan voces intentando imponer su voz y su opinión sobre la de los demás.

—¿Siempre es así?

—Sí. No suelo ver muchos de estos programas, prefiero una serie o una película, para informarme de algo prefiero usar internet; ver discutir de política, corrupción y demás me pone nerviosa y me aburre.

—¿Qué vas a hacer mañana?

—Después de enseñarte algo de yoga en una clase magistral que te voy a dar—
—Lino se rió al oírme, veremos al día siguiente quién de los dos se reía—, para eso son los pantalones cómodos y la camiseta que te he comprado, tengo una reunión con los dueños de una librería para hablar de una presentación de uno de mis cuentos dentro de un mes. Lo más seguro es que coma con ellos, ya te veré por la tarde.

—Tendrás que descansar para esa clase magistral.

—Tú lo que quieres es seguir viendo The Walking Dead. Estoy cansada, la verdad, me voy a dormir.

Lino me dio un beso en la frente a modo de buenas noches. ¡En la frente! Tuvo que tocarme el único muso ético de la historia. No podía haberme enviado uno más dispuesto a dejar las normas aparcadas. Poniéndome mi pijama de nubes me metí en la cama rezando para soñar con angelitos, que seguro que eran más picaros que mi muso.

Me iba a estar doliendo el abdomen toda la tarde de las risas que no había podido contener por culpa de Lino. Ver a mi muchachote de uno noventa intentando flexionarse en un estiramiento de yoga había sido lo más divertido que había visto nunca. Sus fuertes músculos no cedían. Desesperado y picado en su amor propio, al cabo de media hora exclamó:

—¡Se acabó! No hago más yoga. Esto es horrible.

—No es para tanto, hombre, te falta práctica, poco a poco...

—Nunca más. ¿Pero cómo vas voluntaria a clase de esta tortura? No puede

ser bueno —afirmó tumbándose en el suelo, agotado.

—Pues yo voy a continuar un poco más y luego me voy a mi reunión.

Podía notar cómo Lino fingía descansar tumbado en el suelo mientras me miraba el culo y las demás curvas de mi anatomía cuando hacía los diferentes asanas de yoga. Como decía Fátima: para el que no quiera tengo mucho. Diría que no podía tener nada conmigo, pero que quería... quería.

—Fátima tal vez se pase por aquí un rato —le comenté a Lino una hora antes de marcharme de casa.

—No te preocupes, no soy un niño pequeño. Queda empanada, me haré una ensalada y con la tele estaré entretenido. Luego tienes que escribir un rato, o no terminarás la novela a tiempo.

—¡Qué sí! Pareces la voz de mi conciencia.

La reunión terminó, como ya suponía, con una comida. Los dueños de la librería, Ángel y Mabel, me llevaron a comer a un agradable restaurante cercano que daba deliciosas comidas caseras. Intercambiamos anécdotas y nos pusimos mutuamente al día. Entre el primero y el segundo plato, Ángel me contó que recientemente habían cerrado una librería emblemática de la ciudad que ocupaba un edificio de seis plantas, de las que solo cuatro estaban abiertas al público. La distribuidora que se había hecho cargo de los libros sin vender que inundaban sus estanterías se había encontrado con una inesperada sorpresa en sus dos últimas plantas.

—No creo que los actuales dueños supieran las joyas que tenían sobre sus cabezas. Había cajas y arcones sin abrir, en su embalaje original. Algunos de ellos habían llegado a la ciudad entre 1930 y 1940 procedentes de Filadelfia.

—¿Y no sabían que estaban allí? Esos serán objeto de coleccionista actualmente.

—Lo más asombroso —continuó explicando Ángel—, es que están en sus embalajes originales, recubiertos de la paja original con la que habían atravesado el océano en barco, para aislarles de la humedad.

—Y esos son solo algunos —añadió Mabel—, cuando vayan

desempaquetando lo que estaba olvidado en esas dos plantas, quién sabe lo que encontrarán.

A esta le siguieron cotilleos sobre un escritor que había hecho una presentación la semana anterior y, cuando quise darme cuenta, eran casi las cinco. Ellos debían volver a la tienda y yo debía volver a mi casa y continuar escribiendo. Seguro que a Lino le gustaba la historia de los libros viajeros. Ensimismada en mis pensamientos no me di cuenta de que la televisión no estaba puesta, era raro no oír las voces de la serie que estuviera viendo Lino en ese momento.

—Lino, ya he vuelto, ¿qué tal ha ido todo? ¿Te has sentido solo o...

No pude continuar hablando, me había quedado con la boca abierta viendo a Lino desnudo, algo que de por sí ya era lo suficientemente impactante como para dejarme sin palabras, retozando en el sofá con mi, hasta en ese momento, amiga Fátima.

—¿Cómo te has atrevido? Después de lo que te conté ayer —me encaré con Fátima que, desesperada, hacia lo posible por cubrirse con el abrigo que había cogido del suelo donde estaba el resto de su ropa.

—Ya, verás,, es que como tú y él nada, yo pensé que era una pena dejar pasar la oportunidad y...

—¡Pensaste! Más bien, no pensaste. ¿Y tú? ¿No tenías otra con quien acostarte?

—Maca, no era plan de salir a la calle en busca de una mujer. Tu amiga vino a verme y nos pusimos a hablar y una cosa llevó a la otra.

—¿Salir en busca de una mujer? Pero tú qué te has creído —exclamó Fátima enfadada.

Me di la vuelta y los dejé discutiendo, estaba muy enfadada, con ellos y conmigo misma. Era culpa mía y solo mía haber abierto mi casa, mi vida y mi corazón a un tío surgido de la nada en medio de mi cocina. Por muy muso que fuera estaba visto que solo quería lo mismo que los hombres. ¿Y mi supuesta amiga? No le valía con haberse liado con medio hospital, sino que se había

acostado con Lino, sabiendo como sabía que me gustaba y sentía algo por él. Me fui a pasear por La Alameda, el gran parque que había en la ciudad. No sentía el frío, me hervía la sangre de rabia. Mi mente no dejaba de imaginar escenas de la más pura novela negra sangrienta con ellos dos de protagonistas absolutos. Me hubiera gustado sentarme a tomar un té en una cafetería y no haber vuelto hasta la noche, pero con el enfado solo llevaba las llaves en mi mano y el móvil en el bolsillo del pantalón, puesto que el bolso acostumbraba a dejarlo en una mesa junto a la entrada, nada más traspasar la puerta de mi casa. Al cabo de tres horas decidí regresar. Había tomado una decisión, Lino se iba ya de mi casa; si a Fátima le gustaba tanto, que lo adoptara. Nunca le había necesitado para escribir y no lo necesitaba ahora.

Abrí el portal y esperando el ascensor estaba el vecino con el que me había chocado dos noches antes, con una niña pequeña de unos tres años de la mano que le iba explicando lo que había hecho en el colegio ese día. No llevábamos ni diez segundos subiendo cuando el ascensor se paró.

—¿Qué ha pasado? —pregunté asustada. Nunca había sido muy fan de los ascensores. No era la primera vez que me quedaba encerrada en uno de ellos, al menos esta vez no estaba sola. Al contrario que la gente que les agobia quedarse sin aire en un ascensor lleno de personas, a mí me asustaba quedarme encerrada sola en un ataúd de hierro. Inspiré en busca de la relajación que tan agradablemente conseguía en mis sesiones de yoga pero que ahora no llegaba a mi mente.

—Parece que nos hemos quedado colgados. Llamaré al servicio técnico —afirmó mi vecino arrodillándose junto a la que suponía que era su hija—. No te asustes, Vega. Es una aventura. En seguida vendrán a sacarnos.

—A lo mejor se arregla solo en unos segundos —afirmé con poca confianza.

Mi vecino me echó una rápida mirada dándome a entender que aquello no iba a ocurrir tan rápido como a mí me gustaría. Dudaba si ponerme a gritar histérica, algo que me encantaría en ese instante, pero no solucionaría nada y pondría más nerviosa a la pequeña que ya empezaba a hacer algún puchero, no

muy convencida de la «aventura» que decía su padre.

—Ya está. Un técnico viene en camino —dijo Julián cortando la llamada.

—¿Y si llamamos a los bomberos? —pregunté esperanzada, tal vez no fuera una situación tan horrible si se presentaba una brigada de bomberos como la del calendario que tenía escondido en mi escritorio para que Fátima no lo viera y me lo robara.

—Creo que eso sería un pelín excesivo —replicó mi vecino aguantándose la risa.

—¿Tú crees?

—Vamos a sentarnos y a esperar. Vega, vamos a jugar al Veo Veo.

Después de quince minutos jugando con la niña y su padre, descubrí que vivían en el piso encima del mío. Él se llamaba Julián, como el protagonista de la novela que estaba escribiendo y, por lo que hablaban, me daba la impresión de que era viudo. Venían de casa de los abuelos donde Julián la recogía al salir de trabajar. Debía de haber estado ciega todo el tiempo que había vivido en mi piso, porque mi vecino era un cañón. No tan alto como Lino, delgado, rubio, con ojos azules que la niña había heredado, pero en su caso con el pelo casi negro.

Una llamada a su teléfono por parte del técnico nos informó de que ya estaba en el edificio, lo malo era que para poder arreglar la avería debía desconectar la luz, con lo que nos quedaríamos a oscuras. Podía ver cómo Vega empezaba a derramar lágrimas por sus redondas mejillas.

—No quiero que se vaya la luz.

—Solo será un ratito.

—Pero me da miedo, papi. No dejes que se vaya.

—Cariño, no puedo hacer nada, jugaremos a que estamos de excursión en un campamento y...

La pequeña empezó a llorar, de buena gana le hubiera acompañado en el acto, pero se me partía el corazón al ver su miedo y la preocupación. Haciendo un esfuerzo, y fingiendo una alegría que estaba lejos de sentir, saqué

mi móvil y, entré en una aplicación desde donde tenía acceso a la copia de seguridad de mis novelas y cuentos que tenía en la nube. Después de que un ordenador se me estropeará perdiendo todo el trabajo que tenía en él, y que me tocara volver a mecanografiar todo lo que tenía escrito, había creado la cuenta.

—Vega, ¿te gustan los cuentos?

—Sí —respondió entre sollozos desde el cuello de su padre donde había escondido la carita.

—Yo escribo cuentos. Y aquí tengo muchos. ¿Qué te parece si mientras estamos a oscuras te leo uno? ¿Te gustaría?

—Claro que le gustaría, y a mí también. ¿De qué trata? —preguntó Julián con una sonrisa de agradecimiento.

—Es la historia de... —Ese fue el momento en que la luz se apagó. Según el técnico por el que nos comunicábamos mediante el móvil de Julián solo serían unos minutos. Inspire hondo y continué hablando como si la situación fuera la más normal— un pequeño librito llamado Buky. Es pequeño, está en una biblioteca y los dueños que va teniendo no siempre le tratan bien...

Cuando terminé el cuento creí que tendría que empezar a leer un segundo cuento, pero la luz volvió y el ascensor se puso en marcha. Las puertas se abrieron en mi piso, tras ellas el técnico de mantenimiento, tres vecinos cotillas y Lino. Tras unos segundos de indecisión, al vernos sentados en el suelo nos ayudaron a levantarnos.

—Muchas gracias por el cuento, nos ha gustado mucho —me dijo Julián despidiéndose.

—¿Cuándo me lees otro? —me preguntó Vega dándome un beso de despedida.

—Cuando tú quieras.

Salí del ascensor mirando con cara de pocos amigos al técnico que nos había dejado a oscuras, a los vecinos cotillas que no habían movido un dedo por ayudarnos y al traidor de mi compañero de piso.

—¿Estás bien? Te noto alterada —afirmó Lino como si tal cosa. De acuerdo, lo preguntó con interés al ver mi cara de susto, pero en aquellos momentos me sentía muy poco dispuesta a apreciar su buena voluntad.

Como no era cuestión de armar un escándalo, le contesté con un enfadado sí y me fui a mi casa, seguida por Lino que no se atrevía a acercarse demasiado a mí.

7. SOY TONTA

—**S**é que estás enfadada por lo de antes y ahora, con lo del ascensor, te noto muy nerviosa.

—¡Qué va! Es mi estado normal —reliqué con ironía.

—Lamento que nos encontraras, estuvo mal por mi parte. Me dejé llevar por las sensaciones y emociones que experimentaba este cuerpo.

—Claroooo, tu cuerpo, y tú no hiciste nada más que satisfacerlo, te dio igual el cómo y el dónde.

—Suen a excusa barata, lo sé. De donde vengo nos relacionamos de otra forma, no hay un cuerpo físico como tal. Hades reprime nuestras emociones. Al menos casi todas, el dolor y la ira las acentúa. Vosotros, en este espacio y en este tiempo, sentís más que nosotros. Tengo sensaciones y deseos que no sé cómo manejar.

—Parece que Fátima sí sabe hacerlo, vete a vivir con ella.

—No quiere saber nada de mí. También está enfadada.

—¿Y qué esperabas? Esa frasecita tuya de «no era plan de salir a la calle en busca de una mujer». No es muy romántica que digamos.

—Son poco más de dos semanas, terminarás tu novela y desapareceré de tu vida para siempre.

—No te quiero en mi casa ni en mi vida, vete ahora.

—Si lo hago, volveré al reino de Hades. Para siempre —afirmó apesadumbrado—. Te prometo que no haré nada que te pueda molestar, pero

no me eches.

—Tengo una duda: si la termino antes, ¿te irás antes? —Estaba empezando a ablandarme, lo sabía, pero me estaba mirando como un cachorrillo y mi firmeza empezaba a ser minada desde los cimientos.

—Sí, en cuanto la termines me iré.

—Acabas de darme la inspiración que necesitaba. Me cambio y me pongo a escribir.

Sabía que seguía siendo una boba por no ponerle en la calle ya mismo, pero como me había creído su historia algo en mi interior me impedía ponerle de patitas en la calle. Dudaba que Hades fuera muy benévolo si volvía, y Zeus mucho menos. Habían sido unos desalmados castigándole a vivir en el reino de Hades, él no había tenido la culpa de que Hércules le matara. Así que, con indiferencia, pasé a su lado para ponerme ropa cómoda y sentarme a escribir. Ya era hora de que la protagonista de mi novela empezara a descubrir la verdad también.

«Durante tres días intenté no pensar en Iván. Era difícil evadirse del juicio y de todo cuando le rodeaba. En las noticias rara era la vez en que no lo mencionaban. En los periódicos no solía faltar una reseña, por breve que fuera.

—No aguanto más —afirmé mientras cenaba con Julián una noche en la cocina.

—¿Tan mala está? —replicó Julián mirando dubitativo la tortilla que él había preparado para la cena.

—No es la cena. Soy yo. Tengo que ir al juicio. Si no voy, aunque solo sea un día, creo que me volveré loca.

—Sí así te quedas más tranquila...

Telefoné al abogado, temía que ya no estuviera en su despacho, pero aún estaba allí preparando la sesión del día siguiente. Haría que un mensajero me llevara un pase a primera hora de la mañana y con él podría entrar en la sala. Si quería, en algún descanso podría hablar con Iván.

Esa noche, para mi sorpresa, dormí como un leño. El cansancio resultó ser más fuerte que mis nervios. Si hubiera estado despierta, habría sentido la inquietud de Julián. Durante aquel periodo de tiempo, mientras duró el juicio y todo lo que sucedió después, no dijo nada. No salió ningún reproche de sus labios. Sin embargo, aquellas semanas fueron las más duras de mi matrimonio.

No pude evitar sentir un nudo en el estómago al llegar al edificio donde se ubicaban los juzgados. Esperaba que aquel día pudiera salir por el mismo sitio que por donde había entrado. No necesité preguntar por el lugar donde se celebraba el juicio de Iván. Una nube de periodistas y fotógrafos se agolpaban en la puerta. El policía que custodiaba la entrada a la sala leyó con detenimiento el pase que el abogado me había enviado.

—¿Me enseña su D.N.I.? —me pidió autoritario.

Miró la foto y me miró a mí. Mi coqueto corazón deseaba que mi rostro no fuera el mismo que el del carné. La mujer que en él aparecía, se asemejaba más alguien al que le acabaran de dar un susto, que a una tranquila e inocente ciudadana. La sonrisa que el fotógrafo de turno me había incitado a poner, le daba un rictus de atontamiento a mi cara.

El policía me devolvió el carné y el pase, y me abrió la puerta. Los bancos estaban casi llenos. En una esquina, junto a una ventana, divisé un hueco y a él me dirigí. Desde mi sitio podía ver a Iván sentado al lado del abogado y de otro hombre al que no conocía. Iván estaba pálido y su pelo tenía algunas canas. Tenía la vista fija en sus manos y, salvo el movimiento que hacía su pecho al respirar, parecía una estatua de sal.

El juez entró en la sala y todos los presentes nos pusimos en pie. El hombre en cuya facultad estaba el destino de Iván era mayor, de unos sesenta años. Delgado hasta un extremo imposible, con el rostro surcado por

arrugas; y con unos ojos negros, grandes, que con un rápido vistazo analizaron a los ocupantes de la sala.

Después de algún que otro prolegómeno, le llegó el turno al abogado de Iván. El primer testigo de la defensa fue el guardia de seguridad que controlaba la entrada al edificio donde se había cometido el asesinato. Él corroboró que había visto entrar y salir a Iván en poco menos de veinte minutos. El guardia no recordaba que su ropa mostrara ningún rastro de sangre.

El segundo testigo fue un contable que explicó a los presentes los turbios manejos de Gascón. Su testimonio se perdió cuando el fiscal aclaró que el contable había sido despedido un par de meses antes por presunto desfalco, por el asesinato.

Iván escuchaba en silencio todo lo que se decía sobre él en el juicio. No me había visto y creo que su abogado tampoco lo había hecho. No sabía de dónde había sacado Iván a aquel abogado, pero no me parecía que estuviera haciendo mucho por ayudarlo. Aunque, si era sincera, no era mucho lo que se podía hacer. A la vista de los hechos, hasta yo había empezado a dudar.

Hubo un breve receso que aproveché para telefonar a la canguro y averiguar si Jorge estaba bien. Su alegre gorgojeo me llegó a través del hilo telefónico, entre el ruido de voces de decenas de conversaciones cruzadas por el gentío que me rodeaba. El hombre que había visto sentado junto a Iván y el abogado estaba apoyado en la puerta mirando impaciente su reloj. Parecía un joven inexperto que estuviera haciendo sus prácticas con el abogado. En ese instante, una mujer se reunió con él. No me fue posible ver su rostro porque un bedel avisó de que el juicio se reanudaba, y la gente se agolpó en la puerta.

De nuevo en la sala se hizo el silencio. Cuando el abogado llamó a la testigo de la defensa me pareció que estaba soñando. No había lugar a dudas. El nombre había sido pronunciado con claridad. La mujer que yo había visto hablando con aquel hombre era Ana. Con paso firme y decidido,

vestida con un traje pantalón gris oscuro y una camisa azulada, mi antigua compañera de piso subió al estrado.

Al principio no me vio, pero el ataque de tos de la mujer que había a mi lado atrajo su atención. No podría decir cuál de las dos estaba más asombrada. Su sobresalto hizo sospechar a Iván que, girando la cabeza, buscó el motivo de alarma de Ana. Fijó su vista en mí fugazmente y volvió la cabeza, hundiéndose en el banco donde estaba sentado.

¿Qué hacía allí Ana? ¿Había acudido como representante del Santa Cecilia? ¿Por qué la habrían llamado a declarar?

Ni en un millón de vidas hubiera creído posible lo que allí oí. ¿Ana y Gascón? Aunque a él no le había conocido, por lo poco que sabía no me había parecido el tipo de Ana. Se habían conocido durante el periodo de tiempo en que la Fundación Gascón había estado relacionada con el Santa Cecilia. Las frecuentes reuniones hasta altas horas de la madrugada y un seminario en una bella ciudad europea para presentar los avances conseguidos en el área de geriatría del Santa Cecilia hicieron el resto.

Su romance, si se podía llamara así, había sobrevivido a la ruptura del vínculo entre la Fundación y el hospital. Sin embargo, una secretaria del área de administración de una empresa de Gascón había roto una relación de dos años, hacía un mes. Tanto Ana como Gascón habían logrado mantenerlo en secreto hasta que la investigación policial sacó a la luz unas fotos hechas durante un fin de semana en las montañas.

—¿Usted sabía que Ruiz Gascón trataba de hacerse con el control de la empresa de Iván Sánchez?

—Sí.

—Iván Sánchez había sido amigo suyo en otra época. ¿Por qué no trató de impedirlo?

—*Le había visto hacer lo mismo en otras ocasiones y sabía que no había nada que yo hubiera podido decir o hacer para evitarlo.*

—*¿Podría decirnos el nombre de alguna otra empresa?*

Para eso la habían llamado. El abogado quería que el juez supiera que Iván no era el único que tenía motivos para asesinar a Gascón. Quién mejor que una amante para conocer secretos indiscretos desvelados en noches de oscura pasión. Me levanté del banco y salí de la sala, asqueada. Anduve deambulando por las calles hasta que llegué a un café y entré a tomar algo. Sentada en aquella solitaria mesa, con la cabeza hundida en las manos, quería aislarme y evadirme del exterior. Iván, Ana, Gascón, sus rostros y sus nombres giraban en mi cabeza. Siempre que Iván aparecía en mi vida, la realidad se convertía en un puñado de mentiras, engaños y falsedades que él manejaba a su antojo. Ana, mi mejor amiga, ¿cómo había podido?»

—Tengo lista la cena. Venga, que tienes que comer algo.

Sin hablarle fui a la cocina a cenar algo, no tenía hambre, la ira aún me consumía y a mí los nervios me quitaban el apetito, pero si quería seguir escribiendo un rato más debía comer algo o la cabeza me empezaría a doler. Fue una cena tensa, Lino intentó varias veces iniciar una conversación, si bien no obtuvo de mí nada más que monosílabos. Una cosa era que no le pusiera en la calle tal y como había aparecido en la cocina, que ganas se me pasaban, y otra hacer de anfitriona.

—¿Has avanzado en la historia?

—Algo.

—¿Vas a seguir escribiendo?

—Un poco.

Me levanté de la mesa, según iba a lavarme los dientes retrocedí y con sorna le dije:

—Sabes, mi novela va de traiciones. ¿Te suena?

Lino no respondió, bajó la cabeza y siguió cenando. Era cierto, a la protagonista de mi novela le había traicionado todo el mundo. Su novio, su

amiga y su propia familia. Tocaba escribir sobre la relación con sus padres y sus hermanos, que no era tampoco demasiado idílica.

«Julio había finalizado. En los periódicos aseguraban que había sido el mes más caluroso del año y del siglo. Yo no lo dudaba. Aquellos días en la ciudad, en que el termómetro no había bajado de treinta grados ni de día ni de noche, había sido un suplicio. No obstante, lo prefería a los meses de verano que había pasado encerrada en casa estudiando, con la persiana bajada para no ver pasar la vida ante mi ventana.

Era uno de agosto. Amalia se había ido de vacaciones la primera quincena de julio, El Jefe la segunda y Rubén se iba a la playa ese mismo día. A mí me habían dicho que los quince días de vacaciones correspondientes a los seis meses de mi contrato podría disfrutarlos la segunda quincena de agosto. No me gustaba demasiado la situación. Mi contrato finalizaba el treinta y uno de agosto, puesto que debían comunicarme cualquier situación futura quince días antes, ¿significaba que el día quince era mi último día en la inmobiliaria?, ¿o por el contrario sería el inicio de un nuevo contrato?

Amalia y Rubén aseguraban no saber nada. No hacía falta. En la empresa cada día había menos trabajo y, además, por la mitad del sueldo que me tenían que dar a mí, podían tener a un recién licenciado con ganas de adquirir experiencia.

Mi relación con Iván seguía su curso. Cuando salíamos, para mí no había nadie más en el mundo. Él era el único con el que deseaba estar, las demás personas desaparecían en mi mente a su lado. El asunto del fatídico fin de semana en la playa había quedado olvidado. ¿Qué eran dos días comparados con la posibilidad de estar juntos dos semanas enteras? Si nada ni nadie lo impedía, la primera semana de nuestras vacaciones la pasaríamos en alguna isla. Después, un pequeño viaje, dos días como mucho, ya que no creía ser capaz de soportar más, para estar con mis padres.

Desde que les había hablado de Iván querían conocerle. Como ellos no

estaban dispuestos a venir a verme a la capital, decían que les agobiaba el ajetreo de la gran ciudad, aproveché un día en que Iván estaba de buen humor para plantear la posibilidad de visitar a mis padres. Desde luego la idea no le maravilló, pero tampoco se negó. Lo que más me horrorizaba era que alguno de mis hermanos estuviera allí también. Cuando se ponían en plan hermanos mayores, eran inaguantables. Podían llegar a ser más protectores e inflexibles que mis propios padres.

Durante las primeras horas de nuestra estancia en el chalé que mis padres tenían en las afueras de la ciudad, no hubo ningún sobresalto. O casi. Javier se había ido hacía una semana a Sudán, Dios sabe para qué, e Ignacio, por el contrario, estaba allí. En cuanto me vio bajarme del coche, mi madre dijo:

—Está aquí tu hermano. En cualquier momento tendrá que irse a algún lugar exótico. El trabajo de periodista es así, pero al menos es un trabajo de verdad.

—¡Qué suerte! —exclamé lamentando ser tan hipócrita.

Ignacio tenía un contrato, según él indefinido, en un periódico nacional, cubriendo noticias internacionales. Lo importante para mi madre era el contrato, el que estuviera de saltimbanqui de país en país lo hacía más atractivo todavía. Nada había cambiado. Seguía siendo el favorito de mi madre.

Mi padre se alegró de verme, si bien, no creo que le gustara mucho que hubiera llevado a Iván. Una cosa era saber que su hija tenía un novio en la ciudad con el que se iba de viaje sola cuando le venía en gana, y otra tener sentado a su mesa a semejante personaje. Si Javier hubiera estado, le habría examinado de arriba abajo; aunque no por deformación profesional, sino por gusto inquisidor.

—De modo que sigues trabajando en la inmobiliaria —quiso saber mi padre mientras comíamos.

—Es una prórroga de tres meses. Después de Navidad no sé qué va a pasar.

—Nunca me ha gustado ese trabajo tuyo —refunfuñó mi madre—. ¿Qué eres? ¿Una vulgar secretaria?

—Más bien, una chica para todo —intervino mi hermano ladino.

—Sí, es cierto que tengo varias ocupaciones, pero sin mí están perdidos en muchas ocasiones.

—¿Y durante tus vacaciones qué hacen? —continuó Ignacio sin poder callarse ni con la boca llena.

—Ahora es diferente. La capital está vacía y no hay mucho trabajo.

—Seguro que la están echando de menos—intervino Iván—. Es la que más sabe de informática en la oficina.

—Tengo un buen asesor —respondí mirándole, intentando que mi cara no trasluciera la incomodidad que sentía.

No valía la pena lamentarse. Antes de ir era fácil adivinar que aquellos dos días se me iban a hacer eternos. Por no hablar de las noches. Iván hubo de compartir cuarto con mi hermano, en tanto yo dormía en mi habitación de niña, rodeada de peluches. Entretenidos con ocasionales salidas, llegó la hora de la despedida. Se podría haber dicho que fue tranquila, si no hubiera sido por las palabras que mi madre cuchicheó en mi oído antes de subirme al coche.

—Quiero ver un anillo en esa mano la próxima vez que vengas.

¡Viva la presión familiar! Eso no se lo decía a mis hermanos, a pesar de que no era extraño que se presentaran en casa con novietas ocasionales. En su caso «se estaban divirtiendo». «Déjales que disfruten», decía mi padre. Para mí no era lo mismo. Yo debía pensar en mi futuro, buscar un marido, crear una familia y dejar de trabajar. Todo en ese orden y sin saltarme ningún paso. «Quiero oír pasos infantiles por la casa otra vez antes de

morir» solía asegura mi madre. ¡Escalofriante!»

Desperezándome en la silla, apagué el ordenador y me fui a dormir. No tenía sueño, pero al menos descansaría mi espalda. Entre el ascensor y la pillada de Lino y Fátima, tenía los nervios exacerbados.

8. TRABAJANDO QUE ES GERUNDIO

Como suponía, no fui capaz de dormir nada. Me dolía la traición de Fátima, había visto sus más de veinte llamadas perdidas. Tenía que hablar con ella, lo sabía, pero no tenía ni fuerzas ni valor para ello. Sin embargo, los dos conspiradores se habían adelantado a mis deseos, y cuando salí de mi habitación dispuesta a tomar un café rápido y volver a refugiarme en la escritura, me los encontré sentados en la mesa de la cocina. Querían ablandarme con un delicioso desayuno. Fátima había comprado mis madalenas favoritas, y Lino había hecho una torre de tortitas. El olor del café recién hecho, en una divertida taza que mi muso puso delante de mí, empezó a hacer tambalear mi determinación.

—Buenos días, traidores.

—Maca, cariño, deja que me explique —pidió mi amiga sentándose junto a mí.

—Lo vi con mis propios ojos, no había forma de que neguéis lo que pasó porque era evidente.

—Fue un momento de debilidad y pasión —comenzó a decir Lino—. Créeme cuando te digo que si hubiera sabido el daño que te iba a causar no hubiera ocurrido nunca.

—Y si yo hubiera sabido que este salido se lanzó a mí porque era la mujer que tenía más cerca sin salir a la calle le hubiera dado un buen bolsazo, o mejor una buena rociada de espray de pimienta.

—Aún me arrepiento de no habérselo dado yo el día que me lo encontré en la cocina.

Lino tragó saliva, no había rastro en su cara de ironía y seguridad. Parecía que estaba arrepentido realmente, y ver que las dos estábamos enfadas con él le hacía perder la compostura. Seguía estando tan guapo que dolía mirarle, pero no lucía tan brillante y deslumbrante como otras veces.

—Si queréis seguir acostándoos, hacedlo fuera de mi casa.

—No, nunca, jamás, ni aunque fuera el último hombre en la tierra —negó Fátima con rotundidad. La miré arqueando una ceja y a regañadientes añadió —: bueno, tal vez en ese caso sí, pero como no es así, de este cuerpazo no va a volver a disfrutar.

Quería a Fátima, era más que mi amiga, era mi confidente, mi hermana, mi conciencia. No podía continuar enfadada con ella. Nos fundimos en un fuerte abrazo rematado por dos sonoros besos y nos lanzamos a las madalenas como si fuera nuestra última comida. Lino carraspeó, mirándome con ojos de cordero degollado; suspirando, le miré y dije:

—Vale, a ti también te perdono, pero la próxima vez que quieras liarte con alguna fémica te vas a su casa.

—Por supuesto, no volverá a pasar.

Fátima nos dejó poco antes de las diez porque tenía que irse a trabajar. Lino, solícito, se ofreció a hacer limpieza intensiva de la cocina en lugar de ponerse a ver alguna serie. Contenta y feliz de que la relación con mi amiga y mi muso, al que tenía que reconocer que le había cogido cariño, volviera a la normalidad, me di una ducha y me senté ante mi portátil dispuesta a que mi protagonista también tuviera una conversación esclarecedora con su amiga Ana. Ya era hora de que Mabel descubriera la relación entre la doctora y Gascón.

«Ya me iba a ir de la cafetería, cuando llegó Ana. No me había dado cuenta, pero el local era el sitio al que solía acudir en busca de tranquilidad, después de salir de la inmobiliaria. Inconscientemente, mis

pies me habían llevado hasta allí. Ana se sentó en una silla al lado de la mía, dejándome encajonada contra la pared.

—Tenemos que hablar —me dijo mientras se sentaba.

—Ya lo has dicho todo en el juicio. Créeme, no necesito saber más.

—No vas a irte de aquí hasta que no te explique lo que pasó.

—Te has asegurado de que así sea. Sí tú no te levantas, no puedo salir — respondí haciendo un ademán que Ana frustró cogiéndome del brazo.

—No seas chiquilla. Escucha.

Un hombre de pie junto a la barra nos observó unos segundos después de volver a concentrarse en el vaso de vino que sostenía en su mano. Una pareja conversaba tomando café en otra mesa y una solitaria mujer bebía pequeños sorbos de una botella de agua, sentada en un taburete en la barra. Nadie nos prestaba atención.

—Conocí a Gascón en una de las reuniones de la Fundación Gascón y el Santa Cecilia. Al principio me pareció repulsivo, sin embargo, poco a poco me fue ganando con su educación y sus atenciones. Me invitó a cenar y...

—No necesito saber los detalles.

—Salimos un tiempo y cuando se lio con esa secretaria rompimos. Supongo que tuvo alguna que otra aventura mientras estuvimos juntos, pero nunca lo supe.

—¿No pensabas contármelo?

—Sinceramente, no. No me sentía muy orgullosa de mi relación con Gascón. No era el típico hombre que le presentarías a tus padres.

—¿Sabías que quería adueñarse de la empresa de Iván?

—Me enteré por casualidad. Al contrario de lo que ese abogaducho piensa, Gascón no me hablaba mucho de sus asuntos. Un día nombró a un tal Iván, dueño de una empresa de informática. Supuse que era él.

—Podías haberle llamado y haberle contado lo que Gascón planeaba.

—¿Lo dices en serio? Después de lo que te hizo, no me pareció mal que sufriera un poco.

—Sí, pero...

—¿No me irás a decir que todavía le quieres?

—No, eso no. Siento cariño.

—No me has explicado qué hacías en el juicio. Iván no sabía que ibas a ir.

—Anoche llamé a su abogado diciéndole que iría. Me imagino que él no sabía que tú y yo éramos amigas.

Conversamos unos minutos más y nos despedimos. No había sido una buena idea ir al juicio, no me había gustado enterarme de la relación de Ana y Gascón. No obstante, era mejor haberlo sabido por su boca que no por una reseña en un periódico de la mañana. Pero todavía no había acabado el día.

Habíamos ido al cine. Desde que nació Jorge salíamos poco, pero aquella tarde necesitaba distraerme. Una tía de Julián que vivía en la ciudad aceptó de buen grado cuidar al pequeño. Incluso nos permitimos el lujo de tomar algo al salir del cine. Eran casi las once y media cuando volvíamos a casa.

—Por fin estáis aquí —dijo la tía de Julián nada más vernos.

—¿Le pasa algo al niño? —pregunté asustada.

—No, él está durmiendo. Un abogado ha estado llamándote desde las nueve. Me ha dejado un número de teléfono para que le llames en cuanto llegues.

Julián farfulló algo y se fue a llevar a su tía a casa. Entré primero a ver a Jorge, que dormía tranquilo, y después llamé al abogado. Si me esforzaba un poco podía sentir la sangre fluyendo por la vena que palpitaba en mi sien. Tuve que marcar dos veces el número, era como si mis dedos se hubieran vuelto torpes y lentos de pronto.

—Soy Mabel García —dije en cuanto oí que me respondían.

—Menos mal que la encuentro. Ha pasado algo importante.

—Cuéntemelo.

—Unos técnicos de mantenimiento han encontrado una cámara de video en el conducto del aire acondicionado del despacho de Gascón. No hay ninguna tarjeta dentro, pero el conducto está lleno de restos de comida. Alguien vigilaba a Gascón.

—¿Y eso qué tiene que ver con Iván?

—También han hallado en el conducto sangre del tipo de la de Gascón y restos de otro grupo.

—¿El de Iván?

—No. Hasta ahora no habían dicho que había indicios de que hubo un forcejeo, y que bajo las uñas de Gascón había restos de piel y sangre de su atacante. Eran del tipo B negativo e Iván es A negativo.

—Si no era de Iván, ¿por qué lo detuvieron?

—Les convenía. Alguien me ha enviado de forma anónima el expediente que la policía redactó. El expediente íntegro, incluyendo el análisis de los restos hallados en las uñas de Gascón.

—¿Qué va a pasar ahora?

—No van a tener más remedio que liberar a Iván. Si él quiere, puede acusar al fiscal de falsificar pruebas.

—No sé qué decir.

—¿Puede venir mañana al juicio? Creo que Iván saldrá libre en pocas horas —afirmó triunfalmente el abogado.

—Allí estaré.»

Listo. Un nuevo capítulo terminado. Por el rabillo del ojo vi que Lino se disponía a cocinar en la reluciente cocina que ahora tenía. Nunca había estado tan limpia. Apiadándome de él, me di cuenta de que hacía ya un par de días que no salía a la calle con él. Hacía un precioso día, frío y luminoso que invitaba a aprovechar los tímidos rayos del sol.

—No te preocupes por la comida. Te voy a llevar a comer un arroz con bogavante que esta riquísimo.

—Ummm, suena muy bien.

Con ropa cómoda, en poco más de media hora estábamos en el coche. El restaurante estaba en una casa rural a quince kilómetros de la capital. Un sitio que antaño había sido una granja con algo de ganado reconvertida en un coqueto lugar de descanso y relax. Me seguía pareciendo divertido ver la cara de susto de Lino cuando íbamos por la carretera, se agarraba al asiento con las manos blancas de la fuerza con que lo hacía.

—Tengo una pregunta. ¿Tú puedes morir? Como tienes esa cara de miedo cada vez que nos subimos al coche...

—No moriría, pero no me resultaría divertido romperme los huesos, por mucho que se recompusieran después. Y que yo sepa, tú si puedes morir, así que deberías conducir más despacio.

—Si esto te parece correr, ya verás cuando con las ganancias de mi próxima novela me compre un coche deportivo.

—¡¡¡Qué!!!

—¡Ja, ja! Tranquilo. Con lo que gano con los libros no tendría más que para un par de ruedas, pero sería fantástico conducir por una autopista en uno así.

Antes de comer dimos un paseo por los alrededores para que Lino viera la zona. Por su expresión, sabía que le gustaba aquel cambio de paisaje después de días encerrado en casa y el bullicio de la ciudad.

—Aquí puedo respirar como lo hacía en el Olimpo. En el reino de Hades el olor es más parecido al de ciudad, más bien a una fosa séptica. Te acostumbras, pero es agradable sentir el aire entrando hasta el fondo de los pulmones. Mi cuerpo terrenal lo disfruta y mis sentidos añoraban esta sensación de plenitud.

—¿Echas de menos tu hogar?

—Estoy mejor aquí contigo que con Hades, pero ninguno de los dos es mi hogar.

Esa fue la primera vez que vi dolor en los ojos de Lino. Me desesperaba su, en apariencia, superficialidad y su poca seriedad a la hora de liarse con

Fátima, pero no podía siquiera imaginar el dolor de estar, no solo días y semanas, sino siglos y eones separado de tu familia, tus amigos, tu hogar, todo lo que has conocido y dado por seguro arrebatado de tu lado en un instante. Lino era un niño en muchos aspectos, pero en realidad era un ser más anciano casi que la tierra misma, desterrado y olvidado por los suyos.

—Lo siento.

—¿Qué sientes, Maca?

—Lo que te hizo Hércules, lo que has tenido que pasar en el reino de Hades. No te perdono la traición con Fátima, pero quiero que sepas que no me arrepiento de tenerte conmigo estas tres semanas.

Mi dulce muso apartó la mirada, no sin antes dejarme ver un lagrima en sus atractivos ojos verdes. Regresamos al restaurante y, después de una comida sabrosa y sustanciosa, con mucha pereza regresamos a la ciudad. Los días eran cortos y al quitarse el sol hacía frío, además la niebla había empezado a bajar otra vez, y se notaba humedad en el ambiente.

No llevaba ni diez minutos en el ordenador, escuchado de fondo la sintonía de la Guerra de las Galaxias en la televisión que estaba viendo Lino, cuando sonó el timbre de la puerta. Según me aproximaba a la entrada podía escuchar el alegre parlotear de un niño y cuando abrí me encontré a Julián y la pequeña Vega sonrientes en mi puerta.

—¡Macarena! —exclamó mi vecinita extendiendo sus bracitos hacia mí.

Me agaché para ponerme a su altura y me dio un fuerte abrazo mientras yo besaba sus mofletes. Poniéndome de pie saludé al padre de la pequeña que llevaba un paquete en las manos, cubierto de papel de plata.

—Hola, Macarena, no sé si te habremos molestado. Vega y yo queríamos darte las gracias por tu compañía ayer durante el tiempo que nos quedamos en el ascensor.

—De nada, no tenía alternativa ¡ja, ja!

—Fuiste una gran ayuda con Vega, sin tu cuento se hubiera asustado y me hubiera desesperado sin saber qué hacer allí encerrados. Te hemos hecho un

bizcocho entre los dos para darte las gracias.

—¿De verdad? No hacía falta. Pasad y lo probamos juntos.

—Lo llevo a la cocina —dijo una varonil voz a mi espalda carraspeando.

—Os presento. Ellos son Julián y Vega, nuestros vecinos, él es Lino mi... —no sabía que decir, ¿cómo se presenta a un muso que está de okupa en tu casa? Difícil si no quieres que te tomen por loca.

—Su primo. He venido unas semanas de vacaciones a disfrutar de la compañía de mi primita —explicó Lino dedicándome un guiño cómplice.

—Hare café, yo soy más de té.

—Por mí no te molestes Macarena, un té está bien —aseguró Julián.

—Tengo té rojo, té verde normal y, no sé si lo has probado, tengo también té verde con jazmín.

—¡Es mi favorito! Me encanta.

—¿Y no tienes chocolate? —preguntó Vega encaramándose a una silla de la cocina.

—Claro que tengo —respondí a la niña—, ahora os hago chocolate a ti y a Lino, que seguro que también quiere.

Tras unos minutos de «pásame la leche», «calienta el agua», «miel o azúcar» nos sentamos los cuatro a la mesa. Pensé que después de la comilona con Lino no me entraría ni un trocito de bizcocho pero era esponjoso, suave y muy rico. De yogurt y limón. Hacía tiempo que no comía un dulce casero. Lino se relamía con gusto y no dudó en repetir y servirse una generosa porción más.

—¿Y lo habéis hecho vosotros? —pregunté entre mordisco y mordisco.

—Sí —contestó Julián mirando orgulloso a su hija—. Los sábados no trabajo y a Vega y a mí nos gusta cocinar.

—Y comer —exclamé divertida viendo cómo la pequeña se zampaba un trozo tan grande como el de Lino, mojándolo en chocolate.

—No comas más, Vega, o luego la barriguita te va a doler.

La pequeña asintió con la cabeza rebañando el chocolate que caía por el borde de la taza con su dedito.

—¿Tienes más cuentos? —me preguntó curiosa.

—Sí, tengo alguno más.

—¿Me lo lees? —me pidió ansiosa.

—Lo haré yo —afirmó Lino—. ¿Dónde los tienes?

—En el archivador de la taza de té que hay junto el ordenador.

—Tú y el té —comentó mi muso riéndose—. Vamos, Vega.

Divertida, mi vecinita se encaramó a los hombros de Lino y pocos minutos después estaban los dos hechos un ovillo leyendo un cuento como si fueran amigos de toda la vida. Nunca había visto a Lino con niños, seguramente en el mundo de donde venía no había seres tan inocentes y pequeños, tan dulces, con toda la vida por delante.

—Tu primo es bueno con los niños.

—Sí, lo es —Mejor desviar el tema y que no me preguntara mucho por mi relación con él o saldría corriendo de mi casa—. No quiero ser indiscreta, si no quieres no me respondas, pero ¿dónde está la madre de Vega?

—Murió —dijo Julián con tristeza—. Al dar a luz a mi pequeña. Hubo complicaciones en el parto, no pudieron hacer nada por salvarla.

—Oh, lo siento.

—Gracias. Estamos bien. Ella es feliz, mis padres me ayudan con ella. La recogen en el colegio al mediodía y come con ellos. Procuro salir del estudio no más tarde de la seis para poder pasar al menos la última parte del día con ella.

—¿En qué trabajas?

—Soy arquitecto —Cuando lo oí me atraganté con el té, no solo se llamaba como uno de los personajes de mi libro, sino que compartía profesión con él. Si no fuera porque ya lo tenía planificado de antes, hubiera dicho que era una jugarreta de Lino—. Puedo llevarme el trabajo a casa y continuar después de que ella cene y se acueste. ¿Y tú? Escritora, por lo que veo.

—En realidad estudié Magisterio pero las oposiciones se congelaron y empecé a escribir. Al principio por entretenerme, unos amigos me animaron a

publicar y me lancé con un cuento. Después siguió una novela y dejó de preocuparme que salieran las oposiciones. Trabajo en casa, si alguna vez necesitas ayuda con Vega, no lo dudes.

—Gracias. Tu primo es muy niño —afirmó Julián mirando a mi gigantón muso haciendo de caballito de una diminuta Vega subida a su espalda que, al grito de «Arre, caballito» se lo estaba pasando en grande.

Nos quedamos los dos en silencio, bebiendo pequeños sorbos de nuestra taza de té verde con jazmín, sabiendo que estábamos compartiendo uno de esos instantes en que el tiempo parece detenerse, en los que no hay nada más importante que el aquí y el ahora. Nuestras miradas se encontraron y mi mano izquierda se deslizó por la mesa hasta encontrarse con la suya, que abrazó al mía, y su dedo pulgar acarició mis dedos.

—¿Crees que tu primo podría hacer de canguro una noche?

—¿Me estás invitando a cenar?

—Tal vez. Si lo hiciera ¿qué me dirías?

—Te espero a las nueve.

Con gran pesar de Lino y Vega, Julián se marchó con la pequeña a su casa y yo volví a mi novela con más pesar todavía. Mabel no lo iba a pasar bien, iba a perder algo más que el trabajo en el siguiente capítulo.

«Mientras esperaba que Ana volviera del Santa Cecilia, recordaba lo que había pasado el último mes. Resultaba difícil creer que mi vida hubiera cambiado tanto. A principios de diciembre tenía un trabajo más que aceptable en la inmobiliaria. Amalia y Rubén hacían planes para el largo puente que se avecinaba. Iván y yo íbamos a quedarnos en la ciudad, puesto que guardábamos fuerzas y el dinero para un romántico viaje a París en fin de año. Contra la opinión de Iván, había insistido en pagarme mi parte y no estaba para más gastos. Antes de irnos de puente, El Jefe salió de su

despacho y me llamó. Mis compañeros me sonrieron, confiaban en que iban a prorrogarme el contrato una segunda vez.

Fue un mazazo. Con falsas palabras edulcoradas, entre halagos y alabanzas, me dijo que me quedaban quince días en la empresa. «Aquí malgastas tu talento. Alguien como tú puede encontrar trabajo donde quiera», aseguró al ver mi cara. Amalia y Rubén lo lamentaron, si bien, no debía engañarme; en unos meses, cuando mi sustituto llegara, ya no se acordarían de mí.

No disfruté el puente. Estaba amargada y desesperada. Iván trató de darme ánimos, él me ayudaría a buscar un trabajo después de navidades. Incluso me aseguró que, dado el caso, él mismo me contrataría en su empresa. Entonces me pareció preocupado y sentía que me quería. Qué fácil le había resultado engañarme.

Ese lunes, El Jefe no se presentó en toda la tarde. Rubén me contó que era lo que solía hacer cada vez que alguien se iba de la oficina. Cuando llegó la hora de la despedida nos intercambiamos promesas de futuros encuentros que los tres sabíamos que nunca cumpliríamos. Aquel había sido mi primer empleo y nunca lo olvidaría.

Sin embargo, la tristeza duró el tiempo que tardé en llegar a casa. La visión de maletas a medio hacer aumentó mi excitación. Era día veintidós y solo faltaban siete días para irme a París con Iván. Sí, en medio tendría que soportar una breve visita a mis padres, pero el pensar en Iván hacía que se me olvidaran las preocupaciones.

El andén estaba repleto de gente cargada de bultos yendo de un lado a otro la víspera de Nochebuena. Iván me había acompañado a la estación. Él debía quedarse en la capital en Navidad ya que tendría que trabajar el veintiocho o el veintinueve de diciembre. Habíamos acordado que yo

pasaría la Nochebuena con mis padres y el veintinueve él me iría a buscar; y después, París. La niebla calaba hasta los huesos, mi cuerpo tiritaba dentro del abrigo.

—Te quiero —le dije enamorada.

—El veintinueve te llamaré temprano y te diré a qué hora pasaré a recogerte.

—¿Seguro que no puedes venir en Navidad?

—Imposible. Más de la mitad de la plantilla tendrá vacaciones ese día y debo quedarme allí. En Nochevieja lo dejaré todo en manos del director de planta y podremos estar juntos.

—Va a ser duro pasar seis días en casa.

—¿Aún no les has dicho que te han despedido?

—No. Ya fue bastante complicado decirles que me iba a París con mi novio en fin de año.

El silbato del tren nos indicó que la hora de partir había llegado. Nos fundimos en un apasionado beso y subí al vagón sintiéndome la chica más afortunada del mundo. No sabía que aquella iba ser la última ocasión en que le vería. En nuestro siguiente encuentro, él estaría asentado en una fría sala en el sótano de un juzgado.

Me levanté con la primera luz del alba. Desde la noche anterior mis maletas aguardaban junto a la puerta. Tomé un café y me senté al lado del teléfono, esperando la llamada de Iván. Cuando llegó la hora de la comida empecé a preocuparme.

—Le habrá surgido un contratiempo de última hora —dijo Ignacio sonriendo con malicia.

Como en silencio, haciendo oídos sordos a las bromas que mis padres y mi hermano hacían a mi costa. A media tarde no aguanté más la espera y le

llamé al móvil. La voz sin emoción de una operadora me comunicó que el terminal al que estaba llamando no estaba operativo. A continuación, llamé a su casa y saltó el contestador. Por último, llamé a su empresa y después de discutir un rato con la telefonista, conseguí hablar con el amigo de Iván con el que había tratado de emparejar a Ana.

—¿Sabes dónde está Iván? No consigo localizarlo.

—Por lo que sé, se fue de viaje esta mañana antes de comer.

Suspire aliviada. Eso quería decir que estaba en camino y por lo que fuera se había olvidado de telefonarme. En cualquier momento llegaría y podríamos comenzar nuestro viaje. Pero no llegó. Por la noche empecé a temer lo peor, Iván había tenido un accidente y estaba en algún hospital inconsciente. Busqué el teléfono de Ana y la llame al Santa Cecilia, ella sabría qué hacer.

—No te preocupes. Haré un par de llamadas y si ha tenido un accidente lo sabremos.

Ya eran las dos de la madrugada. Mis padres se habían ido a dormir y mi hermano aún tardaría en volver. Sentada sola en el sofá, era víctima de los más funestos temores. ¿Y si había tenido un accidente en alguna carretera solitaria, y estaba tirado en una cuneta bajo una espesa capa de nieve? Eso explicaría lo del móvil. A Iván no le gustaba llevarlo encendido en el coche.

Al sonar el teléfono imaginé por un instante que era Iván, mis esperanzas se disiparon al oír la voz de Ana. En ningún hospital había ingresado nadie con el nombre de Iván Sánchez. Quise regresar, pero Ana me hizo ver que hasta que no pasaran las fiestas no se podría hacer nada.

—Es mejor que te quedes donde estás, por si llegara Iván. Yo seguiré preguntando y, si averiguo algo, te llamo.

Aunque su cara mostró pesar, sé que en el fondo a mi padre poco le faltó para dar saltos de alegría cuando le dije que después de todo pasaría el fin de año con ellos. Mi madre, sin asomo de rubor en sus mejillas, afirmó muy seria: “A mí ese chico nunca me gustó”. Preferí omitir cualquier tipo de

respuesta. Por último, Ignacio, por una vez en su vida, demostró amor fraternal y no dijo nada al respecto que, en su caso, era una gran muestra de afecto.

Recuerdo que era la tarde del cinco de enero cuando Ana llegó a casa de mis padres. Me asustó un poco que ella, que nunca se cogía vacaciones, hubiera pedido días libres para visitarme.

—¿Podemos hablar a solas? —me preguntó Ana en un susurro, después de las oportunas presentaciones.

—Claro, sígueme —respondí en voz baja—. La acompañaré al cuarto de invitados, mamá —informé a los demás.

Según salíamos de la habitación no pude evitar sonreír al ver la cara de aturdimiento de mi hermano. Sin duda, la seguridad y la belleza de Ana le habían atraído, anulando cualquier tipo de inteligencia en su cerebro.

—Dime qué ha ocurrido. ¿Un accidente?

—No, tranquila. ¿Recuerdas a Juanjo? El amigo de Iván con el que salí un par de veces.

—Sí —afirmé inquieta.

—Me llamó ayer al Santa Cecilia y quedamos para tomar un café en un lugar apartado. No quería que Iván se enterara de que me lo había dicho.

—¿El qué? —pregunté al borde del infarto.

—El día veintinueve Iván salió de viaje, pero no vino aquí, se fue a su ciudad. Todo este tiempo te ha estado engañando, se ha estado divirtiendo a tu costa. Mientras estaba contigo, su otra novia lo esperaba en casa. Una novia con la que nunca ha terminado.

—A lo mejor le entraron remordimientos y decidió acabar con ella antes de seguir adelante conmigo.

—Mabel —empezó a decir Ana cogiéndome la mano derecha—, Iván se ha casado con ella. Además, se han ido de viaje de novios a París.

—¡A París! Cuando me lo encuentre, le voy a...

—Tardarás en verle. Tiene planeado residir en Japón durante al menos un

año, para ampliar los negocios de su empresa.

No podía creer lo que Ana me decía, era como si hablara de otro Iván, alguien muy distinto al que yo había conocido. Sin embargo, la cruda realidad terminó por imponerse y lo único que yo podía hacer era comerme mi ira. Regresé a la capital con Ana y busqué un nuevo trabajo. Siempre a la espera de que mi vida experimentara el gran cambio, la fuerte emoción que nunca llegaba. Yo era una más de la raza de los que esperan y lo continuaría siendo durante todos los años que me quedaran por vivir.»

—¡Vaya caradura que es ese Iván! —exclamó Lino por encima de mi hombro, hacia un rato que había acercado una silla a la mía y, sin hablar, iba leyendo lo que yo iba escribiendo.

—Como Iván hay muchos tíos, por desgracia.

—¿Tu Iván era así?

—Más o menos. Me deslumbró con su labia y su galanteo. Caí en sus redes como una tonta, pero él no mató a nadie. Se lió con mi amiga Ana, mi compañera de piso. Me traicionaron los dos.

—Ahora entiendo tu disgusto cuando nos encontraste a Fátima y a mí. Lo siento mucho, no sé qué me pasó, no tengo disculpa. Perdóname.

—Está olvidado, Lino. No fue ni de lejos lo mismo que con Iván, con él pensé que había encontrado a mi media naranja. Creí que era el hombre de mi vida. Me tragué el cuento de hadas entero. Sin embargo, ni él era un príncipe azul, ni yo una princesa.

—Para mí si eres una princesa y para Vega también. Y para su padre eres...

—¡Ja, ja! Celestino que te veo venir. Por cierto, el próximo sábado necesito que hagas de canguro de Vega.

—Ya veo. No necesitas que haga de Cupido, te las arreglas bien sola —añadió divertido—. Será un placer hacer de canguro, es una niña muy divertida. Me encanta su inocencia y sus ganas de jugar. Está descubriendo el mundo, como me pasa a mí, y entiendo su asombro por cosas que a ti y a su padre os parecen cotidianas y no valoráis.

—Tienes razón. Desde que estás en mi vida, no veo las cosas igual. Descubro más matices en todo, hasta en la comida. Saboreo incluso el pan de otra manera, como lo haces tú. Apreciando hasta el gusto que le da el horneado.

—Hablando de comida, con todo lo que hemos zampado hoy voy a hacer algo ligero mientras tú recoges.

—Perfecto.

Y eso hice, apagué el ordenador, guardé mis anotaciones y fui a la cocina. El día llegaba a su fin.

9. NO QUIERO QUE LLEGUE EL FINAL

El sábado llegó en un suspiro. Fátima, al saber que tenía una cita con un misterioso vecino, me sometió a un tercer grado con su interrogatorio hasta que Lino se apiado de mí y me la quitó de encima, a ella y a su insaciable curiosidad. Acordamos que mi muso se quedaría con Vega en su casa, para que así la niña pudiera acostarse en su camita cuando quisiera. Lino, con tal de tener una televisión delante, se entretenía solo. ¿O esa era Vega? Qué mala era, adoraba esa faceta suya de emocionarse por cualquier pequeño detalle.

Me decidí por un pantalón verde con dibujos florales en el mismo todo de la tela y una camisa blanca que sabía que resaltaba mi pecho, algo que acentuaba el fantástico y carísimo sujetador que me había comprado en un ataque de locura y que ahora me alegraba de tener en mi armario. Unas botas de caña corta y taconazo, junto con un calentito abrigo completaban mi atuendo, además de unas gotas de perfume. Lino asintió al verme y me dedicó un apreciativo silbido mientras abría la puerta, cuyo timbre había sonado a las nueve en punto.

—¡Hola! —me saludaron a la vez dos sonrientes Julián y Vega. Mi vecino llevaba a la niña en brazos vestida con un pijama de nubes idéntico a uno que yo tenía y una bata rosa.

—¡Tío Lino! —exclamó feliz Vega echándose a los brazos de Lino.

—Hola, cariño. Uy, este pijama diría que lo he visto antes.

—Anda, anda, habrá sido en la televisión —dije quitándole importancia con

un gesto de la mano y haciéndole una seña para que se quedara callado.

—Estas son las llaves, os he dejado la cena hecha. Vega se acuesta a las diez y media.

—Hoy un ratito más —replicó la morenita desde los brazos de mi muso—, el tío Lino me va a leer un cuento de la tía Maca muyyyyyy largoooooo. ¿A que sí?

¡Sería lianta la pequeña! Tres años y nos tenía a tres adultos responsables asintiendo complacidos y encantados de satisfacer el deseo de la chiquilla. Le di a Lino un cuento y, en tanto él subía la escalera para ir a la casa de Julián, nosotros cogíamos el ascensor para ir a la calle. La temperatura era suave, el restaurante estaba cerca y, cogida del brazo de Julián, con la excusa de los tacones, iba aspirando el aroma de su colonia. No sabía cuál era, pero olía muy bien, ni fuerte ni pesada, pero transmitiendo seguridad y firmeza.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar tu primo?

—Unos diez días más —respondí sintiendo una gota de tristeza en mi voz de la que Julián se percató.

—Estáis muy unidos. Se nota.

—¿Tú crees? Supongo que sí. A veces es como si supiera qué estoy pensando —comenté con ironía—. Me va a dar pena cuando se vaya.

—Maca, no es para siempre, puedes visitarle o él volver a verte.

—No es tan sencillo. Su hogar, donde trabaja, está lejos de aquí. —En ese instante comprendí que, aunque protestara por su comportamiento y su obligatoria presencia en mi vida, le iba a extrañar cuando no estuviera. Y lo que era peor, no volvería a verle nunca.

—Hay aviones, por muy lejos que este no será tanto. ¿Y no puede venirse a España? ¿En qué trabaja?

—Es profesor de música. Música muy antigua.

—Esta noche no pensemos en ello. Hoy dejamos las preocupaciones a un lado, vamos a conocernos y a pasárnoslo bien.

Decidí hacer caso a Julián y dejé en un rincón de mi mente la presencia de

Lino, y me centré en el guapo y carismático hombre real que tenía al lado. Sé que la comida me gustó, platos diferentes y cocinados de forma sabrosa, pero cuando horas después rememoraba los momentos vividos aquella noche, a mi memoria venían la forma en que sus ojos azules me miraban, la forma en que sus labios se movían al hablar, la ternura con la que su mano se deslizaba por el mantel y cogía la mía. Después de cenar fuimos a un local de copas con unos cómodos sofás azules al que se entraba junto a la trasera de una iglesia, en pleno casco antiguo de la ciudad. Dando sorbos a mi San Francisco seguimos hablando y bromeando. Eran casi las tres cuando, de la mano, entrábamos en el ascensor. Estaba nerviosa, ¿me besaría? Quería que lo hiciera, pero no quería hacerlo yo para no mostrarme demasiado ansiosa. ¿Y si no me besaba? No, eso no era posible, habíamos estado coqueteando toda la noche, tenía que besarme. Cuando las puertas del ascensor se cerraron estábamos en silencio, no habríamos llegado ni al primer piso cuando Julián alargó su brazo de repente y pulsó el botón de parada.

—¿Qué haces?

—Lo que llevo queriendo hacer toda la noche. Besarte. Y qué mejor sitio que donde te conocí.

—En realidad ya nos conocíamos, pero...

Julián silenció mi nervioso discurso con un beso. ¡Y qué beso! Suave y delicado al principio, probando, tentando, cuando mis labios se rindieron y mi boca se abrió su lengua entró en la mía y el beso se convirtió en fuego y deseo, pasión y anhelo. Creo que en algún momento dejé de respirar. Cuando abrí los ojos después de que en mi cabeza se formara el pensamiento de que el beso había finalizado, vi los ojos de Julián mirándome con ternura, un punto de jactancia y algo más, tenue y escondido, un atisbo, un retazo, una sombra de algo que también empezaba a formarse en los míos. Algo que, aunque mi mente negaba, mi corazón ya sabía. Me estaba enamorando total e irremediabilmente de Julián y estaba segura de que él también estaba empezando a sentir algo por mí.

Tomándome de la cintura nos sacó a los dos del ascensor y fuimos hacia su puerta. Entramos de puntillas para no despertar a Vega. Lino no estaba viendo la televisión como yo esperaba encontrarle. Entramos en el cuarto de Vega y allí estaban los dos, ella hecha un ovillo bajo su edredón de Frozen, y Lino contemplándola sentado en su mecedora, como si fuera el capítulo más interesante de su serie preferida.

—Es preciosa —le dijo Lino susurrando a Julián cuando este se acercó a dar un beso en la frente a Vega.

—Lo es. Por dentro y por fuera. Gracias por cuidarla.

—Ha sido un placer. Es un tesoro. Siempre estará en mi corazón.

—Cuando vengas a visitar a tu prima puedes verla. Me consta que Vega adora a su tío Lino.

¡Pues no soy tonta y casi me echo a llorar al presenciar ese momento de ternura junto a la cama de la niña! Dos hombretones hechos y derechos derretidos por un mico que no levantaba un palmo del suelo, pero que te ganaba con un pestañeo. Cuando creciera, su padre tendría que librarse de los pretendientes a cañonazos. Lino se despidió de Julián y salió al descansillo a esperarme mientras yo me despedía de mi atractivo vecino con un beso que nos dejó a ambos con ganas de más.

Esa noche dormí con una sonrisa de felicidad en los labios y soñando con ojos azules en ascensores.

El domingo anterior lo habíamos dejado pasar, pero ya era hora de hacer la prometida tortilla de patata a Lino. Por supuesto, Fátima haría su magnífica tarta de manzana. Julián y Vega también estaban invitados a la comida y, conociéndoles, seguro que traían alguna aportación al festín.

Lino no podía estarse quieto, se ofreció a hacer no sé qué receta de había en un canal de cocina entre capítulo de serie y capítulo, pero le dije que no.

—Lino, eres el invitado de honor. Tú límitate a ponerte guapo —le indiqué, aunque sabía que eso era fácil, mi muso era un modelo, todo le quedaba perfecto, los trajes se amoldaban a su cuerpo como si Miguel Ángel le hubiera esculpido en mármol llevando uno de ellos.

Fátima había insistido en regalarle un traje azul grisáceo de Hugo Boss aprovechando una oferta en los almacenes de su chico. Mi muso había querido rechazarlo puesto que cuando se fuera no podría llevarse ninguna posesión física, pero Fátima había insistido en ello alegando que después ya donaríamos la ropa de Lino a alguna ONG, pero que no nos podíamos quedar sin el gusto de verle desfilar para nosotras. Puesto que Lino era muy consciente de su cuerpazo y le gustaba alardear de ello y atraer miradas femeninas, y alguna masculina, al caminar por la calle, había terminado aceptando.

—Luego me cambio, pero ahora quiero ver cómo la haces.

—Observa bien, soy una artista. Ni Chicote ni Arguiñano la hacen tan rica como yo.

Conociendo al tragón que tenía por compañero de piso decidí hacer dos de seis huevos cada una, era muy capaz de comerse una él solo. Cuando las lágrimas provocadas por la cebolla amenazaron con impedirme seguir cocinando, no tuve más remedio que ceder el cuchillo momentáneamente a Lino. Después, retomé el mando. Su cara de asombro al verme dar la vuelta a las tortillas en el aire fue digna de verse.

—¿Puedo probar yo?

—Mejor no, no es sencillo y si se va al suelo sería una pena.

—Solo una vez. Por favor —me suplicó con cara de niño bueno y, cómo no, terminé cediendo, que una no es de piedra a determinados ojazos suplicantes.

Con pavor vi volar la tortilla por el aire, no solté el aire hasta que la vi aterrizar intacta en la sartén de nuevo. Por el movimiento de muñeca de Lino intuí que se preparaba para repetir la hazaña y decidí pararle antes de que fuera tarde. Seguramente, entre los dones que Zeus y Hércules le habían

otorgado, la puntería y la maestría con los malabares estaban incluidos, pero no quería arriesgarme. Con las dos tortillas primorosas sobre sus platos en la mesa y los cacharos recogidos nos fuimos a cambiar, ya que el olor a humo se había colado hasta mi ropa interior.

La primera en llegar fue Fátima con Carlos, su chico, a última hora me llamó pidiéndome permiso para traerle y no había podido negarme. Formaba parte de mi vida y Julián estaba asentándose en ella también, de modo que era lógico que empezara a presentarle a mis amigos. Ya le había dicho a Fátima que Carlos era un buen tío y no merecía que se la pegara con cualquiera que se le ponía delante como había hecho con Lino. Según ella, tenían una relación abierta, aunque yo no estaba muy segura de que Carlos se tomara el término con la misma amplitud que Fátima. Sin embargo, en las relaciones de pareja solo bailan dos y el resto, ver, oír y callar. Esperaba que Fátima recapacitara y se centrara, llevaban ya varios años juntos y soportándose uno a otro las manías, los defectos y las virtudes.

—Todavía está caliente, Lino —le avisó Fátima a mi muso al ver cómo se le iban los ojos tras la tarta de la que salía un fantástico aroma—. La dejaré en la encimera y para cuando lleguemos al postre ya se habrá enfriado.

El timbre detuvo los avances de Lino que, dispuesto a recibir a Vega y su padre, fue más rápido que yo en alcanzar la puerta. Mientras levantaba por los aires a la chiquilla, me fundí en un abrazo y en un beso moderadamente casto con Julián. Mi muso era atractivo, pero mi chico con los vaqueros y el jersey ajustado que llevaba estaba imponente.

—No tenemos malas vistas —me susurró Fátima al pasar junto a mí para saludar a Julián.

Dejé a mi amiga presentando a nuestros chicos y fui a llevar la lasaña de verduras que habían traído a la cocina, en tanto Lino y Vega ponían la televisión para ver dibujos animados. Solo fueron unos minutos porque la comida estaba lista y en seguida nos sentamos a comer. Éramos un grupo bien avenido y las risas y bromas llenaron el ambiente.

—Ponme un trozo de tortilla y un poco de lasaña en un *tupper* que esta noche trabajo y me vendrán bien como cena —me pidió Fátima al ver cómo guardaba en la nevera la escasa tortilla que había quedado, ya que, como había supuesto, nos habíamos comido casi todo lo que habíamos puesto en la mesa.

—¿Qué horario tienes esta noche? —preguntó Julián.

—Entro a las diez y salgo a las ocho.

—Deja que te vaya a buscar, no me gusta que te vuelvas caminando a esas horas, mañana es fiesta y no habrá nadie por la calle —le pidió Carlos.

—No hace falta, cariño, llevaré mi espray de pimienta —negó risueña, dándole un beso rápido.

—No creo que sea muy efectivo en caso de que te asalten.

—Créeme que lo es —dijo Lino—. El posible asaltante es el que debería asustarse. Tu novia sabe defenderse.

—Ya te pedí perdón.

—Cuando Fátima vino un día a verme se encontró a Lino —expliqué al ver la cara de interrogación de Julián y Carlos—. No lo conocía y, bueno, qué os voy a contar, fue muy efectiva.

Salvo Lino, todos rompimos a reír, hasta Vega rio divertida. Hacía un rato que veía que se movía inquieta en su silla, me preguntaba qué estaba pasando por su cabecita. Entonces vi cómo le susurraba algo a su padre en el oído, y este, sonriendo, le animó a que me preguntara.

—Maca, me gustan tus botellas.

Tenía que haberlo sabido, se iba a volver loca en cuanto las viera. Hacía tiempo que me había dado por empezar a comprar las botellas de agua pequeñas de determinada marca de agua que cambiaba el convencional envase por otro emulando a los personajes de Star Wars y las películas de Disney.

—Las que estás mirando son las princesas Disney, la Cenicienta es mi favorita.

—Recuerdo el día que compró la primera —afirmó Fátima—. «Solo un par de ellas» fueron tus palabras. Y ahora, mira. Tienes casi treinta.

—Papi, yo también quiero —pidió Vega.

—Mañana te compro en el supermercado alguna.

—Creo que tengo alguna sin estrenar —afirmé haciendo ademán de levantarme, pero Julián me detuvo.

—No hace falta, Vega. No le quitaría sus juguetes a una niña para dárselos a otros.

—¡No soy una niña! —exclamé molesta, aunque el enfado se me pasó en cuanto Julián me atrajo hacia él por la cintura y me dio un cariñoso beso.

Como había empezado a llover y se había puesto mala tarde, sacamos un juego de mesa y las horas fueron pasando sin sentir hasta que mis invitados tuvieron que marcharse. Había sido un fantástico modo de rematar la semana.

No podía, era imposible. Mis dedos sobre el teclado, mi mente activa, llena de ideas para terminar la historia de Mabel, pero no era capaz de plasmar nada en la pantalla del ordenador. Persuadí a Lino de ir a dar una vuelta, después de tomar unas cañas por la Plaza Mayor y luego para ir al cine. Habíamos salido en teoría para dar una vuelta de una hora y cuando volvíamos a casa habían pasado ocho horas.

—Ya decía que lo había visto antes —comentó Lino al verme con el pelo recogido en un moño con un lápiz y mi pijama de nubes, que había evitado ponerme para que mi muso no se mofara de mí, pero al final, por mi pereza a la hora de poner la lavadora, no había tenido más remedio que usarlo.

—Como le digas algo a Julián...

—No lo haré, pero terminará por saberlo, aunque antes de verte con él puesto supongo que te verá con otro tipo de prendas para dormir. De esas que guardas en el cajón de arriba de la cómoda.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunté suspicaz a Lino, que arqueó una ceja recordándome que si quería podía saber todo lo que pensaba.

—¿Vas a escribir un rato?

—No sé, tal vez hoy no, algún día puedo descansar, voy bien de tiempo.

—Maca, se lo que estás haciendo, es inevitable. Cuando termines de escribirla me iré al Olimpo y si no lo haces volveré con Hades y sé que no quieres eso.

—No, no quiero condenarte a una eternidad allí encerrado, pero tampoco quiero que te vayas.

—Soy un okupa que te deja vacía la nevera, al que debes vestir y que se lio con tu mejor amiga como pago.

—Lo sé, pero no quiero que te vayas.

Y diciendo eso, rompí a llorar sin consuelo. Lino me acunó en sus brazos, acariciando mi cabello, tranquilizándome con palabras suaves. Me decía que todo iba a estar bien, él volvería a su hogar y yo había encontrado el mío en el ascensor, pero no podía dejar de llorar. No sería capaz de soportar no verle canturreando la sintonía de la última serie a la que se había enganchado mientras me hacía una receta que había aprendido en un programa de cocina. Para siempre, nunca más, eran conceptos que no podía aceptar y asimilar. Una vida sin Lino ya no me parecía posible.

Después de llorar durante varios minutos acunada por Lino, apagué el ordenador y me acurré a su lado para ver por enésima vez una capítulo de Fortitude, la nueva serie a la que se había enganchado Lino. En algún momento la relajación posterior al llanto, unida al dulce calor que el corpachón de mi muso desprendían, hicieron que me quedara dormida. Debí de llevarme a mi cama, porque en ella había amanecido con la misma ropa que llevaba la noche anterior.

Transcurridos cuatro días sin escribir, Lino habló con Fátima y ella se sentó conmigo en un banco de una placita junto a una iglesia en la que a ambas nos

gustaba comernos un helado en verano.

—Maca, cariño, no hay más remedio, debes terminar la novela y liberar a Lino.

—No quiero —negué refunfuñando como una niña pequeña.

—Si le quieres, debes dejarle ir.

—Lo sé.

Cuando regresé a casa hablé con Lino y le dije que ese viernes iríamos con Julián, Vega y Fátima a cenar a un mejicano, así podría despedirse de la niña, y después me sentaría a escribir el final de la novela que ya tenía absolutamente claro en mi cabeza.

—Serían dos días antes del plazo, podemos retrasarlo, Lino.

—Sería más doloroso para todos, Maca.

—Entonces está decidido, el viernes terminaré la novela.

El viernes llegó. Por mucho que me hubiera gustado detener el calendario, era inevitable. Esos días no paramos en casa, quise mostrarle a Lino todos mis rincones favoritos de la ciudad. Ese punto del puente desde el que se veían las Catedrales y la Casa Lis. Esa cuesta en la que las sombras jugaban a esconderse, la vista nocturna desde la Clerecía, la calle Compañía donde el reloj parecía atrasarse varios siglos. El pequeño restaurante al final de la Gran Vía, la cafetería escondida detrás de una iglesia con sus majestuosos sillones de mimbre. En alguna de nuestras excursiones nos acompañó Fátima y en otras Julián y Vega, como en la que hicimos al cine más grande de la ciudad para ver la última de la saga de la Guerra de las Galaxias, donde Vega se quedó dormida en el regazo de mi muso.

Me había prometido no llorar, y lo había conseguido a medias, al menos delante de Lino no lo había hecho, pero fue quedarme sola y abrirse las compuertas de mis ojos. Haciendo un esfuerzo me arreglé un poco para la

cena, no era cuestión de que una de las últimas imágenes que Lino viera de mí fuera como un desastre andante, me puse un pantalón azul oscuro y una camisa a cuadros tipo leñador que se habían puesto de moda recientemente, con un jersey también oscuro de pico. Mi muso estaba como un queso con los vaqueros y un jersey de cuello con un botón que permitía bajarlo a modo de solapas.

—Estás preciosa, pero algo triste —me dijo Julián dándome un beso en la mejilla.

—Lino se va ya a su casa.

—Volverá antes de lo que esperas —afirmó intentado animarme, y por toda respuesta escondí mi rostro en su pecho tragándome las lágrimas.

Con las ocurrencias de Vega y de Lino la cena resultó muy divertida y amena. La cara de mi muso ante el picante había sido todo un poema que había hecho que todo el restaurante se riera con nosotros. Entre nachos, guacamole y fajitas las horas pasaron y a las doce nos despedimos, ya que era tarde para la niña y Fátima tenía turno de mañana ese sábado.

—Mañana por la tarde podemos ir al centro comercial con Vega, seguro que ir de compras te anima algo después de la marcha de tu primo —me sugirió Julián y, animada por Fátima que tenía cena con compañeros de trabajo y no quería dejarme sola, accedí.

—Está bien, nos vamos de tiendas.

Al ver parlotear a Vega con Lino y cómo le llenaba la cara de besos babosos al despedirse, tuve que mirar para otro lado o mi fuerza de voluntad no lograría contener mi pena, y aún tenía que escribir el capítulo de despedida de la historia de Mabel. Luego ya podría llorar con ganas.

—¿Y cómo va a ser? Lo escribo y desapareces.

—En cuanto escribas la palabra fin quedaré liberado del trato y me iré al Olimpo. Es lo que quiero, Macarena, no llores más que se te van a hinchar los ojos, vas a estar feísima, y ese arquitecto que suspira por ti no va a querer ni mirarte. Bueno, aun así diría que estás preciosa, está claro que él y su hija te

adoran.

—Y yo a ellos.

—Pues en ellos debes pensar y no en mí cuando me vaya. ¿Me lo prometes?

—Sí —afirmé con una fortaleza que estaba lejos de sentir.

—Entonces, empieza a escribir —me dijo con suavidad mientras mis dedos comenzaban a moverse sobre el teclado.

«Iván salió libre y se convirtió en una especie de héroe. Lo tenía todo para ello. Atractivo, empresario hundido por envidias, abandonado por su mujer dos años antes y, lo más importante: haber sido acusado injustamente por un crimen que no había cometido. No lo dudó un instante, al mismo tiempo que abandonaba los juzgados su abogado empezó a pleitear con el fiscal. La prensa que antes le había apuntado con dedo inquisidor, ahora le aupaba en hombros y hacía de él un nuevo mártir.

Una tarde de primavera, cuando los ánimos se fueron calmando y el abogado de Iván se había vuelto tan solicitado como para dejar cualquier tipo de reclamación al estado en manos de ayudantes, me reuní con Iván. Llegó en un llamativo descapotable y vestido con un traje del diseñador más de moda en aquel momento. Numerosos rostros se volvieron a su paso, tanto hombres como mujeres. Desde la silla donde le esperaba, podía ver la satisfacción llenando su sonrisa. Y entonces lo supe. ¿Cómo había podido estar tan ciega?

—Gracias por venir —me saludó, sentándose a mi lado con aire triunfador.

—No esperaba tu llamada.

—Tenía que hablar contigo. Después de todo, tú fuiste la única que me visitó.

—Debía de ser porque no había más tontas disponibles. Me utilizaste de nuevo. Ya Ana, y a tu abogado.

—¡Eh! ¡Que fuiste tú la que viniste sola! Nadie te llamó.

—Ilusa de mí, te creía inocente, pero no lo eres. Tú le mataste.

—No entiendo lo que dices —aseguró tirando nervioso de los puños de su camisa.

—Para todos era evidente, menos para mí. ¿Y tu compinche?

Me miró a los ojos, giró la cabeza y, sonriendo, golpeó la mesa con las palmas de las manos. Pidió un café al camarero y hasta que se lo trajeron guardamos silencio. Después, de nuevo solos, dijo al fin:

—Está bien. Yo lo hice. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Nada. Terminarán por cogerte; si hago algo, seguro que logras cambiar las cosas a tu favor.

—Me gusta tu actitud. Él era un miserable, se hizo con mi empresa con sucias estratagemas.

—No lo dudo, aunque eso no te dio derecho a matarlo.

—Fue un error, lo reconozco. Yo quería hundirlo como él había hecho conmigo. Traté de hacerme con pruebas de sus trapicheos y para ello coloqué una cámara y un hombre en su despacho.

—¿Y?

—Fui a ver a Gascón. Una furtiva mirada mía al conducto del aire le hizo sospechar. Discutimos, forcejeamos, el estúpido que había contratado no supo quedarse quieto e intervino. Lo estropeó todo.

—¿Dónde está ahora?

—Muerto. Gascón le clavó su propia navaja. Logró salir del edificio y un medicucho le curó la herida. Me ayudó mientras estuve dentro de la cárcel. Consiguió hacerse con una copia del informe policial y se la envió a mi abogado. Lamentablemente, al día siguiente de mi liberación, tuvo un desagradable accidente. Cosas que pasan.

—No quiero saber nada más. Cuanto menos sepa, más fácil será olvidarlo.

Me levanté y salí de la cafetería haciendo caso omiso de sus amenazas. No le conté nada a nadie hasta que el propio Iván murió en un accidente. Supongo que fue una especie de justicia divina. Ana sabe la verdad, ella también tenía sus dudas sobre la inocencia de Iván.»

—Ya solo queda el párrafo final, Lino.

—Entonces, ya es la hora, Maca.

Me abrazó, me besó con suavidad y, animándome con un gesto de su cabeza, me instó a continuar.

«Jorge ya va al colegio, Julián y yo somos felices, o al menos somos capaces de vivir con la suficiente armonía como para no tirarnos los trastos a la cabeza.

Por lo demás, sigo esperando.

FIN»

Y Lino se marchó y mis lágrimas surgieron de mis ojos sin contención.

¿CÓMO CONTINUAR LEYENDO?

Querido lector, varias veces como escritora me encuentro con la duda de cómo terminar una historia. Hay lectores a los que les gustan los finales felices, debo reconocer que soy una de ellos. Sin embargo, hay otros que argumentan que la vida no es un cuento de hadas y no todo termina bien. Reconozco que tienen razón. Así que he decidido hacer un experimento y que tú, como lector, seas quien decidas cómo quieres terminar la historia.

Si te gustan los finales felices, el romance y la dulzura, sigue leyendo en orden. Continúa leyendo desde el capítulo 10 hasta el Epilogo Feliz.

Si eres un lector más terrenal, y prefieres un final más realista, salta al capítulo 12 y continúa tu lectura con el Epilogo Como la Vida misma.

Es tu decisión, las dos historias están escritas con igual cariño por los personajes y su historia, que ahora es la tuya.

10. NAVIDAD

A mi editor le encantó la novela y, sumergida en las correcciones, los diseños de la cubierta y las galeradas, las semanas fueron pasando a la vez que mi relación con Julián se asentaba. Lino seguía presente en mi corazón y en mi casa, su ropa había quedado guardada en el armario. Me resistía a donarla o tirarla, era como si al desprenderme de ella perdiera lo único que me quedara de mi muso, pero no era cierto. Su recuerdo, su esencia, su presencia siempre quedarían en mi memoria y en la de los que habíamos conocido.

—¿Guisante? —pregunté abriendo los ojos.

—Sí —respondió risueña Vega sentada en una silla, balanceando las piernas.

Julián me había llamado asustado al mediodía pidiéndome que subiera a su casa. Tenía un problema serio con Vega y necesitaba mi ayuda. Temiéndome que le hubiera pasado algo a la niña, subí por las escaleras sin esperar al ascensor. Mi chico, aún no me acostumbraba a llamarle así, mi chico, mi novio, mi mejor amigo, Fátima decía que ponía cara de tonta enamorada cada vez que lo nombraba. No había visto la suya cuando hablaba de cierto enfermero. No lo quería reconocer, pero por mucha relación que tuviera con Carlos, estaba colada por su compañero de trabajo.

Como decía, mi chico me había abierto la puerta descompuesto y blanco.

—¿Qué ha pasado?

—Vega te lo cuenta.

Y allí estábamos los dos mirando a la niña, alucinando con lo que nos contaba. Llegaba la Navidad y con ella la consabida fiesta del colegio. En los tiempos actuales en que todo tenía que ser «políticamente correcto» y no podía haber alusiones a la religión católica porque alguien se podía molestar, ya no había pastorcillos ni pesebre en las representaciones escolares navideñas. El profesorado, en su afán de que todos los niños participaran y ser originales había acordado que los alumnos de infantil fueran disfrazados de verduras y frutas y a la morenita Vega le habían asignado el papel de guisante.

—¿Y qué tiene que ver un guisante con la Navidad? —le pregunté a Julián.

—Ni idea. ¿Alguna sugerencia de cómo hacemos el disfraz?

—¿No les han dado ninguna indicación?

—Al parecer no, cada niño se las debe ingeniar por su cuenta. Cada uno tiene un disfraz diferente así que han dado libertad.

—Vamos, que ellos tampoco sabían cómo hacerlo, y que nos rompamos la cabeza los padres. —Me di cuenta de que me había incluido en la frase como progenitora de Vega, los colores subieron a mi cara, Vega no se dio cuenta, pero su padre sí que me miró sonriendo y feliz. Suspiré y reconocí para mí misma que, aunque Vega no era mi hija, hacía tiempo que empezaba a sentirla como tal. Un par de veces que Julián no había podido ir a recogerla a casa de sus padres, demorado por un proyecto que tenía que presentar con urgencia, me la había llevado de compras y a merendar. Por no hablar de que había visto tantas veces Frozen con ella que me sabía las canciones de memoria y las canturreábamos juntas—. Se lo comentaré a Fátima, ella se ha disfrazado muchas veces en carnavales y seguro que se le ocurre algo.

Fueron unos días de locura, probamos con distintos materiales hasta encontrar uno que nos permitiera obtener la forma redondeada que necesitábamos, que tuviera cuerpo, pero que no dificultara los movimientos de Vega. Con un material entre gomaespuma y gomaeva lo conseguimos hacer. Durante esas horas que pasé con Fátima haciendo el disfraz, me di cuenta de

que mi amiga estaba algo cabizbaja, quise darle espacio y que ella misma me contara lo que le pasaba. Si no me decía nada ya le preguntaría, pero decidí esperar un tiempo.

El día de la actuación, Julián empezó sus vacaciones, eran las primeras que pasaríamos como pareja o como familia, según se viera, y había decidido no trabajar desde el día veintidós de diciembre hasta después de Reyes Magos. La lotería no nos había tocado, pero nos sentíamos igual de felices sentados junto a Fátima y los abuelos de Vega. Era el momento de la actuación de la clase de la pequeña y empezaron a salir los niños en fila más o menos ordenada, y los padres a sacar cámaras de fotos y teléfonos para grabarles. En el silencio expectante que aguardaba a la actuación se pudo escuchar con claridad:

—¡Papi!

Había sido Vega que, rompiendo la disciplina del grupo, se había aproximado al borde del escenario y había agitado los bracitos feliz y contenta de vernos entre el público. Entre las risas del resto de asistentes y el enfado de la profesora, había regresado a su lugar junto a sus compañeros. Julián sonreía orgulloso sin poder contener la risa.

La actuación fue brillante, y mi particular guisantito lo bordó. Valeeee, no es que fuera muy objetiva, pero estaba para comérsela. Al terminar, tuvimos que ver el resto de las actuaciones que nos interesaban poco o nada y, cuando por fin terminó la función, nos fuimos a comer a un restaurante cercano. Fátima también vino, era parte de nuestra incipiente familia en su papel de tía. En un momento de la comida, Vega me echó los bracitos al cuello y, susurrándome al oído, me dijo algo que me dejó helada.

—El tío Lino estaba en la función.

—Eso no puede ser, mi vida, el tío Lino está lejos, y no puede venir a verte. Si pudiera lo haría, seguro.

—Sí que estaba, me dijo que lo iba a hacer muy bien, que tú estabas muy guapa y que vendría a verte antes de lo que creías.

No supe qué decir ni qué pensar. ¿Habría sido una alucinación de la pequeña en sus ansias de volver a ver a mi muso? ¿Alguien parecido a Lino había querido gastarle una broma a ella o a mí? No sabía cuál de las dos situaciones me parecía más alarmante. Me callé mis preocupaciones, pero me prometí que estaría atenta durante las Navidades al comportamiento de Vega y a cualquier extraño que se le acercara.

Cine, pista de hielo, meriendas, compras, paseos, un sinfín de actividades se fueron sucediendo día tras día durante aquellos en que parecía que todo el mundo se ablandaba un poquito, dejando fluir la bondad y los buenos deseos por las calles decoradas con brillantes guirnaldas de colores. Dentro de las tiendas y fuera de ellas los villancicos y las canciones navideñas no lograban superponerse a la algarabía de la gente que iba de un sitio a otro en busca de regalo más original y deseado.

Como una familia bien avenida, nos turnamos para pasar las fiestas. En Nochebuena nos reunimos con mis padres y hermanos en el pueblo. Vega lo pasó en grande corriendo por el campo con mis sobrinos y descubriendo un mundo muy distinto al de la ciudad. Por aquello del qué dirán, ella y su padre se quedaron a dormir en casa de mi abuela, que estaba vacía pero mis padres conservaban con el fin de que cuando nos reuníamos como en aquella ocasión, todos tuviéramos donde dormir. Esas navidades la familia de mi hermana mayor y mis dos invitados fueron sus huéspedes. El día veintiséis llegaría Fátima a pasar un par de días con nosotros, y todos juntos regresaríamos a la ciudad la víspera de fin de año.

—Ha nevado un poco —anuncié en el desayuno—. No es mucha, pero podremos hacer un muñeco de nieve. ¿Qué os parece, niños?

Sentados a la gran mesa del desayuno, con mi padre al frente y mi madre zascandileando por los fogones, nos apretujábamos todos la mañana del día de

Navidad. Vega era una más en la pandilla formada por los dos niños de seis y cuatro años de mi hermana mayor y la niña de nueve de mi hermano menor. En mi papel de tía perfecta, era una más a la hora de hacer gamberradas y jugar por el campo con ellos. Mis varios moratones lo probaban. Además, teniendo en cuenta mis nulas habilidades culinarias, mejor dejaba que Julián se ocupara de ayudar a mi madre. En ese instante me miraba conteniendo la risa por encima de la taza de su desayuno. Me di cuenta de que no era el único, mi madre sonreía mirando a Vega y mi hermana se mordía los carrillos para no reírse.

—¿Se puede saber qué os pasa? —les pregunté mosqueada.

—¿Estaban de rebajas? —preguntó mi hermano al fin.

—No os entiendo.

Mi cuñada me hizo una señal con la cabeza indicándome que mirara mi pijama y mirara a Vega. No me había parado a pensarlo. Las dos llevábamos el mismo modelo. Rosa, con nubes blancas y azules, y el pelo recogido en una coleta alta. Salvo los ojitos azules, réplica exacta de los de su padre, podíamos pasar por madre e hija. Mi chico, que era listo como el hambre, y empezaba a conocerme, se dio cuenta de lo que pensaba y, sin contarse un pelo, me plantó un pico delante de mi familia. Mi padre agitó la cabeza, pero sabía que estaba contento. Julián y él se llevaban de maravilla, hacían planes para construir una casa en un árbol para que los niños tuvieran su propio escondite, tal como habíamos tenido nosotros de pequeños. Sería en primavera, cuando el tiempo mejorara un poco y así tenerla lista para el verano.

El muñeco de nieve quedó terminado justo a tiempo de la comida de Navidad, para la que además de la de por sí gran familia que éramos, se unieron mis tíos y mis primos. Prueba de ello fue que cuando quisimos recoger todo eran casi las once de la noche y, cansados, nos fuimos a dormir. No sé los demás, pero en mi caso fue poner la cabeza y dormirme. No desperté hasta que mi madre me avisó de que Fátima acababa de llegar.

—Son las nueve, Fátima, ¿a qué hora has salido de Salamanca? Por lo menos a las ocho.

—A las ocho menos cuarto —me respondió alterada.

Si la observaba con atención, la veía algo apagada, sin duda más delgada, las ojeras se marcaban en sus ojos. Algo le pasaba y ya era hora de que habláramos.

—Fátima, vamos a coger algo para desayunar y nos vamos a mi habitación a hablar. Sí o sí tienes algo que contarme.

No rechistó y me siguió obediente a la cocina donde dos tazas de humeante café hecho nos esperaban junto con un delicioso bizcocho que mi tía había traído el día anterior. Después de saludar a mi familia, nos cogimos nuestras tazas y nos atrincheramos a prueba de oídos indiscretos en mi cuarto. Tapadas con el edredón, sentadas en la cama, veía cómo Fátima se calentaba las manos con la taza y eludía hablar de lo que le preocupaba, comentado lo integrados que se veía a Julián y Vega con mi familia.

—Lo están, Vega es el juguete de todos y Julián se los ha ganado también. Pero de ellos ya hablaremos luego, ahora cuéntame qué ocurre que me tienes en vilo.

—Estoy un poquito embarazada.

—¿Un poquito? ¿Cómo vas a estar un poquito embarazada? O lo estás o no lo estás. —No sabía si me sorprendía más que estuviera embarazada o sus dudas al respecto.

—Me he hecho un test de embarazo, bueno, un par de ellos. Y salen las dichas rayitas rosas, pero no lo sabré con seguridad hasta el veintiocho que voy a la ginecóloga. Con las fiestas, no me ha podido dar hora antes.

—¿Carlos lo sabe? Es muy niño, solo hay que verle con Vega.

—Ya, bueno...

Mi amiga bajó la mirada eludiendo mis ojos y entonces lo supe.

—¡No sabes si es de él!

—Ay, Maca, es que en la fiesta de Navidad, a primeros de diciembre, el

enfermero que me gustaba y yo...

—No necesito detalles, sé cómo se hacen los bebés —repliqué enfadada—. ¿Cómo has podido hacerle algo así a Carlos? Si eres tan inconsciente como para liarte con el primer par de pantalones que se te pone delante, sé cabal y usa protección. No solo para evitar embarazos sino por evitar enfermedades de transmisión sexual. Fátima, no...

Mi amiga había empezado a llorar, se habían abierto las compuertas, suspiré e hice lo que mi corazón me decía. Abrazarla y acunarla, asegurándole que todo se arreglaría. Lo primero era la visita a la ginecóloga y después llegaría el momento de tomar decisiones. Cuando logró serenarse, salimos al encuentro de mi familia que, aunque no decían nada, la miraban preocupados. Mi madre la acogió en sus amorosos brazos y le dio un achuchón de esos que te reconfortan el alma y te borran las preocupaciones. Un «Tíaaaaaaaaaaaaaa Fátimaaaaaaaaaaaaa» nos hizo olvidar las penas. Vega estaba contenta de ver a la loca de mi amiga. Fueron dos días de gatear por el monte, asar castañas, y opíparas comidas. El veintiocho madrugamos y, con Vega envuelta en una manta, aún dormida, emprendimos el regreso a Salamanca.

Dejamos a la niña y a Julián en casa al cargo de mi equipaje y nos fuimos al hospital. Solo les dijimos que Fátima tenía una revisión rutinaria y había decidido acompañarla. Nada más entrar en el hospital nos topamos con el enfermero candidato a padre que le dedicó a mi amiga una sonrisa seductora y una mirada demasiado afectuosa a mi entender. Por una vez, Fátima no coqueteó y siguió muy digna cogiéndome del brazo hasta la consulta de la doctora.

—La ecografía nos sacará de dudas —anunció la doctora mientras le sostenía la mano a Fátima que, con los nervios, me estaba machacando los dedos.

—¿Estoy...?

—No, falsa alarma. El estrés, algún cambio hormonal, o cualquier otra causa ha hecho que no te bajara la regla. Por lo que veo, en unos días tendrás el

periodo con normalidad. Los test de farmacia no son muy fiables y has tenido un falso positivo.

Poco después, ante un café y una ración de churros, la cara de Fátima era de puro alivio.

—No estabas embarazada, pero has podido estarlo, que te sirva de lección. Usa protección y deja de ser tan picaflor. Carlos es un buen hombre, te quiere y no se merece esto. Si te hubieras quedado embarazada del musculitos del enfermero, ¿qué hubieras hecho con Carlos?

—Lo sé —replicó una Fátima seria y convencida que no había visto antes—. No volverá a pasar nada igual. Te lo prometo.

Después de dar buena cuenta del segundo desayuno del día, mi madre no nos había dejado irnos hasta que se había asegurado de que habíamos tomado nuestro tazón de leche con bizcocho, nos despedimos. Fátima se iba con Carlos a pasar el fin de año esquiando y yo lo iba a pasar con Julián y los suyos. La víspera de Reyes nos veríamos para ver la cabalgata con Vega.

La Nochevieja y el Año Nuevo lo celebramos con la familia de Julián que, igual que había hecho la mía con él, me había abierto los brazos. En su caso, Vega era la única nieta, de modo que era el centro de atención en las reuniones. Sus hermanos eran menores que Julián y no estaban casados. A la cena vinieron también sus tíos y algún primo que sí tenía niños con los que Vega jugó hasta cansarse. Con sus pequeños ojos cerrándose por el ajetreo del día, escuchó adormilada las campanadas del reloj de la puerta del Sol en brazos de su padre. Esa noche, de un modo natural, cuando regresamos a nuestras casas decidí que la pasaría con él. No hubo un acuerdo ni fue necesario hablarlo, ellos eran ahora mi hogar y mi lugar estaba junto a ellos. Seguiría conservando mi piso como lugar de trabajo, pero ese mismo primer día del año empecé a llevar mis cosas al piso de arriba.

Haciendo la mudanza me llegó un *whatsapp* de Fátima con un video adjunto que pensé que era el típico video felicitando el año y no lo miré. Cinco minutos después me estaba llamando.

—¿Qué haces que no ves los mensajes? —me preguntó enfadada.

—Sí que lo he visto, pero para ver a otro gatito parlante felicitándome el año, no hace falta que me dé prisa.

—No es eso. Míralo y me llamas.

Y sin más, me colgó. Creo que ya he dicho que Fátima esta loquita, pero lo repito por si acaso. Lo abrí, sosteniendo en la mano una pila de jerséis que me disponía a guardar en la maleta, tuve que soltarlos donde pude y sentarme. En el video se podía ver a una emocionada y guapísima Fátima, arrodillada ante un más que atractivo Carlos, ante la mirada de los demás inquilinos del hotel que estaban celebrando el año nuevo en la estación de esquí, pidiéndole matrimonio. Un camarero estaba grabando el momento. El sonido era regular, pero cuando vi cómo Carlos aceptaba el anillo y la levantaba en brazos dándole un *supermegabeso*, me quedó claro que la respuesta había sido sí. Si tenía alguna duda, la ovación posterior del resto de comensales me la disipó. Rápidamente llamé a mi amiga.

—Ya lo has visto, ¿eh?

—Estás loca.

—De amor —respondió la cursi de mi amiga suspirando.

—Más bien, que le has visto las orejas al lobo y que te has dado cuenta de que estabas haciendo el tonto y ya era de madurar.

—Eso también.

Las dos nos echamos a reír, teníamos por delante semanas de preparativos y planificaciones, puesto que habían fijado la fecha de la boda el catorce de febrero, día de los enamorados. Cuando Fátima se ponía ñoña no tenía medida. Nos despedimos hasta el día cinco y continúe haciendo mi equipaje. Tenía poco tiempo porque íbamos a comer a casa de la abuela de Julián que, a sus más de noventa años, le gustaba seguir reuniendo a toda la familia a su

alrededor. Vivía con un tío soltero de Julián, pero el resto de hijos y sobrinos la visitaban a diario. De hecho, se había negado a que lleváramos comida, ella quería supervisar la elaboración de la comida de año nuevo. Menuda vitalidad tenía la buena mujer. Sin tapujos, Julián nos presentó como pareja y hablaba sin pudor de «nuestra casa» y de «nosotros».

He de reconocer que tenía miedo a la reacción de Vega, el cariño era mutuo y lo pasábamos bien juntos. Sin embargo, yo era alguien que iba a irrumpir en sus costumbres y que, a sus ojos, podía amenazar la relación entre ellos dos. Como siempre la chiquilla me sorprendió, cuando me vio aparecer con la maleta y las dos bolsas cargadas hasta los topes, me dijo:

—¿Te gusta el rosa?

—Sí —respondí titubeante sin saber muy bien a qué venía la pregunta.

—Te dejo mis toallas, las de papá son marrones, muy feas. El rosa es mejor.

Y, sin más, se puso detrás de la maleta a empujarla con sus manitas, canturreando feliz villancicos.

Apiñados en el balcón de Pilar, una amiga que tenía una oficina en la Avenida de Mirat, por donde pasaba la cabalgata, nos dispusimos a verla. La emoción era palpable, cada uno teníamos nuestro rey mago favorito. A Vega y a mí nos gustaba Melchor, Julián era más de Gaspar, y Fátima de Baltasar. Estábamos bien en el balcón, pero podía ver cómo Vega miraba a los niños de la calle con sus bolsas de plástico listas para recoger caramelos. Con ojos similares al gato con botas de Sherk miramos las dos a su padre, intentando en una súplica silenciosa conmooverle y que accediera a que bajáramos a la calle.

—¡Venga, vamos! —exclamó Fátima cogiendo a Vega de la mano y tirando de mi brazo.

—¿Dónde vais? —preguntó Julián.

Por toda respuesta tiré a mi vez de su brazo, y los cuatro terminamos en la

calle, agitando los brazos y reclamando la atención de cada uno de nuestro rey favorito cuando veíamos que su séquito y el trono se acercaban. Vega estaba encaramada en los hombros de su padre, y Fátima y yo pasábamos más tiempo por el suelo peleándonos por caramelos que viendo las carrozas. Julián nos miraba alucinado, pero Vega nos vitoreaba feliz cada una de nuestras adquisiciones. Al final, el recuento fue más que favorable: dos bolsas llenas a rebosar. ¿Para quién era la segunda? Para la misma que estás pensando, para Fátima. Después del frío pasado, nos resguardamos en una cafetería con un trozo de roscón delante acompañando una taza de té o de chocolate, según las preferencias. Esa noche Vega estaba demasiado emocionada para dormirse, pero después de que le dijera lo que me decían a mí se fue a la cama sin protestar.

—Si estás levantada y despierta cuando lleguen los Reyes Magos, no te dejarán regalos.

—Papi, me voy a la cama.

Y, sin más, corrió a su dormitorio metiéndose de un salto en su camita.

—Vega ¿te has lavado los dientes? —le preguntó Julián desde el quicio de la puerta.

—Estoy dormida, no puedo hablar —respondió la niña.

Tuve que escabullirme al salón a reírme con ganas. Era lista y espabilada la sabandijilla. Estaba metida en su cama, que era lo que su padre quería, y no podía llevarla al baño.

—Tú no te rías, que eres peor que ella —me dijo Julián siguiéndome al salón—. Nunca había visto a dos adultas responsables peleándose con los niños por caramelos como habéis hecho Fátima y tú. Os podían haber dado un golpe en un ojo. Los lanzaban con ganas, en el balcón de tu amiga estábamos mejor.

—Pero ¿y la emoción, la aventura, la diversión?

—Ya te daré yo emoción cuando terminemos de envolver paquetes. Entre mi familia y la tuya vais a malcriarla, hay juguetes para un regimiento.

—No seas cascarrabias —le dije aproximándome, mimosa—. Vega crecerá y entonces añorarás las noches como las de hoy. El tiempo pasa y estos momentos quedan en el corazón para siempre.

—Qué poética te has puesto —afirmó besándome el cuello.

Si seguía por ese camino no terminaríamos de empaquetar los regalos con sus papeles de colores y sus lazos. Teníamos los juguetes escondidos en mi casa, había que bajar a por ellos y subirlos sin que nuestro guisantito se enterara.

—Um... ¿y si me das ahora un poco de esa emoción que dices y luego nos ponemos con los regalos?

—Luego, te lo prometo.

Dándome un último beso promesa de muchos más, cogió la llave de mi piso y se marchó a por los juguetes, tuvo que hacer dos viajes. Cuando quisimos terminar con los regalos, que bien mirado Julián tenía razón y nuestras respectivas familias se habían pasado, era bien entrada la madrugada y decidimos dejar las emociones para el día siguiente.

Para dar la noticia a nuestras familias de que ya vivíamos juntos decidimos organizar la comida de Reyes en la que ahora era nuestra casa. Aunque tal vez *decidir* no fuera la palabra más adecuada. Con mis escasas dotes culinarias me entraron los siete males al oír la idea de Julián, pero mirándome a los ojos y agarrándome por los hombros me dijo:

—Respira. Podemos hacerlo. Saldrá bien.

—De acuerdo —dije con un hilo de voz.

Por supuesto, Fátima estaba también invitada a la comida; es más, nos ayudó con la elaboración de los platos. Bueno, en realidad ayudó a Julián, yo me limité a hacer lo que me pedían porque, como Fátima no se cansaba de recordar, se me daba tan bien la cocina que había quemado el pescado cocido

en el microondas.

—Pero, Maca ¿qué hiciste? —me preguntó riendo Julián.

—Dos veces, lo ha quemado dos veces —respondió Fátima ante mi vergüenza.

—A mí nadie me dijo que hubiera que poner agua —repliqué enfadada.

—Y tampoco te había dicho nadie que para freír pescado hay que rebozarlo primero. Como no se lo has visto hacer nunca a tu madre... —continuó Fátima con las carcajadas de coro de Julián.

La mañana de Reyes había empezado como es habitual en todas las casas en que hay niños.

—Maca, Maca —decía una vocecita en mi oído despertándome a las siete de la mañana.

—Vega, es muy pronto —dije somnolienta.

—Ven conmigo al salón. Me da miedo ir sola, a lo mejor no me dormí rápido anoche y no me han dejado nada —me explicó nerviosa haciéndome sentir culpable por lo que le había dicho.

Desperezándome, me levanté recordando mis años de infancia en que los tres hermanos de la mano íbamos al salón temerosos de que algún Rey Mago rezagado continuara allí todavía. Sabía que Julián estaba despierto por sus caricias en mi espalda pero, conmovido por que Vega hubiera buscando mi apoyo aquella mañana, continuó haciéndose el dormido, aunque sabía que no tardaría en seguirnos. Juntas de la mano fuimos de puntillas al lugar donde el árbol estaba colocado. En un piso por encima del nuestro se oían las carreras por el pasillo para ir a descubrir que habían dejado los Reyes Magos esa noche. Por de pronto, en nuestra casa los platos de leche para los camellos y la botella de vino para los Reyes estaban vacíos. Un sinfín de paquetes de diversos tamaños llenaban el salón, en un santiamén los papeles estuvieron rotos y las cajas abiertas desvelando su contenido. Muñecas, cunitas, juegos, libros, una cocinita, una bicicleta con todos los protectores pertinentes y alguno más junto con algo de ropa se amontaban alrededor de Vega. Para

Julián, que nos espiaba desde la puerta divertido, habían dejado un reloj y una *tablet*. De mí también se habían acordado: una pulsera y unos pendientes a juego eran mis regalos. Desde luego, los Reyes habían sido muy listos y sabían mis gustos. Como no los tenía cerca, decidí darle los besos de agradecimiento a Julián que los supo apreciar en su justa medida. Después de desayunar, Vega, su padre y Fátima se enfrascaron con los últimos detalles para la comida y recogieron papeles y demás envoltorios. Por mi parte, decidí bajar a mi casa a buscar un par de cosas que quería llevarme a mi nuevo hogar.

Nada más entrar en mi piso, mi nariz captó un dulce aroma proveniente de la cocina, fui hacia allí y en la mesa había una bonita taza con un delicioso té verde con jazmín en su interior. No obstante, había algo más en la cocina. Un guapísimo muso me contemplaba sonriente apoyado en la mesa, con algo más de ropa de la que le había visto la primera vez.

—¡Lino! —exclamé jubilosa lanzándome a sus brazos.

Qué maravilla sentir otra vez su enorme calidez y cariño. ¿Cómo era posible? ¿Había vuelto a nuestras vidas? ¿Se iba a quedar para siempre? Las preguntas se agolpaban en mi mente y no sabía por dónde empezar a preguntarle.

—Vamos a sentarnos y te lo cuento todo —sugirió Lino y, cogiendo la taza en las manos, más por tenerlas ocupadas que por tener ganas de tomarme un té, me dispuse a escucharle.

—Zeus cumplió su promesa y, cuando terminaste la novela, regresé al Olimpo donde Urania, mi madre, me estaba esperando jubilosa. Los primeros días fueron una fiesta con el recuento de amigos y los que no lo eran tanto, Hércules no sabía cómo disculparse por el daño que me había causado. Cuando quise darme cuenta había vuelto a la rutina de antes y estaba dando clase de música a una nueva hornada de dioses y semidioses. Sin embargo, no era feliz —Lino hizo una pausa sonriéndome y cogiendo una de mis manos entre sus gigantes manos—. Echaba de menos nuestros paseos, los juegos con Vega, las locuras con Fátima, las conversaciones con Julián, el olor del pan

recién hecho, tus risas al ver una película, las voces, el ruido...

—Normal. Soy lo más —dije emocionada por que mi muso me hubiera echado de menos, y prefiriera mi compañía a la del Olimpo en pleno.

—Lo eres, Maca, todos lo sois. Una noche estaba paseando por el jardín de mi padre Apolo. Creía que estaba solo, pero unos pasos me sobresaltaron. Era Hércules.

—*No eres el mismo. Los demás creen que sí, pero no lo eres. Es por mi culpa. Dime qué puedo hacer y lo haré. Incluso te doy mi vida si eso puede ayudarte.*

—*No hay nada que se pueda hacer —repliqué pesaroso—. La echo de menos.*

—*¿A la escritora?*

—*A ella y a sus amigos. A mi vida en la tierra. Creía que mi destino estaba de nuevo aquí, en el Olimpo, pero me siento vacío. Los días en el paraíso me aburren y no me aportan nada.*

—*Te implicaste demasiado con la humana —afirmó una voz airada.*

—*¡Madre! —exclamé sobresaltado.*

—*Urania —la saludó Hércules con una inclinación de cabeza.*

—*Nunca te perdonaré lo que le hiciste a mi hijo, vete de aquí donde no te vea.*

Hércules se marchó cabizbajo, si bien antes de irse me susurró «lo solucionaré».

—*A ti tampoco te perdonaré que no supieras comportarte como un digno descendiente mío —me recriminó mi madre—. Las musas somos etéreas, inalcanzables, no podemos ser tocadas ni puede hablar con nosotros cualquiera. Tú te rebajaste a su humanidad. Tu padre, como líder de las musas, está muy enfadado contigo también. Y por si tu decadente comportamiento no fuera suficiente, ahora estas llorando por las esquinas por un grupo de humanos.*

—*Eran mis amigos.*

—¡Amigos! Eres un muso y un semidiós. No necesitas amigos.

—En eso te equivocas, madre.

Y, dándome la vuelta, me marché dejándola en el jardín de mi padre, que seguramente también había oído toda la conversación. Intenté descansar unas horas, no lo logré. Sin ganas me cambié la túnica y me dirigí a dar mi primera clase del día a los nuevos miembros del coro de musas. Cuando entré en la sala donde impartía la clase, no estaban como de costumbre esperándome mis alumnos, el que estaba en el centro sonriendo era Hércules.

—¿Qué haces tú aquí?

—He hablado con Zeus y con Hades, me deben una.

—Te devolvieron a la vida cuando moriste en 1226 a.C. además de deificarte. ¿Qué más te deben?

—Digamos que cuando necesitan que algo sea hecho y no quieren implicarse me llaman a mí; eso, unido a que sé un par de asuntillos de infidelidades que no haría muy felices a sus esposas, por muy dioses que sean, me otorga ciertos privilegios.

—¿Y en qué me atañe a mí?

—Hay una solución que satisfará a todos los implicados —Abrí los ojos y con un gesto de impaciencia le pedí que continuara hablando—. Tus padres no te quieren aquí, eres objeto de comentarios a sus espaldas que no les hacen muy felices. Y tú tampoco lo eres con tu vida aquí.

—Es un buen resume. Sigue.

—Además, estas encariñado con cierta niña, que pronto se convertirá en hija de cierta escritora.

—Si les pasa algo a ellas por culpa de mis padres, no me importará que sean dioses, lo pagarán.

—Pues mira, eso es exactamente lo que te propongo. Vega necesita un ángel de la guardia, el suyo quiere jubilarse y sé que le van a dar el cargo a un recién llegado con poca experiencia. —Arrugué el ceño al oír aquello.

Vega era un terremoto, y sin un custodio responsable tendría un accidente irremediable—. Creo que el puesto te podría interesar.

—¿Volvería a la Tierra?

—Sí. Te marcharías del Olimpo, así tu presencia dejaría de incomodar a tus padres. No tendrías la misma entidad corpórea que tuviste antaño, es decir, nada de comer ni de tener relaciones sexuales con humanas —recalcó Hércules mirándome divertido—. Podrás hacerte visible cuando sea necesario o lo desees, pero no ante los ojos de extraños. Solo podrán verte tu protegida y Macarena por un determinado motivo que ahora te contare. ¿Aceptas?

—Acepto. ¿Cuándo empiezo?

—Y desaparecí del Olimpo para aparecer en el colegio de Vega antes de su actuación.

—Por eso dijo que te había visto.

—Y lo hizo. Estaba adorable de guisante. ¿Lo hiciste tú?

—Entre Fátima, Julián y yo. Pero no te desvíes del tema. Si he entendido bien, ella puede verte porque eres su ángel de la guardia. Por cierto, cuando se lo cuente a Fátima se va a partir de la risa, que lo sepas. Un grandullón machote como tú de guardián de un mico travieso de tres años.

—¡Ja, ja! Estoy seguro.

—Entonces ¿por qué te veo yo?

—Me verás durante algún tiempo, luego ya no —explicó Lino mirando mi vientre.

—¿Estoy...? ¿Estoy embarazada? ¿Lo estoy?

—Lo estás —afirmó sonriendo Lino—. Soy el ángel de la guardia de Vega y seré también el custodio del bebé que llevas dentro. No permitiré que ninguno de esos ángeles novatos cuide a mis pequeños amigos y, por ende, de ti mientras lo lledes en tu seno.

—¿Y cómo estarás en dos sitios a la vez?

—Te recuerdo que soy un semidiós, además, Hércules me debe un favor, uno bien grande por matarme y tener que estar con Hades todos estos años; si hace falta, él me ayudará.

—¿Y si tengo más hijos?

—Seré el custodio de todos ellos, y me encargaré de formar a los custodios que sean necesarios para cuidaros a ti, a los niños, a Julián y a Fátima.

—¿Y siempre que esté embarazada te veré?

—Sí, pero...

—Voy a tener un equipo de fútbol.

—¡Ja, ja! No sé qué opinara Julián.

—Estará encantado, y siempre podemos hacer un dúplex.

Estaba embarazada, Lino estaba otra vez en mi vida, y esta vez para siempre. Era absolutamente feliz, había recibido el mejor regalo de Reyes que podía imaginar. Mi vida estaba completa.

11. DE BODA

No fue un equipo de futbol, pero sí que llegaron tres pequeños más a nuestras vidas. Pero me estoy adelantando.

Las navidades pasaron, tras unos cuantos dimes y diretes sobre lo que me subía al piso y lo que Julián bajaba, puesto que habíamos decidido que mi piso fuera el lugar de trabajo. En lugar de tener su despacho en casa para continuar con el trabajo que se traía de la oficina, habíamos habilitado una habitación en mi piso, y otra para que yo trabajara, teniendo a mano el ordenador y mis novelas y cuentos. Con la llegada de los siguientes niños se vio que la decisión de mantener los dos pisos en lugar de desprendernos del mío, había sido acertada. Dos pisos significaban el doble de armarios, las mujeres me entenderéis.

Ese día de Reyes no hablé con Julián de lo que me había contado Lino, preferí esperar al día siguiente, que ese año era sábado. Vega estaba entretenida con su tren de juguete, regalo de mi hermano, en el que había montado a sus muñecas más pequeñas y una *Nancy* hacía las veces de jefe de estación.

—Se lo está pasando en grande —afirmó Julián sentándose a mi lado, agotado después de haber estado corriendo más de una hora por el parque detrás de Vega y su bicicleta.

—Con mis sobrinos se lo pasó bien ayer, pero sola se aburre —dije queriendo aparentar indiferencia en mi nada ocasional comentario.

—No tanto, los dos jugamos mucho con ella. Por no hablar de Fátima, cuando se juntan no sé quién es más niña.

—Ya, pero con niños de su edad estaría más distraída.

—El lunes ya vuelve al colegio, allí jugará hasta cansarse.

Mi chico estaba algo espesito ese día, lo sé. Suspirando, hice una nueva intentona.

—En el colegio está por la mañana; aquí en casa, otro niño u otra niña... — remarqué arqueando la ceja, y por fin la chispa prendió en el cerebro de Julián quien, sonriendo, me preguntó:

—¿Qué estas intentando decirme? ¿No estarás...?

—Lo estoy —respondí sonriendo.

—¿Estás segura? —insistió cogiéndome las manos—. ¿No te habrás hecho un test como el que se hizo Fátima y luego nada?

—¡Ja, ja! No —repliqué divertida. Cuando el susto pasó le conté a Julián cual había sido el motivo de preocupación de Fátima esos días y el porqué de la repentina decisión de casarse de mi amiga—. Alguien de confianza me lo ha dicho, en realidad lo supo antes que yo.

—¿Cómo va a ser eso posible? —inquirió suspicaz.

—Un viejo amigo...

Lo dicho, Vega había dejado agotado a Julián, que no pillaba ni una.

—Ha sido Lino —dije al fin viendo que nos iba a dar la hora de cenar y mi chico no caía en la cuenta.

—¿Cómo es posible? Él está o mejor dicho no está. Bueno, no está en la Tierra.

—¿Recuerdas que Vega nos dijo que el día de la actuación de fin de curso le había visto? Era verdad. No era feliz en el Olimpo —continué explicando mientras Julián abría los ojos como platos; había que reconocer que la conversación era un pelín surrealista —, e hizo un trato con Zeus, bueno, fue Hércules el que lo hizo con Zeus. La verdad es que la madre de Lino no se portó muy bien cuando el volvió y....

—¡Maca! —exclamó desesperado—. Céntrate, ¿por qué ha sabido Lino desde el Olimpo que estás embarazada antes que yo?

—El caso es que ya no está en el Olimpo, ahora está en la Tierra otra vez, pero no en forma corpórea —tenía que reconocer que hablaba con una seguridad que me dejaba asombrada a mí misma, no entendía la mitad de las cosas que me había explicado Lino y ahora era yo la que el transmitía todo a Julián—. Es algo así como el ángel de la guarda de Vega y también lo será de nuestros hijos futuros, empezando por el bebé que llevo dentro.

—Dice Lino que no te asustes, papá —añadió Vega acercándose a nosotros—, que él cuidara de mí y mis hermanitos. Y también dice que tu ángel de la guarda le ha dicho que revise el coche, que hace un ruido raro.

Ahora sí que mi chico alucinaba, por un lado, estaba feliz por el bebé pero, por el otro, era demasiada información para Julián en tan poco tiempo. Sabía que necesitaría un tiempo para asimilarla. No era sencillo aceptar que estábamos rodeados de otros seres a los que no veíamos y que cuidaban de nosotros. Su mente racional de arquitecto, que buscaba la precisión y la exactitud en cada momento, le decía que lo que yo le contaba no podía ser cierto. No obstante, en frente tenía a Vega que jugaba con Lino sin que él pudiera verle. No, no era fácil de creer.

Con el fin de las Navidades comenzaron los preparativos para la boda de Fátima. Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Siempre habíamos estado juntas, para lo bueno y para lo malo, así que cómo no lo íbamos a estar para casarnos. Julián, que para algunas cosas era tan tradicional como mis padres, no tardó ni dos días en pedirme matrimonio. Con la complicidad de Vega y de Lino que, a través de la pequeña le fue dando consejos, preparó una pedida de mano que no dejó atrás a la de Fátima. Con el pretexto de visitar una exposición en la Casa Lis una tarde que Vega se quedaba con sus abuelos paternos, terminamos sentados en los cómodos sillones de la cafetería del museo, con la luz multicolor de sus preciosas vidrieras reflejada en la pared. De fondo comenzó a sonar Annie's Song cantada por Glennis Grace, una maravilla de canción que

me gustaba poner a todas horas. Nos habíamos quedado solos, más tarde descubrí que mi chico se había encargado de que así fuera.

—Cariño —comenzó a decir cogiéndome la mano—. Eres la luz de mi vida y la de Vega, ahora esperas un pequeño. Quiero que nazca en un hogar con amor y alegría. Que sienta que nuestras familias y amigos le arropan.

¡Qué blandita me estaba poniendo! Las hormonas generadas durante el embarazado tenían ya de por sí mi estado anímico alterado; unido a lo monísimo que estaba Julián y las dulces palabras que me estaba diciendo, hacían que cada vez fuera más difícil contener las lágrimas.

—Maca, ¿quieres casarte conmigo? —me preguntó abriendo un estuche de terciopelo rojo con un precioso anillo de oro blanco y diamantes.

—Sí, quiero —respondí dejando que me pusiera el anillo en el dedo—. Sabes que el bebé tendría todo lo que has dicho, aunque no estuviéramos casados, ¿verdad?

—Lo sé, pero es importante para mí.

Cómo me iba a negar. Julián y Vega me habían dado su afecto a manos llenas desde aquel bendito día que nos quedamos encerrados en el ascensor y había sido recíproco. Amor a primera vista a tres bandas. Detrás de mí empezaron a oírse unos aplausos, eran Vega con sus abuelos y Fátima con Carlos, que, sin ningún pudor, habían presenciado la pedida de mano. Algo más apartados, el personal del Museo también aplaudía divertido. Les habíamos amenizado la tarde.

De modo que un luminoso pero frío catorce de febrero entrábamos las dos, una junto a la otra, como siempre, por la puerta de la iglesia de San Juan de Sahagún. Vega y mis sobrinos, vestidos de pajes y damiselas iban muy seriecitos por el pasillo central. Tenían unos pequeños asientos designados junto al banco de mi familia y, en más o menos armonía y silencio, aguantaron la ceremonia; mis sobrinos no podían verle, pero Vega sí, y Lino se encargó de que estuviera tranquila. Decidimos que las dos entraríamos colgadas cada una de un brazo de mi padre, y nuestros futuros maridos aguardarían en el altar. El

embarazo se notaba muy poco y puede embutirme en el vestido que me gustaba, eso sí, después de comer tal vez tuviera que aflojar algún corchete. El banquete, como no podía ser menos, también quisimos hacerlo juntas. De modo que tuvimos que desplazarnos a las afueras porque había que juntar invitados de cuatro familias, más los amigos que, aunque muchos eran comunes, hizo que nos juntáramos casi trescientas personas. A lo que nuestros chicos no accedieron fue a irnos de luna de miel las dos parejas juntas.

—Maca, quiero que estemos solos unos días. Más adelante iremos las dos parejas juntas donde queráis. Con y sin niños. Pero estos días son solo para nosotros.

Julián tenía razón, si no eran nuestros amigos era Vega, teníamos pocos momentos de estar solos. De modo que le di la razón y, con la pertinente autorización médica, nos fuimos a conocer Londres y Escocia, tierra de los Highlanders de mis novelas favoritas. Fátima y Carlos prefirieron sol y playa, y se fueron al Caribe. Salíamos de perdernos toda una tarde por las salas del Museo de Historia de Londres cuando vi que tenía tres llamadas perdidas de mi editor. Para mi sorpresa, había presentado el manuscrito a un prestigioso premio literario de novela y era una de las finalistas. A finales de marzo, unos días antes de Semana Santa, se entregaban los galardones y debía estar en la ceremonia.

—Cariño, enhorabuena, es genial —me felicitó Julián después de cortar la llamada. No había perdido ojo de mis reacciones y se había enterado de todo, según hablaba había visto cómo su rostro se llenaba de amor y de orgullo.

—Sí, ya, es fantástico —repliqué no muy convencida.

—¿Qué ocurre? —me preguntó abrazándome preocupado.

—A finales de marzo estaré de cuatro meses, no hay vestidos de pre-mamá sexis.

—Tú no necesitas un vestido para estar sexi. Eres la mujer más bonita sobre la tierra y, según Lino, del Olimpo.

¿No era dulce y maravilloso mi marido? Lo era, además de atento, cariñoso,

detallista y buen padre. Para alegrarme, terminamos comprando un vestido en una boutique muy *cuqui* que encontramos en una calle de Londres, era algo suelto. Mi madre cosía muy bien, y no sería la primera vez que me arreglaba un vestido. Seguro que era capaz de hacer que me quedara un guante para la gala.

La noche de la entrega de premios, hacía frío. La primavera no se había enterado de que por calendario ya tenía que estar aquí, y el invierno todavía campaba a sus anchas. Fátima me dejó un abrigo largo de satén muy bonito, que iba muy bien con el verde de mi vestido. Estaba muy nerviosa, mi bebé lo sabía y no dejaba de moverse. Nos habíamos negado a saber si era niño o niña. Estábamos impacientes y emocionados a partes iguales. Julián estaba pendiente de mí, satisfaciendo hasta el más mínimo capricho, como la noche que se me antojó helado de dulce de leche a las tres de la madrugada y tuvo que ir a comprarlo a un supermercado 24Horas. Detrás de sus atenciones podía reconocer que había más que un deseo por complacerme, estaba asustado por el momento del parto. La madre de Vega había muerto por una complicación en el mismo, de poco le valían las palabras de mi doctora asegurándole que todo estaba bien y no había nada que temer. Hasta que no pasara ese momento no se quedaría tranquilo.

—Estás preciosa, voy a tener que espantar a todos los moscones que se van a acercar a mi sexi y embarazada esposa.

—Con esta barriga...

—Una barriguita preciosa —sonrió Julián dándome un beso. Él sí que estaba guapo con su traje de gala.

Me despedí de mi amiga que había venido a ayudarme a peinarme y se quedaba de niñera de Fátima, haciéndose compañía mutuamente, ya que Carlos estaba de guardia. La niña había sacado todas sus muñecas para jugar con

ellas.

Los premios se entregaban en el transcurso de una cena, a los postres. No podía comer nada, los nervios atenazaban mi estomago, era bastante con que las nauseas del embarazo no me fastidiaran. La encargada de leer el nombre del premiado era la ganadora del año anterior, una escritora a la que admiraba y de la que tenía todos sus libros. Me contuve para no parecer una histérica fan y no asaltarla pidiéndole un *selfie* y un autógrafo. En mi caso, no era lo suficientemente conocida como para que se acercara nadie a pedirme nada salvo la hora. Entonces lo escuché, alto y claro. Había dicho mi nombre.

—¡He ganado! ¡He ganado! —grité jubilosa besando a Julián y saliendo corriendo al escenario.

Desde allí podía ver a todo el auditorio de pie aplaudiéndome, las lágrimas de felicidad resbalaban por mis mejillas. Lino estaba en una esquina, invisible para todos menos para mí. Hinchaba su pecho orgulloso por mí y en parte por él; su ayuda, su inspiración en aquellas largas horas de té verde con jazmín había sido decisiva. Era el triunfo de los dos, el premio era tan suyo como mío.

Los siguientes meses fueron una locura, entrevistas en radio, televisión, prensa escrita y digital, firmas de libros en librerías y ferias. Faltaba un mes para dar a luz, tuve que aceptar a mi pesar el consejo de Julián de reposar esas últimas semanas. La doctora también insistió que el trajín de los últimos días podía ser perjudicial y debía bajar el ritmo. Mi madre se vendría a vivir con nosotros los días previos a que saliera de cuentas. De modo que aquella tarde lluviosa de verano estaba dormitando en el sofá. Fátima se había llevado a Vega a la piscina y Julián estaba en mi antiguo piso terminando los planos de un centro comercial. Al principio pensé que era un aire que se había ido por mal camino, pero cuando una punzada de dolor me partió en dos y vi a Lino arrodillado junto a mí, supe que había llegado la hora.

—Maca, es la hora. Llama a Julián —me dijo señalando el teléfono.

Lino nos acompañó al hospital, estaba junto a Julián cuyos atractivos ojos

azules fueron lo último que vi antes de desmayarme en el paritorio, sintiendo cómo me cogía la mano, con su cara blanca y congestionada por el miedo.

Epilogo feliz

¿Por dónde iba? Ya recuerdo, no fue un equipo de futbol, solo fueron tres pequeños. El primero fue un niño al que pusimos Lino, al resto de la gente le dijimos que era un antepasado de Julián, solo Fátima y nosotros sabíamos la verdad. Después llegaron los gemelos Raúl y María con los que decidimos que ya teníamos bastante de qué ocuparnos. Lino nos ayudaba, mientras estaba embarazada de alguno de los niños yo también podía verle y disfrutar de su compañía, cariño y cuidados. En el mismo momento de dar a luz desaparecía de mi vista, pero no de nuestras vidas. Julián y yo ya nos habíamos acostumbrado a ver a alguno de nuestros hijos hablando a una silla vacía o carcajeándose cuando unas manos invisibles le volteaban por los aires.

—Como eche la papilla se la das tú —reprendía Julián a un invisible Lino que levantaba por los aires a Raúl, en tanto María esperaba su turno, y Vega y el pequeño Lino reían con alborozo.

Según me había contado Lino, al cumplir los diez años los niños dejarían de verlo, pero él seguiría estando allí, junto con nuestros respectivos ángeles de la guarda a los que había seleccionado él mismo. Cuando Vega se cayó por las escaleras del portal y se hizo una pequeña brecha que necesitó un par de puntos, hasta Zeus tuvo que intervenir para que Lino no acabara con el ángel guardián que en esos momentos la custodiaba. No llegué a ver a Zeus, pero Vega sí le vio.

—Es enorme, mamá —había empezado a llamarme mamá poco antes de

nacer Lino y yo me deshacía cada vez que lo hacía—. Desprende luz y tiene cara de malas pulgas.

—No me digas —comenté inhalando el aroma del té con jazmín que inundaba mis fosas nasales aguantando la risa.

—El tío Lino estaba muy enfadado. Ahora tengo un nuevo ángel. Se llama Hércules.

—¿Hércules has dicho?

—Sí —respondió pizpireta.

—Y la del hermanito es una chica.

—¿Cómo se llama?

—Atenea, es muy simpática. Me ha dicho que me va a enseñar a usar el arco y las flechas.

Desde luego, Lino sabía hacer las cosas. Con Hércules y Atenea vigilando a mis hijos estaba segura de que ellos y nosotros estábamos a salvo. Era feliz. Mi vida era un pequeño circo con niños que volaban y extraños seres invisibles a nuestro alrededor, pero no la cambiaría por otra.

Final feliz

12. NAVIDADES

A mi editor le encantó la novela y, sumergida en las correcciones, los diseños de la cubierta y las galeradas, las semanas fueron pasando a la vez que mi relación con Julián se asentaba. Lino seguía presente en mi corazón y en mi casa, su ropa había quedado guardada en el armario. Me resistía a donarla o tirarla, era como si al desprenderme de ella perdiera lo único que me quedara de mi muso, pero no era cierto. Su recuerdo, su esencia, su presencia siempre quedarían en mi memoria y en la de los que habíamos conocido.

—¿Guisante? —pregunté abriendo los ojos.

—Sí —respondió risueña Vega sentada en una silla, balanceando las piernas.

Julián me había llamado asustado al mediodía pidiéndome que subiera a su casa. Tenía un problema serio con Vega y necesitaba mi ayuda. Temiéndome que le hubiera pasado algo a la niña, subí por las escaleras sin esperar al ascensor. Mi chico, aún no me acostumbraba a llamarle así, mi chico, mi novio, mi mejor amigo, Fátima decía que ponía cara de tonta enamorada cada vez que lo nombraba. No había visto la suya cuando hablaba de cierto enfermero. No lo quería reconocer, pero por mucha relación que tuviera con Carlos, estaba colada por su compañero de trabajo.

Como decía, mi chico me había abierto la puerta descompuesto y blanco.

—¿Qué ha pasado?

—Vega te lo cuenta.

Y allí estábamos los dos mirando a la niña, alucinando con lo que nos contaba. Llegaba la Navidad y con ella la consabida fiesta del colegio. En los tiempos actuales en que todo tenía que ser «políticamente correcto» y no podía haber alusiones a la religión católica porque alguien se podía molestar, ya no había pastorcillos ni pesebre en las representaciones escolares navideñas. El profesorado, en su afán de que todos los niños participaran y ser originales había acordado que los alumnos de infantil fueran disfrazados de verduras y frutas y a la morenita Vega le habían asignado el papel de guisante.

—¿Y qué tiene que ver un guisante con la Navidad? —le pregunté a Julián.

—Ni idea. ¿Alguna sugerencia de cómo hacemos el disfraz?

—¿No les han dado ninguna indicación?

—Al parecer no, cada niño se las debe ingeniar por su cuenta. Cada uno tiene un disfraz diferente así que han dado libertad.

—Vamos, que ellos tampoco sabían cómo hacerlo, y que nos rompamos la cabeza los padres. —Me di cuenta de que me había incluido en la frase como progenitora de Vega, los colores subieron a mi cara, Vega no se dio cuenta, pero su padre sí que me miró sonriendo y feliz. Suspiré y reconocí para mí misma que, aunque Vega no era mi hija, hacía tiempo que empezaba a sentirla como tal. Un par de veces que Julián no había podido ir a recogerla a casa de sus padres, demorado por un proyecto que tenía que presentar con urgencia, me la había llevado de compras y a merendar. Por no hablar de que había visto tantas veces Frozen con ella que me sabía las canciones de memoria y las canturreábamos juntas—. Se lo comentaré a Fátima, ella se ha disfrazado muchas veces en carnavales y seguro que se le ocurre algo.

Fueron unos días de locura, probamos con distintos materiales hasta encontrar uno que nos permitiera obtener la forma redondeada que necesitábamos, que tuviera cuerpo, pero que no dificultara los movimientos de Vega. Con un material entre gomaespuma y *gomaeva* lo conseguimos hacer. Durante esas horas que pasé con Fátima haciendo el disfraz, me di cuenta de

que mi amiga estaba algo cabizbaja, quise darle espacio y que ella misma me contara lo que le pasaba. Si no me decía nada ya le preguntaría, pero decidí esperar un tiempo.

El día de la actuación, Julián empezó sus vacaciones, eran las primeras que pasaríamos como pareja o como familia, según se viera, y había decidido no trabajar desde el día veintidós de diciembre hasta después de Reyes Magos. La lotería no nos había tocado, pero nos sentíamos igual de felices sentados junto a Fátima y los abuelos de Vega. Era el momento de la actuación de la clase de la pequeña y empezaron a salir los niños en fila más o menos ordenada, y los padres a sacar cámaras de fotos y teléfonos para grabarles. En el silencio expectante que aguardaba a la actuación se pudo escuchar con claridad:

—¡Papi!

Había sido Vega que, rompiendo la disciplina del grupo, se había aproximado al borde del escenario y había agitado los bracitos feliz y contenta de vernos entre el público. Entre las risas del resto de asistentes y el enfado de la profesora, había regresado a su lugar junto a sus compañeros. Julián sonreía orgulloso sin poder contener la risa.

La actuación fue brillante, y mi particular guisantito lo bordó. Valeeee, no es que fuera muy objetiva, pero estaba para comérsela. Al terminar, tuvimos que ver el resto de las actuaciones que nos interesaban poco o nada y, cuando por fin terminó la función, nos fuimos a comer a un restaurante cercano. Fátima también vino, era parte de nuestra incipiente familia en su papel de tía. Nos íbamos a ir al pueblo con mis padres, así que pasarían unos días hasta que volviéramos a vernos, de modo que la comida era una forma de felicitarnos las navidades antes de despedirnos.

Cine, pista de hielo, meriendas, compras, paseos, un sinfín de actividades se

fueron sucediendo día tras día durante aquellos en que parecía que todo el mundo se ablandaba un poquito, dejando fluir la bondad y los buenos deseos por las calles decoradas con brillantes guirnaldas de colores. Dentro de las tiendas y fuera de ellas los villancicos y las canciones navideñas no lograban superponerse a la algarabía de la gente que iba de un sitio a otro en busca de regalo más original y deseado.

Como una familia bien avenida, nos turnamos para pasar las fiestas. En Nochebuena nos reunimos con mis padres y hermanos en el pueblo. Vega lo pasó en grande corriendo por el campo con mis sobrinos y descubriendo un mundo muy distinto al de la ciudad. Por aquello del qué dirán, ella y su padre se quedaron a dormir en casa de mi abuela, que estaba vacía pero mis padres conservaban con el fin de que cuando nos reuníamos como en aquella ocasión, todos tuviéramos donde dormir. Esas navidades la familia de mi hermana mayor y mis dos invitados fueron sus huéspedes. El día veintiséis llegaría Fátima a pasar un par de días con nosotros, y todos juntos regresaríamos a la ciudad la víspera de fin de año.

—Ha nevado un poco —anuncié en el desayuno—. No es mucha, pero podremos hacer un muñeco de nieve. ¿Qué os parece, niños?

Sentados a la gran mesa del desayuno, con mi padre al frente y mi madre zascandileando por los fogones, nos apretujábamos todos la mañana del día de Navidad. Vega era una más en la pandilla formada por los dos niños de seis y cuatro años de mi hermana mayor y la niña de nueve de mi hermano menor. En mi papel de tía perfecta, era una más a la hora de hacer gamberradas y jugar por el campo con ellos. Mis varios moratones lo probaban. Además, teniendo en cuenta mis nulas habilidades culinarias, mejor dejaba que Julián se ocupara de ayudar a mi madre. En ese instante me miraba conteniendo la risa por encima de la taza de su desayuno. Me di cuenta de que no era el único, mi madre sonreía mirando a Vega y mi hermana se mordía los carrillos para no reírse.

—¿Se puede saber qué os pasa? —les pregunté mosqueada.

—¿Estaban de rebajas? —preguntó mi hermano al fin.

—No os entiendo.

Mi cuñada me hizo una señal con la cabeza indicándome que mirara mi pijama y mirara a Vega. No me había parado a pensarlo. Las dos llevábamos el mismo modelo. Rosa, con nubes blancas y azules, y el pelo recogido en una coleta alta. Salvo los ojitos azules, réplica exacta de los de su padre, podíamos pasar por madre e hija. Mi chico, que era listo como el hambre, y empezaba a conocerme, se dio cuenta de lo que pensaba y, sin contarse un pelo, me plantó un pico delante de mi familia. Mi padre agitó la cabeza, pero sabía que estaba contento. Julián y él se llevaban de maravilla, hacían planes para construir una casa en un árbol para que los niños tuvieran su propio escondite, tal como habíamos tenido nosotros de pequeños. Sería en primavera, cuando el tiempo mejorara un poco y así tenerla lista para el verano.

El muñeco de nieve quedó terminado justo a tiempo de la comida de Navidad, para la que además de la de por sí gran familia que éramos, se unieron mis tíos y mis primos. Prueba de ello fue que cuando quisimos recoger todo eran casi las once de la noche y, cansados, nos fuimos a dormir. No sé los demás, pero en mi caso fue poner la cabeza y dormirme. No desperté hasta que mi madre me avisó de que Fátima acababa de llegar.

—Son las nueve, Fátima, ¿a qué hora has salido de Salamanca? Por lo menos a las ocho.

—A las ocho menos cuarto —me respondió alterada.

Si la observaba con atención, la veía algo apagada, sin duda más delgada, las ojeras se marcaban en sus ojos. Algo le pasaba y ya era hora de que habláramos.

—Fátima, vamos a coger algo para desayunar y nos vamos a mi habitación a hablar. Sí o sí tienes algo que contarme.

No rechistó y me siguió obediente a la cocina donde dos tazas de humeante café hecho nos esperaban junto con un delicioso bizcocho que mi tía había

traído el día anterior. Después de saludar a mi familia, nos cogimos nuestras tazas y nos atrincheramos a prueba de oídos indiscretos en mi cuarto. Tapadas con el edredón, sentadas en la cama, veía cómo Fátima se calentaba las manos con la taza y eludía hablar de lo que le preocupaba, comentado lo integrados que se veía a Julián y Vega con mi familia.

—Lo están, Vega es el juguete de todos y Julián se los ha ganado también. Pero de ellos ya hablaremos luego, ahora cuéntame qué ocurre que me tienes en vilo.

—Estoy un poquito embarazada.

—¿Un poquito? ¿Cómo vas a estar un poquito embarazada? O lo estás o no lo estás. —No sabía si me sorprendía más que estuviera embarazada o sus dudas al respecto.

—Me he hecho un test de embarazo, bueno, un par de ellos. Y salen las dichosas rayitas rosas, pero no lo sabré con seguridad hasta el veintiocho que voy a la ginecóloga. Con las fiestas, no me ha podido dar hora antes.

—¿Carlos lo sabe? Es muy niño, solo hay que verle con Vega.

—Ya, bueno...

Mi amiga bajó la mirada eludiendo mis ojos y entonces lo supe.

—¡No sabes si es de él!

—Ay, Maca, es que en la fiesta de Navidad, a primeros de diciembre, el enfermero que me gustaba y yo...

—No necesito detalles, sé cómo se hacen los bebés —repliqué enfadada—. ¿Cómo has podido hacerle algo así a Carlos? Si eres tan inconsciente como para liarle con el primer par de pantalones que se te pone delante, sé cabal y usa protección. No solo para evitar embarazos sino por evitar enfermedades de transmisión sexual. Fátima, no...

Mi amiga había empezado a llorar, se habían abierto las compuertas, suspiré e hice lo que mi corazón me decía. Abrazarla y acunarla, asegurándole que todo se arreglaría. Lo primero era la visita a la ginecóloga y después llegaría el momento de tomar decisiones. Cuando logró serenarse, salimos al encuentro

de mi familia que, aunque no decían nada, la miraban preocupados. Mi madre la acogió en sus amorosos brazos y le dio un achuchón de esos que te reconfortan el alma y te borran las preocupaciones. Un «Tíaaaaaaaaaaaaaa Fátimaaaaaaaaaaaaa» nos hizo olvidar las penas. Vega estaba contenta de ver a la loca de mi amiga. Fueron dos días de gatear por el monte, asar castañas, y opíparas comidas. El veintiocho madrugamos y, con Vega envuelta en una manta, aún dormida, emprendimos el regreso a Salamanca.

Dejamos a la niña y a Julián en casa al cargo de mi equipaje y nos fuimos al hospital. Solo les dijimos que Fátima tenía una revisión rutinaria y había decidido acompañarla. Nada más entrar en el hospital nos topamos con el enfermero candidato a padre que le dedicó a mi amiga una sonrisa seductora y una mirada demasiado afectuosa a mi entender. Por una vez, Fátima no coqueteó y siguió muy digna cogiéndome del brazo hasta la consulta de la doctora.

—La ecografía nos sacará de dudas —anunció la doctora mientras le sostenía la mano a Fátima que, con los nervios, me estaba machacando los dedos.

—¿Estoy...?

—Estás. De unas siete semanas.

El mundo se abrió a nuestros pies y nos tragó. Al escuchar la noticia, Fátima empezó a llorar, la doctora lo achacó a la emoción del momento. Era incapaz de articular palabra, de modo que tuve que ser yo la que le preguntara a la doctora.

—En caso de que...bueno, es un suponer...si no está muy segura de quién es el padre se podría...

No debía de ser la primera vez que la doctora se enfrentaba a algo así, lo primero que hizo fue darle un par de consejos sobre la toma de precauciones para evitar embarazos y enfermedades de transmisión sexual. Viendo que la doctora se motivaba con el tema, mi amiga que, poco a poco recuperaba su ser, le dijo:

—Está muy bien la reprimenda, no me dice nada que mi amiga Maca no me haya dicho varias veces y que yo misma le hubiera dicho a cualquier otra mujer, pero como que ya es un poco tarde para previsiones. ¿No le parece?

Sí, mi amiga había vuelto a su ser.

—Se puede hacer una prueba de paternidad cuando nazca el bebé, o extraer una muestra de ADN del feto cuando en unas semanas hagamos la amniocentesis, antes sería un procedimiento arriesgado y no lo recomiendo. O si se plantea el aborto...

—El bebé no tiene la culpa. Esperaremos.

Salimos de la consulta cogidas del brazo. A través del abrigo podía notar cómo Fátima temblaba, y no solo de frío.

—Tranquila. Estaré a tu lado, sea cual sea la decisión que tomes —le aseguré apretándole el brazo.

—Lo sé, Maca. Vas a ser una tía estupenda.

—Se lo tienes que decir a Carlos y al enfermero. Deben saberlo.

—Hay un problema, Maca.

—¿Cuál?

—Una noche de guardia, estaba todo tranquilo, el hermano de una paciente estaba aburrido también y una cosa llevó a la otra.

—¿Tres posibles padres? Fátima, lo tuyo no tiene remedio.

—Sí lo tiene. Voy a ser una buena madre, y sea cual sea el padre no le voy a obligar a nada. Ni siquiera si es Carlos, no se lo merece.

—No, Fátima, no se lo merece. Te lo dije varias veces, que tenías que tener cuidado y ser más responsable.

—Hablaré con él esta noche. Lo haré bien, Maca, por el bebé y por mí.

—Lláname si me necesitas.

—Lo haré.

Nos despedimos junto al coche. Fátima tenía que trabajar y yo debía hacer unas compras. En principio ellos dos iban a pasar el fin de año esquiando, pero dudaba que lo hicieran ya. Yo lo iba a pasar con Julián y los suyos y, tal y

como estaban las cosas, me daba que Fátima tal vez se uniera a nosotros.

Durante dos días no supe nada de Fátima salvo algún escueto mensaje diciéndome que todo iba bien. La tarde del treinta quedé con ella para buscar unos zapatos que hicieran juego con el vestido que me había comprado para la Nochevieja. Después de una hora de entrar y salir de tiendas, hicimos un descanso para reponer fuerzas en nuestra cafetería favorita, y ante un té verde y una madalena de arándanos, conseguí que Fátima me contara cómo habían ido las tres conversaciones que tenía pendientes.

—Con el hermano de la paciente no ha ido demasiado bien. Busqué su número en administración, le llamé y al decirle quién era me colgó, creo que está casado. Fue un desahogo de un momento.

—Que en nueve meses se pondrá a llorar.

—No seas negativa, Maca.

—Vale, no lo seré, sigue —le dije prometiéndome que, oyera lo que oyera, no diría nada negativo, o al menos no demasiado.

—Con el enfermero coincidí ayer, está dispuesto a hacerse la prueba de paternidad, pero aunque sea suyo no quiere saber nada del bebé, y yo no quiero saber nada de él si no quiere al bebé. Y antes de que me digas nada, que te veo venir, en ese caso aceptaría el ofrecimiento que me hizo aquel matrimonio de doctores que se marchó del hospital y pusieron su propia clínica. Seguramente, lo acepte de todas formas. Esa clínica cierra de noche y los fines de semana, con el bebé será mejor un trabajo convencional de lunes a viernes.

—Es buena idea, y ya sabes que estaré encantada de hacer de canguro siempre que lo necesites. Ese bebé es mi sobrino ya.

—Lo sé, Maca —aseguró Fátima mirándome con cariño. Éramos amigas-hermanas, juntas siempre, para lo bueno y lo malo.

—¿Y Carlos?

—Fue difícil, no lo voy a negar. Me dijo que sabía lo mío con el enfermero, que nos oyó hablar una vez por teléfono. Seguía manteniendo la farsa de una

relación abierta, pero al descubrirlo le dolió y supo que no quería seguir teniendo ese tipo de relación. El embarazo lo ha precipitado todo hacia el final. Se ha ido a vivir a casa de su hermano, de momento vamos a darnos un tiempo. Lo he perdido, Maca. Ahora entiendo lo que tantas veces me dijiste, es un buen tío y lo he fastidiado.

—¿Y el bebé?

—Se hará las pruebas, si es suyo asumiremos una custodia compartida. Tiene tan buen corazón que me ha asegurado que, aunque no sea suyo, estará para el bebé si lo necesito. No me lo merezco.

—No, Fátima, desde luego. Ahora no debéis tomar ninguna decisión, tenéis que dejar pasar tiempo, mucho tiempo. Tenéis que volver a conoceros, tú y él habéis cambiado, ya no sois los jóvenes alocados que os embarcasteis en una relación que tenía más de rollete que otra cosa. Ya no estás tú sola, un bebé depende de ti y tienes que pensar en lo mejor para los dos.

—Lo sé. Voy a pasar estos días con mis padres. Tengo que contarles lo del bebé y lo de Carlos.

—¿Te vas a Gijón?

—Sí, he pedido unos días libres, volveré para la cabalgata, le he prometido a Vega que iríamos juntas a verla.

—Está muy ilusionada —afirmé recordando la cara de felicidad y de emoción con la que Vega estaba viviendo las Navidades. Había que reconocer que esas fechas con pequeños se vivían de otra manera.

Vi partir a Fátima hacia su casa, después de todo el bebé iba a ser algo bueno que traería serenidad a su vida, algo que ya necesitaba la alocada de mi amiga.

La Nochevieja y el Año Nuevo lo celebramos con la familia de Julián que, igual que había hecho la mía con él, me había abierto los brazos. En su caso,

Vega era la única nieta, de modo que era el centro de atención en las reuniones. Sus hermanos eran menores que Julián y no estaban casados. A la cena vinieron también sus tíos y algún primo que sí tenía niños con los que Vega jugó hasta cansarse. Con sus pequeños ojos cerrándose por el ajetreo del día, escuchó adormilada las campanadas del reloj de la puerta del Sol en brazos de su padre. Esa noche, de un modo natural, cuando regresamos a nuestras casas decidí que la pasaría con él. No hubo un acuerdo ni fue necesario hablarlo, ellos eran ahora mi hogar y mi lugar estaba junto a ellos. Seguiría conservando mi piso como lugar de trabajo, pero ese mismo primer día del año empecé a llevar mis cosas al piso de arriba.

El día de año nuevo fuimos a comer a casa de la abuela de Julián que, a sus más de noventa años, le gustaba seguir reuniendo a toda la familia a su alrededor. Vivía con un tío soltero de Julián, pero el resto de hijos y sobrinos la visitaban a diario. De hecho, se había negado a que lleváramos comida, ella quería supervisar la elaboración de la comida de año nuevo. Menuda vitalidad tenía la buena mujer. Sin tapujos, Julián nos presentó como pareja y hablaba sin pudor de «nuestra casa» y de «nosotros».

He de reconocer que tenía miedo a la reacción de Vega, el cariño era mutuo y lo pasábamos bien juntos. Sin embargo, yo era alguien que iba a irrumpir en sus costumbres y que, a sus ojos, podía amenazar la relación entre ellos dos. Como siempre la chiquilla me sorprendió, cuando me vio aparecer con la maleta y las dos bolsas cargadas hasta los topes, me dijo:

—¿Te gusta el rosa?

—Sí —respondí titubeante sin saber muy bien a qué venía la pregunta.

—Te dejo mis toallas, las de papá son marrones, muy feas. El rosa es mejor.

Y, sin más, se puso detrás de la maleta a empujarla con sus manitas, canturreando feliz villancicos.

Apiñados en el balcón de Pilar, una amiga que tenía una oficina en la Avenida de Mirat, por donde pasaba la cabalgata, nos dispusimos a verla. La emoción era palpable, cada uno teníamos nuestro rey mago favorito. A Vega y a mí nos gustaba Melchor, Julián era más de Gaspar, y Fátima de Baltasar. Estábamos bien en el balcón, pero podía ver cómo Vega miraba a los niños de la calle con sus bolsas de plástico listas para recoger caramelos. Con ojos similares al gato con botas de Shrek miramos las dos a su padre, intentando en una súplica silenciosa conmooverle y que accediera a que bajáramos a la calle.

—¡Venga, vamos! —exclamó Fátima cogiendo a Vega de la mano y tirando de mi brazo.

—¿Dónde vais? —preguntó Julián.

Por toda respuesta tiré a mi vez de su brazo, y los cuatro terminamos en la calle, agitando los brazos y reclamando la atención de cada uno de nuestro rey favorito cuando veíamos que su séquito y el trono se acercaban. Vega estaba encaramada en los hombros de su padre, y Fátima y yo pasábamos más tiempo por el suelo peleándonos por caramelos que viendo las carrozas. Julián nos miraba alucinado, pero Vega nos vitoreaba feliz cada una de nuestras adquisiciones. Al final, el recuento fue más que favorable: dos bolsas llenas a rebosar. ¿Para quién era la segunda? Para la misma que estás pensado, para Fátima. Según ella el embarazo le había provocado antojos de caramelos. Después del frío pasado, nos resguardamos en una cafetería con un trozo de roscón delante acompañando una taza de té o de chocolate, según las preferencias. Esa noche Vega estaba demasiado emocionada para dormirse, pero después de que le dijera lo que me decían a mí se fue a la cama sin protestar.

—Si estás levantada y despierta cuando lleguen los Reyes Magos, no te dejarán regalos.

—Papi, me voy a la cama.

Y, sin más, corrió a su dormitorio metiéndose de un salto en su camita.

—Vega ¿te has lavado los dientes? —le preguntó Julián desde el quicio de la

puerta.

—Estoy dormida, no puedo hablar —respondió la niña.

Tuve que escabullirme al salón a reírme con ganas. Era lista y espabilada la *sabandijilla*. Estaba metida en su cama, que era lo que su padre quería, y no podía llevarla al baño.

—Tú no te rías, que eres peor que ella —me dijo Julián siguiéndome al salón—. Nunca había visto a dos adultas responsables peleándose con los niños por caramelos como habéis hecho Fátima y tú. Os podían haber dado un golpe en un ojo. Los lanzaban con ganas, en el balcón de tu amiga estábamos mejor.

—Pero ¿y la emoción, la aventura, la diversión?

—Ya te daré yo emoción cuando terminemos de envolver paquetes. Entre mi familia y la tuya vais a malcriarla, hay juguetes para un regimiento.

—No seas cascarrabias —le dije aproximándome, mimosa—. Vega crecerá y entonces añorarás las noches como las de hoy. El tiempo pasa y estos momentos quedan en el corazón para siempre.

—Qué poética te has puesto —afirmó besándome el cuello.

Si seguía por ese camino no terminaríamos de empaquetar los regalos con sus papeles de colores y sus lazos. Teníamos los juguetes escondidos en mi casa, había que bajar a por ellos y subirlos sin que nuestro guisantito se enterara.

—Um... ¿y si me das ahora un poco de esa emoción que dices y luego nos ponemos con los regalos?

—Luego, te lo prometo.

Dándome un último beso promesa de muchos más, cogió la llave de mi piso y se marchó a por los juguetes, tuvo que hacer dos viajes. Cuando quisimos terminar con los regalos, que bien mirado Julián tenía razón y nuestras respectivas familias se habían pasado, era bien entrada la madrugada y decidimos dejar las emociones para el día siguiente.

Para dar la noticia a nuestras familias de que ya vivíamos juntos decidimos organizar la comida de Reyes en la que ahora era nuestra casa. Aunque tal vez *decidir* no fuera la palabra más adecuada. Con mis escasas dotes culinarias me entraron los siete males al oír la idea de Julián, pero mirándome a los ojos y agarrándome por los hombros me dijo:

—Respira. Podemos hacerlo. Saldrá bien.

—De acuerdo —dije con un hilo de voz.

Por supuesto, Fátima estaba también invitada a la comida; es más, nos ayudó con la elaboración de los platos. Bueno, en realidad ayudó a Julián, yo me limité a hacer lo que me pedían porque, como Fátima no se cansaba de recordar, se me daba tan bien la cocina que había quemado el pescado cocido en el microondas.

—Pero, Maca ¿qué hiciste? —me preguntó riendo Julián.

—Dos veces, lo ha quemado dos veces —respondió Fátima ante mi vergüenza.

—A mí nadie me dijo que hubiera que poner agua —repliqué enfadada.

—Y tampoco te había dicho nadie que para freír pescado hay que rebozarlo primero. Como no se lo has visto hacer nunca a tu madre... —continuó Fátima con las carcajadas de coro de Julián.

La mañana de Reyes había empezado como es habitual en todas las casas en que hay niños.

—Maca, Maca —decía una vocecita en mi oído despertándome a las siete de la mañana.

—Vega, es muy pronto —dije somnolienta.

—Ven conmigo al salón. Me da miedo ir sola, a lo mejor no me dormí rápido anoche y no me han dejado nada —me explicó nerviosa haciéndome sentir culpable por lo que le había dicho.

Desperzándome, me levanté recordando mis años de infancia en que los

tres hermanos de la mano íbamos al salón temerosos de que algún Rey Mago rezagado continuara allí todavía. Sabía que Julián estaba despierto por sus caricias en mi espalda pero, conmovido por que Vega hubiera buscando mi apoyo aquella mañana, continuó haciéndose el dormido, aunque sabía que no tardaría en seguirnos. Juntas de la mano fuimos de puntillas al lugar donde el árbol estaba colocado. En un piso por encima del nuestro se oían las carreras por el pasillo para ir a descubrir que habían dejado los Reyes Magos esa noche. Por de pronto, en nuestra casa los platos de leche para los camellos y la botella de vino para los Reyes estaban vacíos. Un sinfín de paquetes de diversos tamaños llenaban el salón, en un santiamén los papeles estuvieron rotos y las cajas abiertas desvelando su contenido. Muñecas, cunitas, juegos, libros, una cocinita, una bicicleta con todos los protectores pertinentes y alguno más junto con algo de ropa se amontaban alrededor de Vega. Para Julián, que nos espiaba desde la puerta divertido, habían dejado un reloj y una *tablet*. De mí también se habían acordado: una pulsera y unos pendientes a juego eran mis regalos. Desde luego, los Reyes habían sido muy listos y sabían mis gustos. Como no los tenía cerca, decidí darle los besos de agradecimiento a Julián que los supo apreciar en su justa medida. Después de desayunar, Vega, su padre y Fátima se enfrascaron con los últimos detalles para la comida y recogieron papeles y demás envoltorios. Por mi parte, decidí bajar a mi casa a buscar un par de cosas que quería llevarme a mi nuevo hogar.

El trasiego de cajas continuaría aún varios días, aunque en realidad nunca terminaría del todo. La ropa que no utilizábamos según la temporada y la que se quedaba pequeña para Vega acababa en mi piso junto con los juguetes con los que ya no jugaba, esperando que Fátima los necesitara para su bebé.

Poco a poco y sin sentir, las en apariencia largas vacaciones navideñas llegaron a su fin.

13. UNA NOVELA

Al final de su segundo trimestre de embarazo, Fátima pudo hacerse por fin las pruebas de paternidad. Nada sabía del tercer candidato, por lo que en una cuestión de pura lógica si el niño, que es lo que esperaba mi amiga, no era hijo ni de Carlos ni del enfermero, sería el resultado del calentón de un momento fugaz. Sentadas en las duras sillas de espera de plástico esperábamos que la doctora nos dijera que podíamos pasar a su despacho para darnos el resultado.

—Fátima, puedes pasar.

Le hice una señal de ánimo a mi amiga, al bebé no le iba a faltar ni cariño ni amor. Pasara lo que pasara en los próximos minutos, eso era algo de lo que las dos estábamos seguras. Con manos temblorosas, Fátima cogió el informe que le tendía la doctora, al leerlo un suspiro de alivio salió de sus labios.

—Carlos —dijo mirándome. Al final la inconsciente de mi amiga había tenido suerte, y la protección no había fallado en sus escauceos.

Al salir de la consulta, el futuro padre estaba esperándonos en la puerta. Me alejé para dejarles algo de intimidad. Fátima me contó después la conversación que habían mantenido.

—¿Y? —preguntó Carlos.

—Es tuyo —Una sonrisa iluminó su rostro haciéndola sentir una vez más culpable de todo lo que había sucedido y lamentarse por lo que podían haber tenido y habían perdido.

—Quiero estar en su vida, Fátima, es mi hijo.

—Lo sé —afirmó Fátima asintiendo con la cabeza—. La semana que viene tengo una ecografía, ven conmigo y luego podemos ir juntos a comprar cosas para el bebé. Necesitará una cuna.

—Dos, en realidad, custodia compartida. En mi casa tendrá su cuarto también.

—Espero que nos hagan descuento —dijo Fátima haciendo que los dos rompieran a reír.

Esa tarde mi amiga me acompañó a buscar un vestido de gala que necesitaba para esa misma semana. Mi editor había decidido presentar mi novela a un premio del grupo editorial al que pertenecía la editorial que publicaba mis libros y era finalista. No creía que fuera a ganar, pero el ser finalista ya era un buen empuje para mi novela, y atraería la atención de la prensa. La otra finalista era una periodista con un programa de radio con mucha audiencia y estaba segura de que se llevaría el galardón. Tras muchos titubeos encontré un vestido precioso y no demasiado caro, que mi economía era ajustada.

La noche de la entrega de premios, hacía frío. La primavera no se había enterado de que por calendario ya tenía que estar aquí, y el invierno todavía campaba a sus anchas. Fátima me dejó un abrigo largo de satén muy bonito, que iba muy bien con el verde de mi vestido. Estaba muy nerviosa.

—Estás preciosa, voy a tener que espantar a todos los moscones que se van a acercar a mi sexi chica.

—Zalamero...

—Solo digo la verdad —sonrió Julián dándome un beso. Él sí que estaba guapo con su traje de gala.

Me despedí de mi amiga que había venido a ayudarme a peinar y se quedaba de niñera de Fátima, haciéndose compañía. La niña había sacado todas sus muñecas para jugar con ellas.

Los premios se entregaban en el transcurso de una cena, a los postres. No podía comer nada, los nervios atenazaban mi estomago. El encargado de leer el nombre del premiado era el ganador del año anterior, un escritor al que

admiraba y del que tenía todos sus libros. Me contuve para no parecer una histérica fan y no asaltarle pidiéndole un *selfie* y un autógrafo. En mi caso, no era lo suficientemente conocida como para que se acercara nadie a pedirme nada salvo la hora. Entonces lo escuche, alto y claro. No había dicho mi nombre. Poniendo la mejor de las sonrisas aplaudí a la ganadora soñando con ser la que un año subiera al escenario a recoger un premio.

A pesar de todo, los siguientes meses fueron una locura, había sido finalista así que me sumergí en una vorágine de entrevistas en radio, televisión, prensa escrita y digital, firmas de libros en librerías y ferias. No podía ver a Julián y a Vega todo lo que me gustaría, pero fueron comprensivos y se adaptaron a mi ritmo de vida. Sabíamos que, pasados unos meses, el foco se centraría en el ganador de otro premio o en algún famoso que hubiera escrito un libro y atrajera la atención sobre él. No todo era negativo, también disfrutamos de fines de semana en ciudades que no conocíamos y podíamos hacer algo de turismo. Julián gustaba de pasear por calles de ciudades hasta entonces desconocidas, descubriendo edificios cuya arquitectura le atraían sin remedio. Vega y yo preferíamos perdernos en tiendas y cafeterías. Siempre que sus turnos se lo permitían, Fátima nos acompañaba y hacía de ocasional niñera. Éramos una peculiar familia formada por los nexos del afecto y del amor, y no por los lazos de sangre.

Faltaba un mes para que Fátima diera a luz, tuvo que aceptar a su pesar el consejo de su médico de reposar esas últimas semanas. Su madre se había ofrecido a vivir con ella los días previos a que saliera de cuentas, pero mi cabezota amiga declinó la oferta. Cuando naciera el bebé estaría bien contar con ayuda, de momento no necesitaba a nadie por casa. De modo que aquella tarde lluviosa de verano estaba dormitando en el sofá. Me había llevado a Vega a la piscina y Julián estaba en mi antiguo piso terminando los planos de un centro comercial. Al principio pensó que era un aire que se había ido por mal camino, pero cuando una punzada de dolor la partió en dos supo que había llegado la hora. Estaba nadando cuando me llamó y no escuché su llamada,

tuvo que llamar a Carlos para que la llevara al hospital y él avisó a Julián, que a su vez me avisó a mí.

El parto fue largo, más de ocho horas en las que Carlos y yo nos fuimos turnando para no quedarnos sin manos por lo fuerte que nos la apretaba Fátima cuando tenía contracciones, ni sin oídos por sus gritos. No sabía que mi amiga tenía un vocabulario tan colorido. Era poco más de la una de la madrugada, cuando el pequeñín, que desde el primer momento adoraría como si fuera uno más de mis sobrinos, vino al mundo.

—No lo hicimos tan mal —afirmó un emocionado Carlos.

—Es el mejor error de mi vida.

Epilogo como la vida misma

Carlos y Fátima se convirtieron en unos magníficos padres del pequeño Raúl. Como pareja no volvieron a funcionar, pero sí como amigos, y el niño creció rodeado de amor a manos llenas.

Para Vega, Raúl era su hermano amigo como su madre lo era para mí. Sé que a Julián le hubiera gustado que tuviéramos un hijo de los dos, pero mi instinto maternal estaba colmado con Vega y mi adorado sobrino postizo. Tal vez en un futuro, pero de momento no era mi intención.

Mis novelas y cuentos continuaron vendiéndose más que aceptablemente, todavía no había logrado el preciado premio para el que fui finalista, no me importaba, cada vez que un pequeño lector me contaba lo que le gustaban mis cuentos, me sentía más que premiada.

No volví a ver a Lino, espero que sea feliz allá donde esté. Fue el mejor de los musos. Cada vez que bebo una taza de té verde con jazmín siento que sus ojos me miran. No puedo verle, pero creo que de alguna forma esta junto a mí.

FINAL COMO LA VIDA MISMA.

Nota de autora

Querido lector, acabas de leer la primera entrega de la serie Un té con amor. Cuando comencé a escribirla no sabía que se convertiría en una serie, en realidad, todo partió de una broma habitual con mis amigas acerca de mi fuente de inspiración. ¡Yo quiero un muso en mi vida! Esa era siempre mi respuesta, e imaginé cómo sería que a una escritora se le apareciera uno cuando estuviera bloqueada y no supiera cómo continuar una novela. No me ha pasado, cuando se me aparezca un muso como Lino, prometo contároslo.

Como has podido ver, hay dos posibles finales. Si eres un lector curioso como lo soy yo, terminarás leyendo los dos. La serie continúa a partir de Un final feliz, pero no pude resistirme a hacer el experimento de presentar dos finales alternativos. Si me sigues en Facebook, en mi cuenta MarPZabalaEscritora, ¿querrás contarme qué final te ha gustado más? Estaré encantada de saber qué te ha parecido una novela en la que el final lo escoge el lector.

Gracias por leerme y sumergirte en mis historias. Te espero en la siguiente entrega de Un té con amor.

Próximamente

Arándanos con mandarina, la segunda entrega de la serie Un té con amor.

Si quieres saber algo más de ella, no te pierdas lo que viene a continuación.

Arándanos con mandarina

Trilogía Un té con amor 2

MAR P. ZABALA

Capítulo 1

Estaba cansada. Llevaba cinco horas de pie tras la caja del supermercado donde trabaja desde hacía cuatro años, y todavía le quedaban otras tres. El pantalón azul del uniforme ya necesitaba ser cambiado, estaba desgastado y con un par de rotos por haberse enganchado con una caja. El polo rojo, manchado de refresco de cola que un gracioso melenudo de quince años había agitado justo antes de dárselo para que se lo cobrara, se le pegaba al cuerpo y la incomodaba. ¡Lo que daría por sentarse cinco minutos! Pero no estaba permitido. Tenían que estar de pie las ocho horas con la mejor de las sonrisas.

Su madre no perdía ocasión de reprenderla cada vez que la veía.

—¿Para qué malgastaste cuatro años de tu vida estudiando Derecho? Una oposición tenías que estar preparando. ¡Lo que nos sacrificamos para pagarte la carrera! Un puesto fijo de funcionaria, de esos de ocho a tres con las tardes libres. Mira tus hermanas, ellas sí que lo hicieron bien.

Lo que su madre no entendía era que no era capaz de ponerse a estudiar durante todo el día viendo la vida transcurrir al otro lado de la ventana. Claro que ver pasar los alimentos y los paquetes de papel higiénico horas tras hora, día tras día, mes tras mes tampoco era lo que deseaba hacer durante toda su vida. ¿Qué quería hacer? ¿En qué le gustaría trabajar? No lo sabía, así de sencillo. Desde luego, Derecho no. ¿Ser abogada o juez? Aburrido. ¿Una oposición? ¡Qué pereza! Admiraba a sus hermanas pequeñas. Catalina era maestra en un pueblo de Andalucía y Lucía trabaja como administrativa en un

centro de salud de Badajoz. Venían a ver a sus padres una vez al mes, ¿para qué más? Ya estaba Agatha para ocuparse de ellos cuando la necesitaban. Les quería, sabía que sus consejos eran por cariño, o al menos eso prefería pensar, pero necesitaba su espacio. Su trabajo tenía también una parte buena, los clientes eran casi todos habituales. Sabía cuándo los estudiantes del portal de enfrente tenían fiesta en casa, ese día su compra era todo bebidas. La joven pareja que acaban de ser padres de un niño, que siempre anunciaba su llegada al supermercado llorando con fuerza. La morenita de cinco años que llenaba el carrito de su madre con chocolatinas cuando esta no miraba. La pareja de ancianos que compraba ingredientes para la paella del domingo, a la que asistirían sus nietos, de los que ya se sabía los nombres. Luego estaban los otros. La antipática que no la miraba a los ojos nunca y le daba la tarjeta para que le cobrara mientras se mensajeaba con alguien por el móvil; el que siempre pagaba con un billete de cincuenta euros, aunque solo llevara una barra de pan; el altiricón rubio de fríos ojos azules, que compraba una botella de vodka todos los sábados y estaba por la primera vez que respondiera a su saludo...

Sin duda, el mejor momento de la semana era la tarde que pasaba con su abuela Margarita, en su diminuto palacete, reminiscencia del pasado. Una casa pequeña, de dos plantas, rodeada de un jardín que en medio de la ciudad era un vergel. Numerosos constructores habían llamado a su puerta ofreciéndole cuantiosas sumas de dinero, debido a su excelente ubicación. En medio de la ciudad, donde ya no quedaba un metro edificable. Su abuela les había dicho a todos que no, era su casa y de ella nadie la sacaba. Había oído a sus padres hablando, cuando creían que ella no les escuchaba. Planeaban vender la casa en cuanto estuviera a nombre de la madre de Agatha y al de sus tíos.

—Será el dinero para nuestra jubilación. Para viajar y darnos algún capricho— repetía su madre a su padre—. ¡Que ya nos toca a nosotros disfrutar un poco!

—No sé qué decirte, piensa en las niñas.

—Las niñas ya tienen su trabajo.

—Pero Agatha...

—Le pagamos la carrera, no podemos hacer más. Si prefiere malgastar su inteligencia en ese supermercado, es cosa suya.

Hastada de aguantar reproches, un buen día decidió alquilar un piso, que compartía con una estudiante de postgrado a la que nunca veía, ya que se pasaba el día en el laboratorio haciendo prácticas y desarrollando una innovadora técnica para analizar las moléculas inestables de un compuesto de nombre impronunciable. Ella era de letras, no había entendido nada cuando Natalia se lo había explicado la primera vez. Bueno, si era sincera consigo misma, ni la segunda, ni la tercera vez tampoco. Pagaba bien su parte del alquiler, no traía gente al piso y cumplía con sus tareas de limpieza. Las raras tardes de domingo que coincidían las dos, Natalia era una agradable compañía para ir al cine o pedir una pizza y acomodarse en el sillón. Agatha no ganaba demasiado, pero sí lo suficiente para no depender de sus padres y tener su independencia. Cuando alguna vez había gastado demasiado y andaba justa de dinero a final de mes, su abuela le ponía algún billete en el monedero, sin que ella lo supiera, y más tarde lo descubría, agradeciendo tener una abuela tan dulce.

—Algún día sabrás cuál es tu destino —le solía decir su abuela, cuando le confiaba su desasosiego—. Déjales que hablen, llegará tu momento.

—No lo sé, abuela, tal vez debería hacerles caso y preparar una oposición.

—Si ese hubiera sido tu destino, ya lo habrías alcanzado.

A veces su abuela se ponía muy filosófica. Se reían de ello mientras Agatha le decía a su abuela que parecía Yoda y ella le replicaba que era mucho más sabia y estaba menos arrugada gracias a sus cremas. Sus remedios naturales eran codiciados por toda la familia y sus amigas. Su abuela tenía la tisana perfecta para la tos, la crema ideal para hidratar la piel, la solución más adecuada para un doloroso sabañón. Ni Agatha ni sus hermanas habían tenido que sufrir el molesto acné juvenil gracias al tónico de su abuela Margarita. Las

tres habían sido la envidia de sus compañeras de clase en el colegio.

Ese sábado tendría la tarde libre y, antes de salir con sus amigas, quería pasar un rato a verla. Le llevaría uno de esos bizcochos para merendar que tanto le gustaban. Cuando habían hablado por teléfono, la había sentido algo alicaída; llevaba una semana con catarro y no parecía terminar de quitársele nunca. Le había ofrecido acompañarla al médico, pero se había negado.

—No es nada, mi niña. Un catarro que me curo yo misma con unas hierbas de mi jardín. Los médicos solo mandan medicamentos buenos para una cosa y malos para ciento.

Aun así, el sábado le compraría algún jarabe antes de ir a verla, y ya vería cómo conseguía que se lo tomara.

—Agatha, ¡La Lista! —le advirtió su compañera dándole un golpecito en el hombro para hacerla volver a la realidad, al ver que se acercaba la encargada, Calista, o como la llamaban todos: La Lista.

Tenía que centrarse si no quería quedarse sin la tarde libre por un enfado de La Lista. Llevaba sin tener un sábado libre más de un mes, y no estaba dispuesta a cambiar esa tarde por una tarde de lunes, ni aunque le ofreciera el día entero. Una cosa era hacer un favor a un compañero, y otra tener que trabajar todos los sábados porque a la encargada no le caía bien. Era el cumpleaños de Marta y lo iban a celebrar a lo grande. Ella y Ana eran sus mejores amigas. En realidad, la primera era su tía, la hermana pequeña de su madre. Solo se llevaban tres años, ella tenía cuarenta y dos, y su tía-amiga tenía cuarenta y cinco. Cuando Agatha nació, su madre trabajaba con su padre en el negocio familiar: una carnicería; de modo que su abuela la había criado a la vez que criaba a su propia hija. Su hermana Catalina nació cuando ella ya tenía diez años y Lucia, dos años después. Ellas dos eran uña y carne, la diferencia de edad hizo que no compartieran mucho tiempo de juegos y de aventuras con su hermana mayor. Sin embargo, a su tía Marta le pasaba lo contrario. Era la menor de cuatro hermanos y por ser la pequeña pasaban de ella. Juntas habían compartido confidencias, cigarrillos y fiestas bajo las

faldas de su abuela. Ana había llegado a sus vidas cuando apareció en la puerta de su abuela vendiendo cosméticos de Avon. Su abuela Margarita no le compró ninguno, porque hacía sus propias cremas con las hierbas de su jardín, pero la invitó a pasar y tomar una taza de té aquella lluviosa tarde de otoño. Un té de arándanos con mandarina, especialidad única de su abuela, que cultivaba ambos frutos con amorosas manos. Cuando Agatha llegó de la tienda en la que entonces trabajaba como dependienta con Marta, se encontró a su abuela y a Ana en amigable charla.

—Querida —le dijo su abuela después de darle dos sonoros besos en las mejillas—, hay alguien que quiero que conozcas, seréis buenas amigas.

—Pero, abu...

—Lo sé. Pasa a conocerla.

De eso hacía ya quince años. Su abuela no se había equivocado. Agatha, Marta y Ana se hicieron inseparables. Juntas habían vivido el noviazgo de Marta y Mateo, sus rupturas y reconciliaciones, sus peleas y sus buenos momentos. Su boda hacía siete años y el nacimiento de los gemelos. Cada una era la madrina de uno de ellos. Su abuela era la tata de ellos. Decía que como sus otras nietas no le habían dado bisnietos, ellos se llevaban todo su afecto. Los muy pícaros se aprovechaban de ello, consiguiendo que la abuela Margarita jugara con ellos sin parar y les cocinara todos los dulces que deseaban. Para lo bueno y lo malo, sabían que Margarita siempre estaría allí para ellas. Ella había sido el hombro en que lloró Ana cuando descubrió que su marido la estaba engañando con otra. Incluso vivió un mes en casa de la abuela de Agatha, incapaz de enfrentarse a la vida sola. Margarita hizo que volviera a tomar las riendas de su vida y la ayudó a encontrar un piso pequeño en alquiler cerca de donde Agatha vivía. Las dos amigas se veían a diario.

Ni Ana ni Agatha eran muy aficionadas a la cocina, así que cada día comían una en casa de la otra para no tener que cocinar. Eso sí, tenían *tuppers* que les preparaba la abuela Margarita, con los que llenaban el congelador y se alimentaban la mitad de los días. Tortilla de patata, croquetas de jamón,

lentejas, albóndigas... Su abuela no solo era buena sanadora, sino que también tenía una excelente mano para la cocina. Cuando no tenían ganas de cocinar, o no les quedaba nada de lo que les había dado Margarita, iban a comer algún menú del día, en alguna de las cafeterías cercanas a su casa o al supermercado donde trabajaba Agatha. Si Ana tenía que viajar y no podían comer juntas, Agatha comía con su abuela o con Marta y los gemelos. Rara vez iba a casa de sus padres, pues sabía que en cuanto dijera que tenía que ir o que venía del supermercado habría bronca en casa. Salvo que necesitaran que les acompañara a algún médico o a hacer algún trámite, prefería no ir a verles. Sus padres sí que iban al médico: si podían todas las semanas mejor, no fuera a ser que tuvieran algo grave y no se lo detectaran a tiempo. Las tisanas de la abuela Margarita eran «agua sucia» para su madre. Su abuela fingía que no le importaba el desprecio, pero Agatha sabía que le dolía. Candela y Lucía solían visitarla a escondidas de su madre, para abastecerse de infusiones y cremitas.

Ese viernes ya era casi la hora de cerrar, solo quedaban diez minutos para que llegara el momento de echar la tapa y comprobar que la caja cuadraba, antes de irse a su casa.

¡No se lo podía creer! Allí estaba el rubio a la carrera, creía que esa semana se libraría de verle porque solía ir los sábados por la tarde, pero no, estaba entrando en el supermercado y se dirigía a las bebidas alcohólicas. Quizás aún evitaría tener que atenderle si se iba a alguna de las otras tres cajas que aún estaban abiertas. ¡Mala suerte! El altiricón se había puesto en su cola. ¡Qué buena forma de terminar la jornada! Respirando, decidió ser educada y le saludo con un formal «Buenas noches».

—Ehh...sí, buenas, deme una bolsa, por favor.

—Por supuesto —Nada, ni un «Hola», aunque al menos había dicho «por favor». Ojos de Hielo, que era como le había apodado Ana cuando Agatha le había hablado de él, le tendió un billete para que le cobrara—. Aquí tiene su cambio, que tenga buena noche.

—Umm, gracias.

Agatha vio cómo se marchaba y, suspirando resignada, se concentró en cerrar la caja y prepararse para ir a casa. Eran las nueve y media, al día siguiente tenía que estar a las ocho de la mañana en el super otra vez, para ayudar a reponer las estanterías antes de que abrieran al público. De forma que, pensando en su cómodo sofá y en el bocata de jamón que llevaba en el bolso, salió de trabajar directa a su piso.

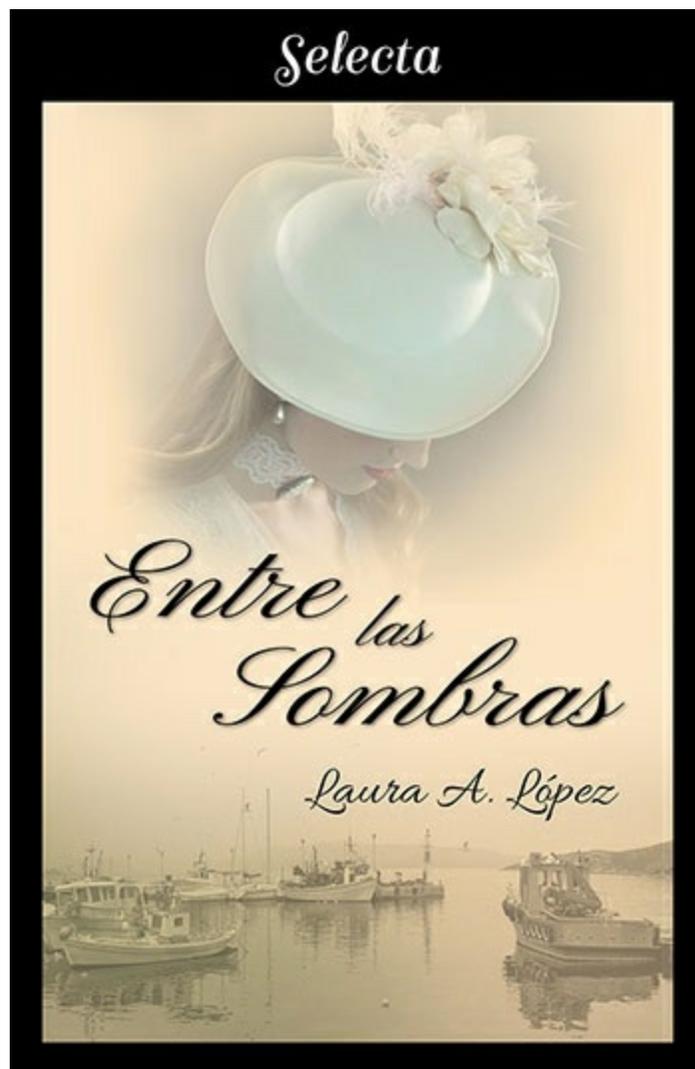
Si te ha gustado

Un té con jazmín

te recomendamos comenzar a leer

Entre las sombras

de *Laura A. López*



Capítulo 1

Londres, 1832.

La vida de *lady* Onella Lloyd, hija del conde de Wessex, no era tan negra como sus días desde aquel momento. Con la belleza de una muñeca, era rubia, de ojos verde agua, labios carnosos y rosados, una nariz recta, muy bella, era adorada por su padre, lord Marcus Lloyd conde de Wessex, su madre había fallecido al nacer y su padre se había vuelto a casar con *lady* Carlotta, quien no la quería. Su madrastra estaba frustrada, pues no podía darle un heredero al conde.

Aquella desazón, la llevó a que toda su frustración fuera directamente en dirección a su hijastra, a quien nunca toleró, pero debía fingir cariño ante el conde.

—No la soporto más. La quiero lejos de aquí, me enferma ver su rostro todos los días —masculló mientras la observaba por la ventana.

—*Milady*, si me permite, ¿por qué no le dice al conde que la envíe a un internado? —sugirió la doncella.

—Lo que deseo es no volver a verla, si va a un internado, regresaría en algún momento.

Lady Carlotta vio como su esposo iba junto a la juguetona niña.

—Onella, ven aquí. Tengo un regalo para ti...

—¿Qué es padre? ¿Dónde está que no lo puedo ver? —preguntó mirando a su alrededor y queriendo mirar tras la espalda de su padre.

—Está en las caballerizas.

—¿Entonces es... es... una yegua? —inquirió emocionada.

—Sí, querida. Es la yegua que tú querías, aunque no sé si estás lista para montarla.

—Tengo 10 años, padre, por supuesto que puedo montar.

—Eres demasiado confiada, mi niña.

—Confío en usted, padre, que me enseñó.

—Ven, vamos a que te subas a su lomo.

Onella vio a la hermosa yegua canela y se enamoró perdidamente de ella, bautizándola en el acto.

—Canela, vamos a pasar mucho tiempo juntas, viendo tantas salidas y entradas del sol, seremos grandes amigas.

La yegua relinchaba feliz, Onella era muy dulce y cariñosa.

Carlotta se dirigió de una ventana a otra. Viendo a la niña cerca de la yegua, había tenido la idea de cómo deshacerse de ese estorbo que representaba Onella, solo era una cuestión de tiempo para que esa niña dejara de ser un impedimento en su vida.

—Onella, llevas dos horas montando a Canela, baja, estará cansada — recomendó su padre tirando de las riendas de la yegua.

—Por hoy lo considero necesario, pero ella no se salvará de que paseemos por los campos casi todos los días.

—Está bien, mi niña, vamos a la casa, Carlotta nos está esperando para el almuerzo.

Después de terminado el almuerzo, Onella fue a practicar su violín, aún le faltaba un poco para estar completamente afinada, sería un talento más adherido a su persona, cosa que ponía todavía peor a Carlotta.

Vivía ahogada por los celos, ella seguía viva mientras su pequeña bebé había muerto en el parto y la dejó seca por dentro, ya no pudo volver a embarazarse.

—Madre, ¿quiere que le toque algo para usted?

—No, querida, mejor ve a tu habitación y ponte a leer.

—Pero...

—Pero nada... ya vete... —mandó impaciente.

Odiaba que la llamara madre, aquella niña pensaba que se ganaría su afecto

con su violín y esa dulzura que la empalagaba.

Día tras día, Onella seguía montando en su hermosa Canela. Era lo más novedoso y divertido que tenía en aquel lugar.

Su padre la miraba dar vueltas en su caballo, trotaba para luego hacer caminar con elegancia al fastuoso animal. Al lado de él, se encontraba otro caballero mirándola orgulloso.

—¡Onella, ven, tenemos una visita! —la llamó su padre captando su atención.

—¿Quién es?

—¿Qué, no me recuerdas? —preguntó el elegante caballero.

—¿Tío Frances? —respondió notando el parecido con su padre.

—Mi pequeña, ven que quiero verte —pidió, haciendo que bajara del caballo.

—¿Viene a darme medicinas?

—No, solo he venido para verte a ti.

Ella se arrojó a los brazos de su tío Frances que era el mayor de los hermanos, el que debía ser el conde, pero que cedió su título a su hermano por el amor a su profesión, la medicina.

—Está más viejo, tío —opinó Onella sonriéndole.

—Y lo estaré cada vez más. En cambio tú te ves mejor, ¿hace cuánto no te veía?

—Dos años, la última vez me curó de gripe.

—Ya lo recuerdo. Eras una mucosidad ambulante —se burló su tío con una sonrisa.

Ver a su tío Frances después de mucho tiempo, la llenó de felicidad, quería mostrarle todo lo que había aprendido en ese tiempo y demostrarle que se estaba convirtiendo en una dama.

Esa tarde, *lady* Carlotta estaba esperando que todos se reunieran para escuchar a Onella tocar el violín, mientras ella se había excusado con un dolor de cabeza para escapar de su anunciado concierto.

En lugar de ir a su habitación, se desvió del camino hacia las caballerizas y fue junto a Canela.

—Creo que será la última vez que cabalgaran juntas —mencionó con crueldad en sus palabras, mientras cortaba rápidamente las riendas con las que se sujetaba al caballo—, con esto por fin voy a deshacerme de ti, Onella, dejarás de ser una molestia.

Después de terminado su trabajo fue a su habitación y con una sonrisa se recostó en la cama, esperando con regocijo las buenas noticias.

—Tocas como los ángeles, y sin mirar tus partituras —halagó su padre el excepcional talento de su hija.

—Eres un prodigio —añadió su tío, también maravillado por las habilidades de su hermosa sobrina.

—Gracias, caballeros —dijo ella con una sonrisa y una graciosa reverencia—. Ahora vayamos a montar.

—¿De nuevo? —preguntó su padre pensando en que fue un error comprar la yegua, su hija no la dejaba descansar.

—Quiero ver el atardecer, padre, y también enseñarle a mi tío que sé cabalgar.

—Cómo no consentirte, cariño...

Los tres fueron hasta las caballerizas y Onella subió al lomo de Canela, que estaba nerviosa.

—Canela, soy yo... calma... calma... vamos a nuestro lugar preferido.

Ella espoleó a la yegua, pero no fue a ningún lugar, se colocó en dos patas y lanzó a Onella por los aires.

Su grito, antes de caer al suelo, alertó a su padre, que lentamente veía como la cabeza de Onella impactaba contra una tranquera.

—¡Onella! —gritó su padre corriendo desesperado al ver que su hija cayó al suelo.

Onella, después de sentir el golpe, quedó inconsciente.

—¡Frances, has algo!

Su tío la observó y palpó el área de la contusión.

—Tiene un golpe muy fuerte en la cabeza, respira con dificultad, pero está viva. Llévemola adentro para que pueda atenderla.

Su padre la llevó en brazos. Temía que algo muy malo le hubiera ocurrido a su hija con esa caída.

—Gracie, trae paños y compresas para Onella —ordenó Frances.

—Sí, doctor.

Onella no había despertado en casi dos días.

—¡Padre! ¡Gracie! ¿Podrían colocar lámparas aquí? Está muy oscuro.

—Onella, es de día y todo está iluminado —indicó la voz de su tío.

—No veo nada, tío. No sé donde está... —Respiró dificultosamente al no poder ver la luz de la que le hablaban.

—Estoy aquí —dijo agarrándole las manos.

—¿Tío, por qué no veo nada? Cúreme por favor —pidió llorando.

—Cálmate, Onella, voy por tu padre...

Era un alivio que Onella no pudiera ver su rostro pálido y asustado, por saber ciega a su sobrina. Aquel golpe debió causarle un trauma muy severo para dejarla en esas condiciones.

—Marcus... —lo llamó.

—¿Despertó? Vayamos a verla —mandó el conde.

—No... Ella... despertó, pero... No ve nada.

—¿Qué dices?

—Está ciega. No ve absolutamente nada.

—Pero... como... no puede ser —expresó lleno de dolor por la nueva condición de Onella.

Carlotta se acercó al lugar donde estaban el conde y su hermano, escuchando todo. Onella ciega, era lo único que le faltaba, sería peor, estaría todo el tiempo necesitando de alguien. Se había vuelto una verdadera inútil.

Onella lloraba en su habitación, no sabía qué hacer, estaba muy asustada. Probablemente nunca más podría ver los campos, los bellos paisajes y el

atardecer que tanta dicha le daba.

—Mi niña... —susurró su padre.

—¿Padre, dónde está? No puedo verlo, ¿por qué no puedo?

—Onella, estás ciega. No sabemos si tu condición es temporal o permanente —comunicó su padre muy triste.

Sin consuelo alguno, lloró hasta quedarse dormida. Debía resignarse a que su condición ya era permanente. Había disfrutado 10 años de las cosas más bellas, colores preciosos. Tenía en la memoria muchas imágenes que quedarían ahí por siempre.

Los días iban pasando y Onella intentaba adaptarse a su ceguera. Su tío le había conseguido un bastón para que evitara tropezarse con todo, y la casa de Londres estaba siendo modificada para su nueva condición, por lo que tuvieron que mudarse a Hertfordshire.

Primera entrega de esta serie divertida y romántica, en la que cada personaje es mucho más de lo que aparenta en un principio.



«—¿Quién eres y qué haces en mi casa? —pregunté levantando la bolsa dispuesta a descargarla con fuerza en la cabeza del intruso.

—Buenos días. Baja los brazos, a mí no me vas a hacer daño, pero tú acabarás con dolor de hombros si haces lo que estas pensando.

Con los ojos abiertos como platos y la boca todavía más abierta, me quedé mirando el espécimen masculino de metro noventa que tenía enfrente de mí. Semidesnudo, cubierto solo por mi delantal rosa de cocina, y con una faldita corta que había entrevisto mientras estaba de espaldas y me aproximaba a él no tan sigilosamente como yo había creído».

Macarena es una escritora desesperada por salir del bloqueo literario en el que se encuentra. Tiene una novela que terminar y no es capaz de escribir ni una palabra. Una tarde, bromeando con su amiga Fátima sobre su falta de inspiración, mientras toman una taza de té en su cafetería favorita, pide ayuda a las musas. Lo que Maca no sabe es que hay que tener cuidado con lo que se desea.

En la novela que escribe, una mujer le está dando la cena a su hijo, mientras ve las noticias en la televisión. De repente, unos ojos llaman su atención. Son los de él, el hombre que le destrozó la vida, y que fue su primer amor. Ahora está acusado de haber matado a un hombre, y ella es la única que le cree inocente.

Macarena traza su novela, filtrando a través de sus dedos retazos de su pasado, mientras su futuro empieza a cambiar de una forma arrolladora que le hará replantearse toda su existencia.

Mar P. Zabala nació en Salamanca, ciudad donde se crió y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Aficionada a la literatura, el cine, el teatro y de las buenas series su imaginación trabaja sin parar. En junio de 2016 publicó su primer cuento infantil *Buky* al que le siguió en diciembre de 2016 *María y la tienda de Antigüedades*. En enero de 2017 publicó su primera novela de misterio *Dos calles más abajo*, y en julio llegaría *Pasado Imperfecto*, su segunda incursión en el género.

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Mar P. Zabala

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-91-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Un té con jazmín

1. Risas
 2. Cuidado con lo que deseas
 3. Caos
 4. Extraños compañeros de piso
 5. De paseo
 6. Traición
 7. Soy tonta
 8. Trabajando que es gerundio
 9. No quiero que llegue el final
¿Cómo continuar leyendo?
 10. Navidad
 11. De boda
- Epilogo feliz
12. Navidades
 13. Una novela
- Epilogo como la vida misma
- Nota de autora
- Próximamente
- Arándanos con mandarina
- Capítulo 1

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Mar P. Zabala

Créditos